FRAY MOCHO



"JUNTO A LA ESTUFA"

Por Emilio Rivarola

N.° 690

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA AHORROPOST BUENOS AIRES

C E R T I F I C A D O

CERTIFICASE QUE LOS BONOS DE AHORRO DE LA COMPAÑIA GENERAL DE FOSFOROS" PRESENTADOS PARA ACREDITAR EN LIBRETAS DE AHORRO A PARTIR DEL 15 DICIEMBRE DE 1924 HASTA LA FECHA, SE DESCOMPONEN SEGUN DETALLE AL FRENTE.-

B O N O S   P R E S E N T A D O S

Meses		Nº	Importe
En Diciembre	1924	55	$ 1.045
" Enero	1925	301	" 3.390
" Febrero	"	434	" 4.175
" Marzo	"	763	" 7.155
" Abril	"	1090	" 8.960
" Mayo	"	1449	"11.225
" Junio	"	1662	"12.200
TOTALES.		5754	$48.150

Se extiende el presente certificado a pedido de la Compañía.

Buenos Aires, junio 30 de 1925.

ESTE CERTIFICADO DE LA CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

comprueba que:

$ 48.150 en **BONOS** de **AHORRO** han sido pagados a:

5754 consumidores de fósforos Marca:



hasta fin de Junio próximo pasado



UNA ATESTACIÓN TAN PRESTIGIOSA

como la de la CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL es garantía absoluta de la seriedad y realidad del:

AHORRO GRATUITO

que regalamos a los consumidores de nuestros fósforos, por medio de BONOS de AHORRO, que mantenemos en circulación permanente en ambas Marcas, por valor de:

$ 100.000 m/n

PARA CUBRIR la PRESENTACIÓN de los BONOS en circulación, la *Compañía General de Fósforos* mantiene mensualmente un fondo de garantía en la

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL de:

$ 100.000 m/n como lo atestigua el siguiente documento:

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA AHORROPOST BUENOS AIRES

CERTIFICASE

que la "Compañía General de Fósforos" mantiene mensualmente un fondo de garantía de CIEN MIL PESOS moneda nacional de curso legal ($ 100.000 m/n.) para cubrir la presentación de los bonos de ahorro que obsequia con sus fósforos Marcas "Victoria" y "75", que se verifique en el transcurso del mes.-

Se extiende el presente certificado a pedido de la Compañía.

Buenos Aires, junio 30 1925.

FRAY MOCHO

Año XIV — Buenos Aires, 14 de julio de 1925 — Núm. 690

AVENTURA GALANTE

Por RICARDO VELASCO

(Ilustración de Rojas)

CUANDO conocí a Berta Levy yo contaba doce años y ella diez. Sus padres tenían una joyería en el centro, que atendían personalmente, pero alquilaban una casa vecina a la nuestra, separada por un tapial de poca altura.

Berta no tenía hermanos y como los padres, la mayor parte del día, permanecían en el negocio, ella quedaba sin otra compañía que una vieja sirvienta.

Aburrida y sola como estaba y "machona" como era, en el sentido que los niños dan a este vocablo, se subía arriba de la tapia divisoria, liviana de ropas, montando a horcajadas sobre el muro y se entretenía en tirar piedritas a los gorriones.

Flacucha, pecosa con una cabellera rojiza como una llamarada, nada tenía de bonita, pero sus ojos de un azul obscuro y su naricita respingada, le daban cierto atractivo, y se hacía más interesante aún, cuando ponía en sus labios un pliegue imperativo, enunciador de un carácter resuelto, independiente y voluntarioso.

Iniciamos nuestras relaciones peleándonos.

—¿Por qué te subes a la tapia, gringa?—le dije.

—Si yo soy gringa, vos serás indio—me replicó en tono agresivo,—y me subo a la tapia porque se me da la gana.

Me hizo gracia que me llamara indio y la dejé en paz.

Yo era un muchachón inocente y simplote, que por entonces fincaba mis grandes ilusiones en que mi padre me comprara una bicicleta, la que vino a mis manos un buen día, como premio de elevadas clasificaciones de fin de curso.

El amplio patio de mi casa me permitía los primeros ensayos de equilibrio, sin espectadores burlones; pero la gringa era infaltable sobre el muro.

—¿Te han comprado bicicleta, indio?—me dijo.

—Ya lo ves.

—¡Qué lástima que no sepas andar en ella!

—Pero aprenderé — le contesté intentando subir y dándome un porrazo.

—Solo, no podrás.

—Eso veremos.

—¿Quieres que te la tenga firme?—me dijo. Y sin esperar respuesta se descolgó del tapial con la ligereza de un acróbata.

Desde ese día fuímos amigos y compañeros de juegos hasta que con su ayuda decidida, aprendí a tenerme y andar un poco.

Ella, en menos de una semana, se convirtió una consumada ciclista, pero hizo su aprendizaje sin regatear golpes.

Un día fueron a visitarme dos condiscípulos y me sorprendieron jugando a los trompos con mi amiguita.

—¡Jugando con una mujer!—exclamaron en tono despectivo.

—¿Y qué hay con eso?—respondió ella con viveza cuadrándose con los brazos en jarra.



—Que las muchachas deben entretenerse con las muñecas y no meterse con los varones.

—Ustedes son unos pavotes — les contestó.

—Y vos eres una gringa machona —le replicó uno de ellos.

Yo estaba avergonzado de que me hubieran sorprendido jugando con mi amiguita y más que todo por el lamentable descuido de su persona.

Andaba sin medias y con los zapatos desabrochados, la crespa melenita rojiza alborotada y su breve vestidito con dos o tres jirones.

Mis amigos se retiraron disgustados al poco rato, considerando denigrante para sus fueros de varones, aceptar a una mujer por compañera de sus juegos.

—¡Mejor que se vayan esos zonzos! —dijo.

—Se han enojado porque les llamastes pavotes.

—¿Y por qué ellos me dijeron gringa?—repuso con seriedad.

—¿Te ofende que te llamen gringa?—le pregunté.

Ella se quedó un momento pensativa y me respondió:

—Me llamo Berta ¿sabes? Tengo mi nombre, y no me gusta que nadie me ponga apodos.

—Bueno, no te llamaré más así.

Berta me miró profundamente con sus ojos azules y después lanzó una carcajada.

—Mirá — me dijo, — vos eres mi amigo y puedes llamarme como quieras; además no sé por qué me gusta que me llames así. Haremos pues un trato, vos me dirás gringa y yo te diré indio.

—Convenido — respondí y nos reímos de buena gána.

En Santa Fe todos son aficionados a la pesca.

Las tranquilas aguas del Riacho que se deslizan tentadoras a la vera de las calles principales de la ciudad (1) invitan a probar suerte con la línea o el boguero, sin que nunca falte algún "moncholo" predestinado que venga a tragarse la carnada.

Yo tenía mi modesta canoa y como era loco por este deporte, no pasaba domingo, que con otros muchachos, no nos fuéramos por las islas, que entonces estaban despobladas y arboladas de sauces y de ceibos.

Pero lo más emocionante era la pesca del dorado y de la boga, con fija, en las noches calurosas, cuando a flor de agua parecen querer lucir el oro de sus escamas bajo el esplendor de los plenilunios.

Siempre que le contaba a Berta mis aventuras de pesca realizadas en las claras noches estivales, con todas las ponderaciones de mi fantasía, ella se quedaba extasiada.

Un día, mientras hacía mis preparativos para una excursión nocturna, saltó la tapia mi amiguita como de costumbre y me dijo:

—Indio, esta noche me iré con vos.

Me quedé escandalizado de semejante proposición y le respondí con energía:

—No, de ninguna manera. ¿Es propio que una mujer se vaya a pescar de noche con un muchacho? ¿Qué dirían tus padres, si llegaran a saberlo?

—Nada sabrán — dijo Berta, — ellos vienen cansados y se acuestan temprano. A las doce están dormidos como una piedra y al otro día se van al negocio antes de la siete.

—No y no—repuse con firmeza.

Fué entonces por primera vez que Berta dejó su tono áspero e imperativo y me habló con voz suplicante:

—Sí, indio, sé buenito y llévame. Yo no tengo hermanos con quienes jugar ni con quienes ir a pescar. Papá y mamá no hablan más que de dinero y de negocios.

Mientras me decía estas cosas, casi llorando, me había echado los brazos al cuello y concluyó besándome.

Me dió pena oírla y consentí en afrontar tan grave responsabilidad.

—Bueno, gringa,—le dije,— te llevaré, pero te portarás como una niña juiciosa, porque si caes al río te ahogarás inmediatamente.

Esa noche nos escapamos en

(1) Hablo de lo que era Santa Fe, hace veinte años.



la canoa y Berta remó como un muchacho. Se condujo con bastante corrección y nada tuve que reprocharle.

Muchas fueron nuestras escapadas por el río e incontables las travesuras que hicimos en complicidad durante más de dos años, pero de pronto Berta empezó a transformarse en una señorita. Había engrosado y evidentemente iba tomando esbeltas formas de mujer.

Además estaba más recatada y comenzaba a preocuparse de sus vestidos y de su tocado en general.

Yo a mi vez, cumplidos los quince años, empezaba a observar a mi amiguita bajo otro aspecto.

Un día en que estrenaba un vestido nuevo, le dije:

—Te estás poniendo linda, gringa, y ese vestido te sienta mucho.

Ella se rió y me dijo:

—Es que hoy me hice retratar, por eso me arreglé.

—¿Me darás un retrato?

Reflexionó un momento como midiendo la trascendencia del pedido y me respondió:

—Bueno, te daré uno.

Cuando me lo trajo, después de un momento, le dije.

—Mirá gringa, esta noche me voy a pescar. ¿Quieres que te lleve en la canoa?

Berta vaciló en responderme, pero al fin dijo:

—No, indio, gracias, no quedaría bien...

—¿Por qué? — le pregunté quedamente.

Ella bajó los ojos sin responderme y a la luz difusa de la luna, me pareció que sus mejillas se teñían de encarnado.

Comprendí que habíamos terminado de ser niños.

Un buen día dejé de ver a mi amiguita. ¿Qué se había hecho? ¿Por qué no estaba encaramada en la tapia?

Alguien me enteró de que la habían internado en un colegio, sin obtener otros detalles.

Al principio la eché de menos, porque era mi compañera inseparable, pero al fin muchacho, la fuí olvidando poco a poco.

Pasaron algunos años y ya era casi un hombre. Había hecho el servicio militar y me faltaba poco para recibirme de abogado. Por ese entonces supe que Berta se había casado con un tal Hermann.

Como estudiante pobre me ocupaba de pequeños asuntos judiciales para costearme mi carrera y por tal motivo viajaba con frecuencia a la campaña.

Una casa mayorista de Rosario me confió la misión de enterarme sigilosamente del estado financiero de un negocio de Las Tunas, pueblito insignificante entonces y que distaba una legua de San Carlos.

Había que tomar el tren hasta San Carlos y allí buscar cualquier carrindanga para trasladarse a Las Tunas.

Una mañana, sin equipaje alguno, tomé el tren y descendí en la estación desolada.

Tuve que decidirme a ir a pie por no encontrar ningún medio de locomoción.

Con ese optimismo de la juventud me largué en dirección a Las Tunas a un buen paso redoblado.

Allí en pocas horas recogí los informes necesarios. A mediodía almorcé algunos fiambres sobre el mostrador de un boliche y a la siesta me pasé rondando el insignificante caserío.

Era un día caluroso y tenía que esperar el regreso del tren de las seis y cuarenta.

Me senté a la sombra de un paraíso para hacer tiempo hasta las cinco, cuando en esto dió en pasar por allí el sargento de policía, que sin duda me encontró sospechoso, porque sujetando su caballo, me preguntó:

—¿Qué está haciendo ahí, mozo?

—Esperando que baje un poco el sol para regresar a San Carlos, a tomar el tren de las seis y cuarenta—le respondí.

El sargento se alejó sin decir más.

A las cinco en punto me puse en marcha bajo los ardores de un sol despiadado que calcinaba la tierra del camino, pero apenas había marchado unas cuadras, cuando sentí que me alcanzaba un break envuelto en una nube de polvo.

Pensé que sería algún colono y que no tendría inconveniente en hacerme un lugarcito en los asientos, de manera que me puse en medio de la calle e hice señas de que parase.

Así lo hizo el conductor que era un muchacho, pero con desagradable sorpresa, vi que iba ocupado por una dama elegantemente vestida, joven y de una belleza singular.

Me miró obstinadamente unos segundos y de pronto de su linda boquita, salió un grito cariñoso.

—¡Indio!—dijo y Berta Levy, que no era otra, con la misma agilidad con que en otros años trasponía el tapial de mi casa, saltó del coche y corrió hacia mí.

—¡Gringa!—le respondí en el mismo tono, al reconocerla, pero cuando íbamos a estrecharnos en un abrazo espontáneo, ambos quedamos algo cortados, conformándonos con darnos la mano.

—¿Qué andás haciendo por aquí, indio?

—Asuntos profesionales.

—¿Te recibistes de abogado?

—Todavía no.

—Bueno, subamos, porque veo que vas a la estación.

—Sí, regreso a Santa Fe en el tren de las seis y cuarenta.

—Viajaremos juntos, pues yo también voy a pasar una temporada en casa de una amiga.

El coche se puso en marcha, y cómodamente instalado junto a Berta, me enteré ligeramente de su vida.

Estuvo internada en un colegio desde los trece a los diez y seis años y hacía poco más de uno que había contraído enlace con un señor Rodolfo Hermann, acopiador de cereales en gran escala, con asiento en Las Tunas.

Cuando subimos al tren, nos instalamos en el comedor y Berta sin preocuparse de los pasajeros que nos observaban con interés entre los que iban varios conocidos, me dijo afectuosamente:

—Contame algo de tu vida, indio.

—No contiene nada que valga la pena. Hice el servicio militar y sigo estudiando con las dificultades propias de mis escasos recursos económicos, pero algo trabajo.

En fin, como ves, esto no tiene importancia. Ahora cuéntame la tuya. ¿Te casastes muy joven, no?

—Me hicieron casar mis padres — rectificó ella.

—¿No fué entonces un matrimonio de amor?

—Nada de eso; de pura conveniencia. Figúrate que mi marido me lleva veintitrés años.

—No es un hombre viejo —dije por consolarla.

—Viejo no,—repuso ella,—pero no tiene otra preocupación que sus negocios. Siempre viajando y cuando está en casa, apenas si me dirige la palabra.

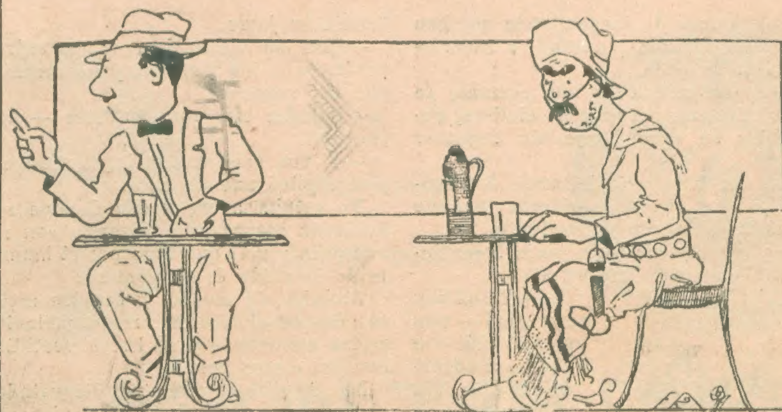
—Yo creo que exageras, pues no es posible que un hombre que posea una joya como tú pueda ser indiferente, porque a decir la verdad, gringa, te has transformado en una papita.

Berta se rió y me dijo:

—Nada exagero. Mi marido no me tiene en cuenta, ni se ocupa de mí en lo más mínimo.

—Es increíble.

—¡Oh! No sabes hasta qué punto los negocios y el afán de ganar dinero embrutecen al hombre.



—Mozo, tráigame recado para escribir.

—¡Cha, digo, el pueblero bárbaro! Aura no más va a pedir boleadoras para estampillas...

—¿De modo que no eres feliz, gringa?

Hizo un gesto significativo y dijo:

—Ni feliz ni desgraciada. Tengo todo lo que necesito, menos el cariño de mi esposo.

—No habrás intentado conquistarlo.

—No. Pago su indiferencia con la mía y nada más.

No he intentado atraerlo a mi afecto porque no lo merece, pero sí le daré una dura lección.

—Ten cuidado, gringa. Una mujer casada tiene que mirar mucho lo que hace y medir las consecuencias de sus actos.

—¡Bah! — dijo ella con displicencia,—tú me conoces desde chica y sólo puedo asegurarte que soy la misma Berta de antes.

—¿Te acuerdas cuando nos escapábamos al río?—le dije.

—¡Oh! sí — contestó Berta como hundiendo sus recuerdos en los días de la infancia.

Recordamos infinidad de travesuras y nos reímos de buena gana.

—¿Conservas aún mi retrato, indio? —me preguntó de pronto.

—Claro que sí —le contesté con el mayor descaro, porque en verdad ni siquiera sabía lo que hice de él.

Cuando íbamos llegando al término de nuestro viaje, me dijo:

—¿Nos veremos frecuentemente verdad?

—¿Cómo podremos hacerlo que no te comprometas?

Ella reflexionó un momento y me preguntó:

—¿Todavía tiene la lechería el vasco Arregui?

—Sí.

—Bueno, yo iré todas las tardes a las cinco.

Cuando llegamos a Santa Fe, subimos en un coche y la acompañé hasta casa de su amiga, que quedaba por los suburbios.

El lector seguramente se habrá hecho la idea de que esta aventura tuvo un desenlace romántico, pero nada de eso ocurrió.

Mi encuentro con Berta, sólo concluyó de un modo desagradable y prosaico.

Al día siguiente de llegar a Santa Fe fuí citado por la policía.

El aspecto grave del comisario de investigaciones me hizo comprender que estaba metido en algún lío, pero la tranquilidad de conciencia me dió ánimo para afrontar la situación. El funcionario empezó por preguntarme si el día anterior había estado en Las Tunas y con qué objeto había ido.

Contesté que era cierto lo de mi viaje, pero que el objeto no podía revelarlo.

Sonrió levemente y con tono amistoso me dijo:

—Vea amigo, nadie más que yo como hombre disculpo su aventura porque se trata de una linda mujer que tienta a cualquiera, pero como funcionario, estoy obligado a cumplir mi deber y a procesarlo.

Lea esta denuncia telegráfica, me dijo, entregándome un despacho, fechado en Las Tunas, que decía así: "Ayer mi esposa Berta Levy fugóse de mi hogar con sujeto veintidós a veinticuatro años, color blanco, pelo castaño, sin bigote, viste traje gris y sombrero paja. Ayer tarde en actitud sospechosa estuvo rondando mi casa, siendo visto por sargento policía y empleados estación. Hecho premeditado.

Mi esposa dejó carta comunicándome fuga con su amante. Solicito detención de ambos. — Rodolfo Hermann."

Me quedé perplejo sin saber qué decir, pero luego reaccionando conté todo como había ocurrido.

El comisario ante la vehemencia de mi palabra, quedó confundido y me dijo:

—Está bien, pero aún dando por cierto lo que usted dice, ¿Cómo explica que la señora escribiera una carta a su esposo anunciándole que se escapaba con su amante?

—Yo tampoco me explico — dije. — Que lo haga ella.

Di la dirección de Berta y a poco fué traída a mi presencia.

Entró sonriente, como en otros años cuando hacía una travesura de grueso calibre y después de estrecharme la mano me dijo:

—¡Pobre indio! Siento mucho que por la broma pesada que quise dar a mi marido te veas metido en este lío.

—Por mí es lo de menos, Berta, pero es preciso que expliques al señor comisario si es verdad que dejaste una carta a tu esposo anunciándole que te escapabas con un amante.

—Es verdad—dijo Berta, riendo de buena gana.—¿No te dije que iba a darle una buena lección para sacarlo de su indiferencia?

—¿Pero lo del amante no es verdad? —interrogó el comisario.

—No —respondió Berta. — Era una simple invención que ha venido a complicarse con un encuentro casual. Si usted conociera nuestra vida íntima y el carácter apático de mi esposo, me encontraría razón. Es como esos catalépticos a quienes hay que quemarles los pies para saber si están vivos o muertos.

A pesar de todas las explicaciones dadas y de mis antecedentes "honorables", me costó mucho salir bien librado de esta inocente aventura, pero siempre, entre el gremio de las mujeres conquistables, quedé clasificado como un elemento peligroso.



Trovas breves

Para C. Préndes Saldías

Alma mía

Yo bien puedo decirte, alma mía, que he sido
tu alfarero sencillo, que mientras he sentido
el áspid del dolor o la caricia suave
de la ilusión que pasa tal como pasa el ave,
te modelé a mi antojo dejándote encerrada
en las sutiles selvas de tanto verso mío...
¡lo mismo que una gota pequeña de rocío
queda oculta en los pétalos de una rosa encarnada!

Cansancio

Señor, estoy cansado de esos viajes
que hago por esta calle triste y sola,
primero, bajo el sol de la mañana,
luego al retorno, bajo el tul de sombra
de la noche... Señor, estoy cansado
de esta calle sombría y silenciosa!
Cada árbol me recuerda una historieta,
cada piedra, me dice muchas cosas,
lo mismo los balcones desolados
de las antiguas casas... ¡Cuántas horas
en tantos años que por esta calle
voy deslizando mi ligera sombra,
cuántas horas, Señor, habré pasado
con mi carga de ensueños, con mis locas
ansias!... ¡Y pensar que un día cualquiera
se marchará mi sombra!

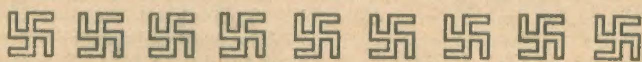
No hay más ley que el amor

Las olas libremente se alejan y retornan
a la playa desierta,
y escriben en la arena yo no sé qué palabras
yo no sé qué poemas,
pues el hombre no pudo descifrar todavía
del mar embravecido las cántigas eternas!

Libre el sol, no rescata su luz al fruto ameno,
ni a las tupidas yerbas,
y entibia el agua clara de los ríos sonoros
y abre en los viejos muros la blanca madreselva.

Al desolado huerto el pajarillo errante
sin leyes que su vuelo un instante detenga,
se da en suaves canciones
cuando ya con sus galas se anuncia Primavera.

Las leyes sólo han sido creadas para los hombres;
no hay libertad absoluta en esta humana guerra
del vivir y las almas esclavas serán siempre
del pesar y las penas!
No soy más ley que el amor, ni más santa divisa
para el hombre que sueña,
que darse libremente en el verso sonoro
como el sol, como el ave y las ondas serenas!



(Del interesante libro titulado "Ultimos días de Rubén Darío", que acaba de publicar en Managua el periodista nicaragüense don Francisco Huezo).

LA DOLOROSA ODISEA DE UN CEREBRO

Ya en capilla ardiente el poeta en la casa mortuoria (1), resolvió el doctor Luis H. Debayle extraerle el cerebro, que no se le tocó cuando se hizo la autopsia y embalsamamiento.

La operación la practicó acompañado del doctor Escolástico Lara, en la noche del 7 de febrero (2). Mejor dicho, en la madrugada del 8.

Cuando la hicieron, doña Rosario (3) la viuda, se encontraba dormida. Fatigada por tantas noches de desvelos, quebrantado su espíritu por la pena, reposaba en el cuarto vecino.

De la familia sólo estuvo presente el cuñado del poeta, don Andrés Murillo.

El doctor Debayle llegó con su colega y tres o cuatro ayudantes, a las cuatro de la mañana. Y empezó el trabajo.

Médicos y ayudantes se visten los delantales blancos, la capucha, y toman las precauciones profilácticas y proceden.

Majestuoso, solemne, parecía el poeta en su tarima blanca un misterioso sacerdote de los antiguos ritos, un dormida fellah oriental, cuando no un faquir a quien sorprendería el éxtasis eterno.

Su cuerpo grande, pálido, vestido de negro, se destacaba en el fondo de la sala pequeña en donde murió. Corría una brisa helada. Por el Oriente empezaba a manifestarse una rosada claridad.

Colocado el cadáver sobre la mesa, brilla el bisturí alrededor del cráneo, y el médico (Debayle) recoge y dobla la piel cabelluda. Después la menuda sierra muerde el hueso con tenacidad; al cabo de algún tiempo queda al descubierto el cerebro, un cerebro hermoso, de células amplias, muy desarrollados los signos temporales indicadores de la energía del pensamiento. (Circunvolución de Broca).

—Aquí está el depósito sagrado. Aquí está—dice el cirujano.

Y lo tomó con respeto.

Largo rato estuvieron todos contemplando la masa gris en donde incubara el genio sus portentos.

Se agitaban las llamas pálidas de los blandones y enviaban una luz vacilante sobre aquel cuadro de dolor.

Después, el doctor Debayle colocó el cerebro en un depósito con formalina y lo entregó al señor Murillo.

Desinfectado, preparado el cráneo, fué cerrado, y el cadáver colocado nuevamente en la tarima blanca.

Ya era de día.

Y empezó una escena íntima.

Hacía rato que el doctor Debayle observaba al través de sus espejuelos, al señor Murillo. Por último le dijo, subrayando las palabras:

—No sé qué intenciones te adivino.

Murillo le pregunta:

—¿Por qué me hace esa observación?—y agrega:—Mis intenciones son buenas. Quiero observar el cerebro, guardarlo, y evitar por ahora penosas exhibiciones. Es un sagrado recuerdo para mi hermana.

Al oír la contestación, el médico quedóse viendo con fijeza a Murillo. Tras los quevedos brillaban intensamente sus pupilas.

Llaman de momento a Murillo del interior de la casa; y, tan pronto se ausenta de la sala, Debayle, toma con rapidez el vaso que contiene el cerebro y sale a la calle. Viste todavía el delantal y la gorra con que operaba. Camina por la acera, a paso rápido.

En aquellos instantes vuelve Murillo a la sala; y al darse cuenta de la desaparición del depósito y del doctor Debayle, corre a despertar a su hermana y le informa.

Se dirige después al cuerpo de policiales que guarda la casa, reclama su auxilio y sale a escape un pelotón tras el doctor que iba ya como a cincuenta varas de distancia.

Le dan alcance, lo rodean y lo obligan a volver a la casa.

En tan críticos momentos, se presenta en la puerta doña Rosario, a quien habían despertado las voces alteradas, y pregunta:

—¿Qué es el escándalo?

Mientras tanto, Murillo decía:

—¡No se lo lleva usted!

Y Debayle contestaba:

—Sí, me lo llevo.

Al darse cuenta de todo doña Rosario, dijo al pelotón de policiales que hacía la guardia y que el gobierno había puesto bajo sus órdenes:

—Prendan, capturen a ese hombre —refiriéndose al doctor Debayle.

Y los policías procedieron.

Entonces el médico entregó el cerebro a la viuda. Estaba muy desagradado, pálido, y dijo:

—Este cerebro nos pertenece a nosotros, los leoneses. Y puesto que ya ha intervenido la policía, es bueno que lo lleven a la Dirección de la Policía para que la autoridad resuelva.

Murillo.—El cerebro es de la viuda, mi hermana; es una reliquia de la familia.

Debayle.—Lo veremos. ¡Que la autoridad decida!

Emocionado Debayle, casi no podía hablar.

Era una situación incómoda y violenta.

La viuda en un gesto primo entregó el cerebro a su hermano don Andrés para que lo llevara a la Dirección de Policía.

El Director consultó entonces el caso por teléfono con el Presidente de la República, y el alto funcionario ordenó que se le entregara a la viuda. Cuando hacía la consulta, la viuda dirigió al Director de Policía la esquelita siguiente: "Señor Director: es un escándalo que el cerebro de Rubén esté en las oficinas públicas; escándalo y profanación. Suplícole devolvérmelo inmediatamente. — *Rosario.*"

Y otro billetito a su hermano decía: "Andrés: Trae inmediatamente el cerebro. No me conviene que esté allí. — *Rosario.*"

A Debayle lo guiaba un propósito científico, un espíritu de investigación para estudiar la áurea célula del poeta.

. . . .

Todo extraño lo que sucedió en la muerte de Darío.

Cayó casi de modo trágico. Sol de arte, sol intelectual, armonizaba con el sol de la Naturaleza. Así se explica que en los momentos en que éste eclipsara, algunos días antes, y cuando el eclipse llegó al máximum, el poeta experimentara un terrible paroxismo. Se estiró en el catre cuan largo era y quedóse rígido, como muerto.

Necesario es conocer estos pormenores, desde lo ínfimo hasta el supremo. Punible sería ocultarlos de la noticia universal.

Cuando se troncha una encina en la selva, los árboles secundarios se doblan, se quiebran; los parásitos mueren, las lianas se rompen, los pájaros tiemblan. La caída es una catástrofe; llénase de pavor la hondonada, retiembla la tierra.

Si Rubén Darío hubiera sido un simple mortal, no hubiera sacudido tanto corazón como sacudió en su caída.

Cuando se dijo que se repudiaba mi nombramiento de orador de la municipalidad de Managua, a causa de mis artículos, encontré tal determinación ajustada a los términos de la catástrofe.

Sufría mi amor propio de hombre; pero triunfaba mi íntimo criterio de escritor.

Y cuando más tarde supe que algunos corifeos azuzaban el pueblo contra mí, se afirmaba mi filosofía, enraizaba mi convicción, y, augusta y dramatizada, con perfiles de leyenda, surgía de su catafalco la visión del sublime esteta, revolucionario en el mundo, revolucionario en la tumba.

Su paroxismo a la hora que eclipsaba el sol, la operación, la autopsia, la extracción del cerebro, el sabio que lo lleva, la policía que lo quita, las peripecias de la agonía, la voz de las pasiones vibrando como un mar, todo esto, inusitado, extraño, nuevo, grande, armonizaba con el poniente del genio cuya muerte ha dejado mucho frío en el corazón de la raza y un gran dolor en el mundo.

AUTÓGRAFO DEL Dr. DEBAYLE

De su puño y letra, el eminente médico hace relación de la escena que se verificó en la cámara mortuoria del poeta, después de extraerle el cerebro. La autógrafa está escrita con lápiz y dice:

"La señora de Darío autorizó al doctor Debayle a conservar el corazón y el cerebro; mas el día de la autopsia sólo se le extrajo el corazón dejando el cerebro.

"Al siguiente, Andrés Murillo, deseoso de conservar el corazón lo pidió al doctor quién aceptó darlo si se quedaba con el cerebro, con el fin laudable de hacer un estudio de esta víscera, como Antomarchi lo hizo con la de Napoleón. Convenidos, Debayle procedió en la noche siguiente, cuando disminuyó la muchedumbre de los asistentes que velaban en capilla ardiente en la casa mortuoria.

"Por una hábil y fina intervención, pudo Debayle, acompañado de Lara, de sus hijos Enrique y Roberto, de los practicantes Luis Hurtado y Serbulo González y de don Francisco Castro, al rayar el alba, extraer el cerebro del poeta, sin dejar señal alguna en el rostro, ni en el cuero cabelludo, sin deformación alguna en la frente espaciosa y alta del genio, sin siquiera manchar su impecable traje negro, pudo, repetimos, extraer la masa encefálica con todo y el cerebelo y parte del bulbo, recibiendo apenas en los lóbulos frontales una ligera hendidura de la sierra, finísima y especial, que cortó el cráneo. (Esta sierra y los demás instrumentos de la autopsia los conserva Debayle en su museo patológico como reliquias).

"En cuanto Debayle sacó el cerebro, hizo un rápido análisis de su peso, morfología, meninges, etc., y resultó como extraordinaria característica, la diferencia entre la tercera circunvolución de Broca y la homóloga del lado derecho. Los profesores y don Francisco Castro tuvieron un diálogo acerca de la forma insólita y el desarrollo marcadísimo de esta circunvolución.

"La hendidura, ciertas lesiones especiales, de las meninges (a las cuales nadie ha hecho alusión) y un alfiler especial colocado entre los dos hemisferios, son según revelaciones de los médicos, las señales más características, para identificar en todo tiempo la preciosa reliquia.

"Cuando los profesores Debayle y Lara colocaron en el líquido conservador el cerebro y lo enviaban a sus laboratorios, con la confianza de un convenio anterior, Murillo se interpuso diciendo primero que más tarde lo remitiría; después, no queriendo dejarlo llevar. La escena se hacía violenta y Debayle indignado tomó el recipiente y lo entregó a un policía, quien a su vez, creyendo hacer mejor, lo puso a la orden de su jefe, y lo llevaron a la Central. Mientras, el doctor Debayle no insistió en reclamar su derecho, porque la señora de Darío le suplicó tuviese paciencia y que ambos órganos le serían entregados, pues ella se los cedía.

"Vueltos a las habitaciones interiores, Murillo afectó exaltación, y entró a su aposento, en ademán amenazante, según los circunstantes. El doctor Debayle, todavía en traje de operador, sin arma alguna, penetró al mismo cuarto, diciéndole que estaba desarmado y que bien podría atentar contra él. Murillo, en esta actitud, repuso que él de ninguna manera quería agredirlo y salieron luego afuera, ofreciendo que todo se arreglaría.

"Mas, desgraciadamente, ni a Debayle, ni al señor obispo se les cumplió lo prometido de entregar el cerebro, el cual se remitió para Granada, contra la voluntad del pueblo leonés que en su idolatría por Darío quería conservar a todo trance el cerebro" (4).

(1) En León, Nicaragua.
(2) 1915.
(3) Doña Rosario Murillo, con quien casó el poeta en segundas nupcias, en Nicaragua.

(4) El cerebro fué llevado personalmente a Granada, a la clínica del doctor Juan José Martínez, algunos meses después, por la viuda doña Rosario de Darío, para que hiciera un estudio científico aquel facultativo, estudio que publicó en un folleto lujosísimo.

Adulación en el matrimonio

Toda corte de amor encierra adulación. Es la adulación inconsciente; el amor atrae amor, y cuando un hombre se preocupa por una mujer, encuentra en ella todas las perfecciones que justifican su amor por ella. Todas las cosas bellas se las han dicho ya; y los esposos y sus mujeres, sin darse cuenta, han llenado un recipiente de reserva de cosas menos agradables que no vacilan en repetirse. Si la lisonja es indispensable en los noviazgos, porque aumenta la estimación por la amada y la hace estar agradada, no es menos necesaria en el matrimonio, porque entonces la esposa cree que es todavía la amada.

Y esto es aplicable tanto a los maridos como a las esposas. Muchas esposas, después del matrimonio, olvidan que un marido, ante que marido, es hombre, y que necesita que se le adule como antes, quizá más. Un marido adulado, es, en lo general, un marido agradable, quizá demasiado complaciente. Se siente fuerte y grande y tiene mil atenciones para su esposa débil, según él. Es maravilloso cómo puede cargar una máquina sin la ayuda de nadie, cómo puede desatornillar un mueble, etc. Esto lo hace ser bondadoso y prestar toda clase de servicios a su esposa. Todo va viento en popa. Él está agradecido. Ella está contenta. Y los dos son muy felices.

LINARES RIVAS.



Aventuras auténticas

Prisionero bajo el mar

El descenso a los pozos de mina abandonados, es operación arriesgada —escribe el mecánico Mr. E. King, protagonista de esta aventura,—pero ni yo ni ninguno de los que por nuestra profesión tenemos que realizarlo, nos detenemos a pensar si volveremos a salir a la superficie de la tierra cuando emprendemos el descenso.

El trabajo se realiza del modo que voy a explicar. La bomba, que suele ser un gran aparato de metal de varias toneladas de peso, se baja al fondo del pozo por medio de una cadena y el hombre encargado de su instalación desciende montado en un trozo de madera o sentado en un cubo pendiente de una cuerda. El vapor necesario para el funcionamiento de la bomba baja por un tubo flexible fijo a la bomba con unas abrazaderas de metal. El individuo que desciende al pozo no tiene más medios de comunicación con la superficie que las señales que puede hacer por medio de un breve código de golpes en el cubo, cuyo ruido se oye perfectamente en la boca del pozo.

Inútil es decir que cuando se baja a un pozo de esta clase no se sabe qué se va a encontrar en él, pues tan frecuente es que no pase nada, como que sobrevenga un desprendimiento o el cubo se vuelque y el obrero caiga de cabeza.

Hace diez y ocho o diez y nueve años, estaban construyendo un nuevo rompeolas en Ramsgate y los contratistas pidieron a la casa a que yo pertenecía, una bomba y un mecánico, y fuí yo. No lejos del mar habían hecho un pozo de unos dos metros y medio de diámetros por veintisiete de profundidad, desde cuyo fondo partían dos galerías que ascendían ligeramente. Estas galerías, que se extendían bajo la playa, se habían llenado de agua del mar, impidiendo trabajar en ellas, por lo cual había que sacar el agua con la bomba y conservarla funcionando para que no se inundasen de nuevo, sobre todo en la pleamar.

Bajada la bomba con el cable, enchufé el tubo de vapor y la puse en marcha. La operación se realizó perfectamente durante una hora. A medida que bajaba el nivel del agua, bajábamos la bomba y la obra progresaba, pero cuando estábamos bajando el aparato por tercera vez cayó al pozo un tablón que había en la boca, e inmediatamente la bomba comenzó a rendir menor cantidad de agua, indudablemente porque el golpe del tablón le había causado alguna avería, cuya reparación me obligaba a descender. En las paredes del pozo habían puesto unas escalerillas para que bajasen y subiesen los obreros, y por ellas descendí.

Cuando llegué a la bomba, me encontré con que había bajado el nivel del agua tanto, que ya quedaba al descubierto tres cuartas partes de la altura de las galerías. El tablón en su caída había chocado violentamente con el tubo de vapor en su punto de unión con la bomba, y había aflojado uno de los sujetadores del tubo y se salía el vapor. En el fondo del pozo estaba casi a obscuras y mi lámpara daba poca luz, pero se distinguían las entradas de los túneles.

Yo no podía colocar el sujetador sin que cortasen arriba la salida del vapor, para lo cual tenía que subir yo a la superficie, por la imposibilidad de que oyesen mis señales desde abajo. En aquellos momentos, la bomba estaba sacando agua de una poza abierta en el fondo del pozo, de unos tres metros de profundidad, y para ver el daño causado por la caída del tablón, me había separado de la escalera y me había acercado al borde de la poza, donde el agua no me llegaba más que a las rodillas.

Al volverme para tomar la escalera sonó una gran detonación, seguida de un terrible redoble. Se me apagó la lámpara y el pozo se llenó de vapor inmediatamente. Sin darme cuenta exacta de lo acaecido, corrí como un loco hacia donde suponía que se hallaba la escalera, pero me desorienté y me encontré en la entrada de una de las galerías. Sabía que si titubeaba un segundo moriría escaldado por el vapor recalentado, y corrí por la galería tropezando en las desigualdades del suelo, y dándome golpes en la cabeza con el techo, pues la galería tenía menos de dos metros de alto. Además me hallaba completamente a obscuras.

El ruido infernal continuaba en el pozo. Todo el que haya oído el ruido del vapor al escaparse por la válvula de seguridad de una locomotora, multiplíquelo por ciento y tendrá una ligera idea del que producía el vapor que salía del tubo, desprendido sin duda de la bomba. El espantoso ruido paralizaba mi cerebro, y sólo podía taparme los oídos con las manos.

El aire de la galería comenzó a caldearse, y las ráfagas de vapor que llegaba hasta mí me obligaron a internarme más y más en mi posición hasta que llegué a un extremo, y allí me acurruqué, a treinta metros bajo el mar, y a setenta de la boca del pozo, de la cual me conservaba separado el vapor abrasador.

De repente cesó el ruido. ¡Habían cerrado el paso del vapor! Siguió un silencio absoluto, un silencio casi espantoso como el ruido. Creí que me había quedado sordo y realmente, cuando me moví no sentí ningún ruido. Pasados unos cuantos segundos logré rehacerme y corrí locamente hacia la boca de la galería. El agua entorpecía mi marcha y temía que en cualquier momento volviesen a dar salida al vapor. Además, a medida que avanzaba, bajando la pendiente que formaba la galería, encontraba más alto el nivel del agua. Primeramente me llegaba a las rodillas; luego, me alcanzaba la cintura. Tropecé con una piedra que sobresalía en el techo, y sentí la sangre que me corría por el rostro. También me sangraban los dedos y tenía las uñas deshechas, sin duda de asirme fuertemente a las paredes cuando tropezaba.

Me parecieron horas el tiempo que tardé en llegar a la boca del túnel. Gradualmente se hizo menos densa la obscuridad, y por fin distinguí la boca de la galería con un pálido semicírculo y grité con la vana esperanza de que me oyesen.

¡Ya estaba casi junto a la boca, no faltaba más que un momento para considerarme salvado, cuando volvieron a dar salida al vapor!

Todavía hoy no sé por qué lo hicieron. Me dijeron que sabían que se escapaba el vapor, pero que no sospechaban el peligro en que me hallaba considerando que si hubiese estado en peligro habría subido por la escalera.

Lanzando un grito de terror y desesperación, volví a echar a correr por la galería. El piso de la parte final, seco antes, tenía ya más de cinco centimetros de agua y en ella caí medio inconsciente, No sé cómo no me ahogué, pero indudablemente el mismo fresco del agua al subir de nivel y bañarme la cara me revivió y me senté. El espantoso ruido continuaba y el agua seguía subiendo y me ahogaría como una rata.

Ignoro cuánto tiempo permanecí agazapado en el túnel; sólo sé que de

La verdad de la Historia

—¿Os acordáis de aquella anécdota relativa a un famoso historiador inglés que tanto le gustaba a Anatole France contar? El héroe de la historia hallábase una tarde sentado en su "bow window", cuando vió que un oficial y un paisano deteníanse en medio de la calle y se dirigían palabras violentas. De pronto el militar exasperado le dió en pleno rostro al civil dos terribles bofetadas. La policía intervino, y los adversarios fueron invitados a comparecer ante el cherif del barrio para explicarse. En ese momento entró en casa del historiador un amigo, que también había asistido a aquella escena, y que manifestaba su indignación por el hecho inaudito de que un paisano se hubiese permitido abofetear a un oficial.

—Dispense usted—díjole el historiador,—yo estaba aquí, en esta ventana, y vi, con estos ojos, la disputa. El que dió las bofetadas fué el militar.

—No, no—contestóle su amigo; —yo estaba en la puerta, a tres pasos de ellos, y vi al paisano levantar la mano.

—Yo estoy seguro de lo contrario.

—Yo podría jurar lo que digo... Entonces el historiador levantóse de su butaca, fué a un armario, cogió un legajo y lo echó al fuego.

—¿Qué quema usted?—preguntóle su amigo.

—El manuscrito de mi "Historia de Roma"... Puesto que no podemos saber a punto fijo ni lo que hemos visto nosotros mismos, ¿cómo vamos a tener la menor noción de lo que sucedió veinte siglos ha?

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

repente cesó el ruido. Ya había tenido que ponerme de rodillas y aún así me llegaba el agua más arriba de la cintura.

Medio loco por el miedo de que volvieran a dar salida al vapor, eché a andar por la galería. Dos veces me caí al agua, pero logré ponerme de pie. Al llegar cerca de la entrada de la galería el agua me llegaba a la cabeza y temía que la salida se hallase obstruída por completo, en cuyo caso podía considerarme enterrado vivo bajo el mar. Ya me llegaba el agua a los labios, pero la entrada no distaba más de un metro y la gané. Mis ojos acostumbrados a la profunda obscuridad pudieron descubrir a la débil luz del fondo del pozo, el punto donde se hallaba la escalera pero cuando llegué a ella con mucho trabajo, vi que me era imposible alcanzarla, porque el tablón al caer había roto y arrancado la parte inferior.

Yo estaba casi exhausto. En cualquier momento podían volver a dar salida al vapor y nada me salvaría. Me dirigí, vadeando, hacia la bomba. Un solo paso, uno falso, me podía precipitar en la poza y ahogarme, mas por fortuna llegué sin novedad y reuniendo todas mis fuerzas me encaramé en ella y pude asirme a la cadena, por la cual trepé hasta la boca del pozo, donde me recogieron mis compañeros que no habían sospechado el peligro que había corrido.

Cuando recobré el conocimiento, me explicaron que no habían cortado antes la salida del vapor, porque la caldera estaba algo distanciada de la boca del pozo, y desde allí no parecía sospechoso el ruido del vapor que se escapaba. Además, por efecto de la profundidad del pozo, el vapor se condensaba antes de llegar a la superficie y por lo tanto no se advertía nada anormal. Sólo un momento dudaron y cortaron la salida del vapor, pero como no oyeron nada ni yo salía a la superficie, creyeron que no pasaba nada y reanudaron el funcionamiento de la caldera.

El enigma de Marte

Una medición térmica

Mucho, casi demasiado, se ha escrito ya sobre las circunstancias climatéricas de Marte y la opinión casi unánimemente admitida fué que el clima de ese planeta es notablemente más crudo que el de la Tierra, puesto que Marte, a causa de su mayor distancia del astro central, sólo recibe un 43 p. c. del calor solar que llega a nuestro globo. Pero, en el último año, según nos informa A. Stentzel en su "Astronomische Zeitschrift", practicaron los astrónomos americanos E. Pettit y S. B. Nicholson con una elemento térmica montada en el gigantesco reflector del Mt. Wilson minuciosas mediciones de la radiación térmica del planeta Marte. Los dos sabios averiguaron para el centro del disco planetario una temperatura absoluta media de 280° Celsio y para la región polar una temperatura absoluta de 205° Celsio. Como se sabe está el cero absoluto a —273° Celsio. Para la Tierra son las temperaturas absolutas en la zona ecuatorial (con una temperatura anual media de 28° Celsio sobre el cero ordinario) 301° Celsio, y en las regiones árticas (con un promedio de 20° Celsio bajo el cero ordinario) 253° Celsio.

Según eso se obtiene para el ecuador marciano una temperatura media de 7° Celsio sobre el punto de congelación del agua. A causa de la fortísima insolación es de suponer que en las bajas latitudes del planeta los días son sumamente calurosos, como igualmente no cabe dudar que por la intensa radiación nocturna las noches son allí frísimas. En todo caso consta que según las temperaturas halladas por los dos astrónomos americanos nadie podrá negar la posibilidad de que en la superficie del planeta Marte se haya desarrollado una vida orgánica, tal vez tan complicada y variada como la de la Tierra. Hasta la hiperbórea Espizberga se engalana en verano con lindas florecillas; en los desiertos glaciales de los países polares viven bueyes almizcleros, osos blancos, focas y muchos otros animales de una organización superior; y en Groenlandia viven hombres, los esquimales, que sostienen la lucha por la existencia sin perecer en ella, de lo cual resulta que nada se opone al hecho de que Marte esté habitado.

La mujer perfecta

Por Eduardo ZAMACOIS

PERSONAJES: *Luis; treinta años, pintor. Doctor Ramírez; cuarenta años, médico.*

ESCENA: *En la azotea de un hotel inmediato a Palermo, desde la que se divisa un gran trozo de mar. Declina una tarde de otoño.*

LUIS.—*Es el asunto del día y los periódicos lo comentan de diversas maneras, si bien conviniendo todos en que Pepe Suárez tiene un talento extraordinario.*

RAMÍREZ.—*Evidentemente.*

LUIS (apasionándose).—*Yo estoy entusiasmado... ¡Qué colorido, qué sobriedad en la composición, qué exactitud y al mismo tiempo, qué generosa multiplicidad de detalles!... Le aseguro que no recuerdo nada tan original, tan fuera de los carriles trillados y corrientes.*

RAMÍREZ.—*¿Y ese cuadro se titula?*

LUIS.—*"La mujer perfecta".*

RAMÍREZ.—*¿Grande?*

LUIS.—*Tamaño natural.*

RAMÍREZ.—*¿Asunto?*

LUIS.—*Sencillísimo: una mujer en pie y desnuda; una especie de Diana cazadora...*

RAMÍREZ (desdeñoso). — *¿Quiere usted que le hable francamente?... Ese cuadro será un prodigio de luz, de colorido, de corrección... pero no veo su originalidad.*

LUIS.—*Es que su originalidad proviene así del asunto como del título. Se trata de un símbolo...*

RAMÍREZ.—*Sigo sin comprender.*

LUIS.—*El cuadro se titula "La mujer perfecta".*

RAMÍREZ.—*Bien...*

LUIS.—*Y el admirable desnudo de Pepe Suárez... ¡no tiene cabeza!*

RAMÍREZ.—*¿Ah?* (Reflexionando).

LUIS (triunfante).—*¿Entiende usted ahora?*

RAMÍREZ.—*Sí... sí...*

LUIS.—*Lo que equivale decir que una mujer, para ser perfecta, sólo debe tener corazón...* (Pausa).

RAMÍREZ (mueve la cabeza en señal de duda). — *La teoría no es nueva.*

LUIS.—*Indudablemente: pero, ¿y el modo de expresarla?*

RAMÍREZ.—*¡Ese, sí! Es genial, no se parece a nada. Ahora por lo que respecta a su valor filosófico, creo que carece de él, en absoluto.*

LUIS.—*¡Cómo! ¿Usted pretende que la mujer debe tener algo más que corazón?*

RAMÍREZ (gravemente).—*No sólo lo afirmo, si no que sostengo la necesidad imperiosa de que nuestras compañeras renuncien a toda esa parte que los poetas y con ellos ustedes, los "sentimentales", llaman "corazón".*

LUIS (aterrado).—*¡Doctor!.*

RAMÍREZ.—*Porque ustedes, los paladines de la vieja teoría según la cual las mujeres, para ser buenas, no necesitan saber escribir, llaman "corazón" al elemento "instintivo" que hay en nosotros. Y el instinto, es decir, todo aquello que no alumbra la luz de la razón, todo cuanto sea impulso ciego, es malo... o, por lo menos, peligroso. ¿Le gustan a usted los amores ilógicos, los odios arbitrarios, las antipatías sin motivo, o "por que sí"?... A mí, no, señor: pues el instinto comparado lo tengo a un potro salvaje, que así puede galopar obediente a la brida, como desbocarse y estrellarnos. El instinto es la parte bestial, atávica, que heredamos del hombre prehistórico. Usted habrá oido decir muchas veces, en el teatro, como en la vida: "Para el corazón no hay leyes". O bien: "Al corazón no se le manda"...*

LUIS.—*Perfectamente.*

RAMÍREZ.—*¡Ah! ¿Y sería usted capaz de unir su existencia a la de una mujer así, caprichosa, arisca, indomable, como bruto sin rienda?*

LUIS.—*Nuestros criterios son diametralmente opuestos. A usted le gustan las mujeres calculadoras...*

RAMÍREZ.—*Son las mejores.*

LUIS (asombrándose otra vez).—*¡Querido doctor!...*

RAMÍREZ.—*Por no decir las únicas susceptibles de llegar a los altos límites de la verdadera bondad. Sólo una mujer genuinamente inteligente puede cumplir con todos sus deberes: ser buena hija primero, buena esposa después, madre ejemplar más tarde.*

LUIS.—*De suerte que para usted, el corazón...*

RAMÍREZ.—*Es el único aliado sincero del Diablo. ¡Ah, si pudiésemos prescindir de él nuestra conciencia quedaría, como por ensalmo, limpia de toda laya de suciedades y vilezas. Allí donde la luz del pensamiento no alcance, allí mismo empezará lo tenebroso, lo arbitrario, lo sujeto a las furias brutales y ciegas del capricho. Todo en nosotros, de consiguiente, debe ser razonado, porque el amor, el odio, la ambición y el orgullo, componen una terrible cuadriga que sólo la razón sabe refrendar y guiar al bien. Aspiremos a inquirir, conocer y desmenuzar íntimamente la urdimbre arcana de nuestros afectos; porque el "instintivo" que hoy es bueno, mañana, bajo la influencia de otra impresión, puede comportarse malamente, mientras el "reflexivo", cuanto más practica la virtud, mejor se afirma en ella Unicamente las mujeres inteligentes llegan a ser madres perfectas, pues no basta que apetezcan el bien para sus hijos, sino que sepan dársela; y otro tanto digo de las esposas, que serán más útiles y hacendosas, cuanto más cerca se hallen de su marido y mejor comprendan sus afanes.*

LUIS.—*Entonces usted opina que la mujer perfecta debe tener poco corazón...*

RAMÍREZ.—*¿"Poco"?... No. ¡Ninguno! Considere usted que Dios —símbolo de toda perfección— es "infinitamente bueno" porque es "infinitamente sabio". La inteligencia es la flor de ese raro fruto llamado "bondad". Procuremos, pues, que nuestras compañeras se acerquen a Dios. Para mí, querido Luis—con permiso de ese pintor a quien usted admira tanto—la mujer ideal sería todo cerebro...*



La recolección de la aceituna en Andalucía

Mes de enero. Una casería cercana a un pueblo—rico y blanco—de la provincia de Córdoba, en sus linderos con la de Jaén.

El ruido de los "aceituneros" que en cercanas habitaciones se levantan, me despierta. Una ligera sensación de frío más que las débiles líneas de luz que se dibujan en la cerrada ventana frontera, me indica que está amaneciendo. Me visto mientras abajo en la ancha cocina, en cuyo hogar crepitan las ramas jóvenes de los viejos troncos de olivo que arden, los trabajadores toman las "migas" (manjar hecho con pan y aceite, fundamentalmente; sabroso y sencillo, como el pueblo que lo condimenta y que lo come).

Ya es de día. Confundido entre el revuelto ruidoso tropel de los obreros me encamino con ellos al tajo. Abrúmanme a preguntas. He de relatarles minuciosamente mis viajes. Una curiosidad intensa, inagotable les acucia. Estos buenos hombres encerrados en este paisaje luminoso y estrecho, cortado por las siluetas achatadas de los olivos, quisieran saberlo todo, viajar mucho, conocer nuevos paisajes. No, no sólo es la miseria la que ha llevado y lleva España a América; es la curiosidad, la inquietud, la vehemencia sentimental que anhela variaciones y se hastía con la monótona repetición de lo cotidiano.

Cuando llegamos al tajo el sol naciente, cegador y tibio, llena de diamantes el suelo, al quebrarse sus rayos en las innúmeras gotitas de rocío que el olivar tapizan.

Se enciende una hoguera. A ella van de vez en vez hombres y mujeres a calentarse las manos ateridas por la helada escarcha matutina.

A la voz del "manijero" da comienzo el trabajo. Es aquel el jefe de los aceituneros, el que en nombre de la cuadrilla contrata a destajo con el "amo" la recolección de la aceituna de una determinada finca. El precio por unidad—la fanega—es escaso. Han de trabajar continua y febrilmente, durante ocho a diez horas diarias, si quieren conseguir un jornal relativamente remunerador de cuatro a cinco pesetas. Para estimularse se dividen en dos o más cuadrillas y se va pregonando constantemente el número de fanegas que cada una lleva cogida. El encargado de transportar en canastas la aceituna va salmodiando los resultados de los rivales en el verdoso e inmenso silencio del olivar. Una voz potente y armoniosa pregona: "¡cuatro la Carmen por seis la Rubia!", mientras las mujeres de ésta sonríen satisfechas y las de aquélla se afanan ardorosas en igualar a sus compañeras.

La unidad para estas tareas no la forma el trabajador sino el "matrimonio". No se contratan veinte obreros o quince obreros sino tantas o cuantas parejas. Los hombres van "avareando" la aceituna, esto es, desprendiéndola del árbol con los ya largos ("varas") ya cortos ("varillos"). Una vez en el suelo, las mujeres y los zagales—que a aquellas ayudan—las van recogiendo en cestos, sacándolas rápidamente de entre los terrones o las hierbecitas con el febril movimiento de sus dedos toscos. De esos cestitos se llevan por el acarreador-pregonero que mencionamos antes, a una criba inclinada y grande, donde se van limpiando las negras aceitunas de las hojas y ramas que con ellas vienen mezcladas. Allí es recogida por los carros que la llevan al molino para la trituración y prensamiento, que ha de sacar de su morada pulpa el dorado aceite.

Es esta la más importante materia de exportación de que dispone la economía española, siendo superior a cien millones de pesetas el importe del aceite exportado anualmente. Mientras los minerales se deprecien, el trigo ha de sostener competencias encarnizadas y el vino ve cerrársele los puertos de los nuevos pueblos "secos", el aceite español va conquistando nuevos mercados y aumentando constantemente de precio. (En 1913 su exportación sólo produjo 30'19 millones de pesetas, en tanto que en 1921 llegó esta cifra a 105'4 millones.) En Andalucía —donde principalmente se produce el aceite—se va formando una burguesía considerablemente rica, porque este aumento de precio favorece mayormente a los propietarios de las fincas, que resisten cuanto pueden la subida de los jornales.

Los "aceituneros", sin embargo, no se quejan; son sufridos y sobrios. Con pan, aceite y garbanzos confeccionan sus comidas y este vegetarianismo forzoso los conserva sanos. Cuando anochece regresan a la casería, y hacen su segunda comida caliente compuesta de potaje. (Al mediodía toman una especie de gazpacho.) Terminada esa cena se levantan, o mejor dicho, se separan—porque comen de pie—de la mesa, cual pudiera hacerlo un grupo de ociosos que acaban un suculento banquete. Se sienten alegres, llenos de energía y se entregan a la diversión, a la diversión más pintoresca y varia que pueda concebir un folklorista.

Comienzan jugando al corro. En el patio, unidos de la mano, dan vueltas saltando al compás de una música ligera y sencilla, que sirve de expresión a una canción sentimental o irónica, despreocupada o doliente, risueña o triste, pero que siempre es ingeniosa, alada y bella.

Si mi suegra no me quiere
déjala que no me quiera;
en llevándome el clavel
"pa" que quiero la maceta.

Canta una voz femenina, acompasada y loca, que deja cortar en el negro silencio de la noche estrellada la última nota rota de su ritmo bello por la alborotada irrupción del coro que repite el estribillo.

¡Ay! Rafael, Rafael
vete ya, que no te quiero.
Te las das de señorito
pero no tienes dinero...

Cansados de saltar vuelven a la tibia cocina y dan comienzo a la representación tosca de una farsa arcaica, cuya tradición se pierde en los orígenes de la historia. Son breves sainetes, generalmente de carácter risueño, adornados con chistes obscenos, brutalmente expresados, que hacen pensar en los versos medioevales, en las coplas de Mingo Revulgo y aun en las media eruditas del cancionero de Baena.

Luego viene la narración de romances, por uno o varios recitadores viejos que maravillan el alma ruda del auditorio, con relatos fantásticos de nuestras asombrosas hazañas, o la hacen fibrar con la descripción de unos amores trágicos, o reír con unos chistes obscenos o pensar en unas sentencias o refranes que acaso alguien aprendiera de labios de Sem-Tob. Algunos dan una cabezada, poco después son ya varios los que duermen, hasta que el narrador, cansado, exclama interrumpiéndose: "¡vámonos a la cama!". "Sí, ¡vámonos!", repiten todos y van desfilando escaleras arriba siguiendo al que lleva el candil, cuya luz proyecta en la nívea encalada pared del fondo las sombras oscilantes de estos fuertes cuerpos del pueblo español...

Gente fuerte, gente ruda, gente buena, que trabajas y crees, que sufres y callas, que cantas y oras. ¡Duerme, descansa, mañana, cuando otros soles más propicios alumbren a España siéntete dispuesta a reanudar los trabajos que ha tiempo dejaron empezados tus abuelos!

Dr. Antonio BERMÚDEZ CAÑETE.








A Zonza Briano

En la creación del monumento a Leandro N. Alem

I

Con el gesto heroico de los caballeros;
con la dulce trova de los romanceros,
en esta jornada, maestro, salud!
¡Genial paternóster del arte supremo,
en rico sahumerio mis versos te quemo
con mirras y galas de la juventud!

En nombre del arte que amó Praxiteles,
te ofrenden las razas divinos laureles,
¡ultrasoberano, soberbio escultor!
¡La gloria de Fidias te brinde sus flores,
mientras en un nuevo Partenón de amores
Minerva te cante sus himnos de honor!

II

¡Bendita tres veces, tu mano virtuosa!
¡El cincel en ella, cobra la gloriosa
escuela sublime del mago Rembrandt;
grabando en el bronce sutil maravilla,
o dándole vida y amor a la arcilla
que besa en sus ritmos la flauta de Pan!

. . . .

La hermosa figura del grande tribuno,
¡mártir de su credo! como Jordán Bruno,
quemado en la Roma de un tiempo fatal;
se yergue soberbia de paz y concordia
entre la miseria y entre la discordia,
y los torbellinos sangrientos del mal!

¡De frente a su pueblo! La barba nevada,
parece que fuera bandera sagrada
entre los combates de la idealidad!
¡vibrante su verbo de amor y de gracia,
azota y dispersa la canallocracia
y las injusticias de la humanidad!

¡De frente a su pueblo: pueblo domeñado
por las falsedades! bloque desplomado
por las fuerzas brutas, huérfanas del bien;
se yergue el apóstol magnánimo, y gesta
las páginas bellas de su gran protesta:
¡oh, dolor estoico de Leandro N. Alem!

La madre virtuosa, cautivada escucha
la frase elocuente de amor y de lucha,
y el niño a su lado, sonríe virtud;
porque la palabra del grande tribuno
lleva la caricia del beso oportuno
en las orfandades de la multitud!

¡Sonrisa de niño, sonrisa de madre
que arrancó a los pueblos, aquel noble padre
de un sano, fecundo, glorioso ideal!
¡La madre, parece que sueña la gloria;
y el niño, que escucha, como en la victoria
las férvidas notas de marcha triunfal!

III

¡Todo dice tu obra, genial Zonza Briano!
¡Acaso, Cellini, dejara en tu mano
la gloria divina del mago cincel!
¡Hay tanta grandeza de amor en la estatua,
que el alma del hombre, más negra y más fatua,
despierta, comprende, soñando al laurel!

¡Médicis te aplauda, como al florentino
Miguel Angel! ¡Quema mi verso argentino
las mirras y galas de la juventud!
Helicón liberta sus musas gloriosas,
porque Apolo quiere brindarte sus rosas
en nombre del arte. ¡Maestro, salud!

Ricardo M. Llanes

Pensamientos musicales

Por ALBERTO WILLIAMS

De la memoria.

—Sin el auxilio de la memoria, sólo en el presente podríamos percibir las imágenes, nuestra vida recorrería una serie de instantes ante el pasado desapercibido y el porvenir imprevisto.

—El pasado revive en la memoria del presente y se proyecta en el futuro.

—Ayer, hoy y mañana, son los tres compartimientos del tiempo, donde viaja un pasajero extraño y misterioso que se llama la conciencia.

—La memoria es como el músculo biceps, que con el ejercicio metódico y asiduo se ensancha, se retempla y vigoriza.

—La enseñanza de la música debe tender al desarrollo de esa preciosa facultad de la memoria.

—La memoria del compositor, como asimismo la memoria del artista creador y del inventor, es, por lo general, una buena memoria que registra todo lo que le interesa y emociona, pero cuyo recuerdo aparece al través de un velo y de una media luz poetizadora, como si el manto de la idealidad cayese ornando, de diverso modo, las imágenes de antaño.

De los compositores.

—La belleza musical, indefinible como toda clase de belleza, depende de tres excelencias del ingenio: maestría de la técnica, virtud de emocionar y constancia de la originalidad.

—Lo nuevo, sorprende y emociona; la acabada ejecución, admira; el armónico equilibrio de las partes y del todo, es fuente de deleite. Hay, empero, algo más, en las sonoras construcciones, que al análisis escapa, y es la intrínseca belleza de señaladas ideas.

—Ideas, ideas, siempre ideas, necesita el compositor. Procurad que sean, cual diamantes, hermosas y engarzadas en el áureo broche de la novedad.

—Todos los grandes compositores son técnicos insuperables. Como las líneas paralelas, la inventiva y la técnica tienen sus puntos equidistantes.

—A gran fantasía, técnica grande; a pequeña fantasía, técnica pequeña. Como yeguas juveniles y fogosas, la fantasía y la técnica tiran juntas y a compás, del carro esplendoroso de lo bello.

—Al correr de las edades, la técnica se modifica y la emoción varía: sólo la originalidad perdura, iluminando la senda del progreso.

—Revelar lo bello es el don supremo del espíritu.

—Decir lo que nadie dijo, cantar lo que nadie cantó, crear belleza musical, es un acto casi divino, que acerca el hombre a Dios.

—Siempre hay algo nuevo bajo el sol: Los "coros a capilla" de Palestrina, "El orfeo" de Monteverde, las "Fugas" de Sebastián Bach, las "Sinfonías" de Beethoven, las "Canciones" de Schumann, los "Estudios" de Chopín, los "Dramas líricos" de Wagner, los "Preludios" de Debussy, por no citar más que las cumbres.

Los hombres superiores que revelan ese algo nuevo hermoso, deben tener altares en el corazón de los pueblos. Ese algo nuevo hermoso, es una nueva emoción, es un deleite nuevo, es una nueva felicidad.

—El genio es el más libre de los hombres, no está sujeto al imperio de las leyes. Si éstas pretenden ponerle trabas, veréis que las quebranta. Trae el genio en su cerebro el arma prepotente, la fuerza de las fuerzas, que es la facultad de crear. Nace el genio, con soberanos poderes, imbuido de privilegios, gobierna las voluntades y reina sobre las almas, es el enviado divino, que viene a traernos la alegría y la dicha, el bien y el deleite, la verdad, la belleza y el amor de la nueva ley, por orden suprema de Dios.

—El compositor de genio, lo mismo nace en humilde choza que en alcázar opulento. El padre de Hayden era carpintero y sacristán, y la madre cocinera, en cambio, el padre de Mendelssohn era banquero, y la madre, hija de banquero.

SYRINX

Pan, el de los pies de cabra, hijo de Febo, vistiendo corto traje de piel de pantera, coronada la frente con guirnaldas de pinos, toca el rústico pífano sobre el monte Liveo.

A su alrededor retozan cornudos sátiros, velludos silvanos, faunos de puntiagudas orejas.

De pronto el dios apercibe en la falda de la montaña a Syrinx, la ninfa árcade que ofreció a Diana su virginidad. Con túnica corta, levantada por encima de sus rodillas, deshoja un narciso a orillas del agua, mientras murmura palabras desconocidas...

El capripede se lanza en su persecución, y la ninfa escapa ligera, como la sierva de Artemisa, hasta las orillas arenosas del Ledón. Pero Pan corre más, y lanza un grito salvaje: "¡Detente! Es tu boca cual el higo maduro, lleno de miel."

¡Oh prodigio! La blanca forma se desvanece en débil vapor, y en su lugar se agita un bosquecillo de cañas que se estremecen con armónicos quejidos.

El dios corta siete tallos desiguales y forma la flauta de siete tubos. Bajo sus labios, las frágiles cañas por donde pasó el alma de Syrinx, exhalan un canto divino...

CATULLE MENDES.



Cuentos camperos

La carta de la suicida

Por Javier de VIANA

Corridos todos los trámites, enterrada la difunta, el juez de paz entregó a Torcuato la carta que ella había dejado escrita para él, su prometido.

Torcuato recibió el pliego, le dió vuelta entre sus dedos callosos, lo miró, tornó a darle vueltas y concluyó por doblarlo al medio y guardarlo cuidadosamente en el bolsillo interior de la americana.

A pesar de que estaba obscureciendo, de que no había almorzado y de que sus ranchos quedaban lejos y a trasmano, montó a caballo y se dirigió al trote, rumbo a la pulpería de don Manuel.

Allí, a solas con el dueño de casa, sacó la carta, se la presentó y le dijo con súplica solemne:

—Vengo pa que me lea esto.

Don Manuel, un gallego petiso, grueso, hinchado en los cuatro o cinco miles de pesos que sugestionaban sus arterias de labriego, se caló las antiparras, rasgó el sobrescrito y tras un momento de afanoso estudio, confesó con rabia:

—¡Nu entiendu estus jarabatus!

Torcuato, resignado, guardó la carta, montó a caballo y troteó hacia su rancho, distante, muy distante. La noche era obscura pero Torcuato y su overo sabían rumbiar con los ojos cerrados. La noche era fría; pero Torcuato y su overo tenían la piel curtida, resistente a todos los rigores del clima: helada, sol, lluvia, granizo... ¿qué les iban a contar de nuevo?

El paisano llegó a su rancho, que con ser chico le pareció inmenso esa noche. Tiró el poncho sobre el catre, se acostó sin desvestirse. Como no había cerrado la puerta, se quedó mirando hacia afuera, hacia lo negro sin término, abiertos los ojos que el sueño no quería cerrar.

Cuando la aurora echó un resoplido granate en el interior del rancho, el paisano se enderezó sobre el catre. Al recoger el poncho, lo encontró destrozado, como si hubiese estado escarbando una alimaña uñosa.

—¿Fueron las rodajas de sus espuelas en convulsión nerviosa, o fué algún bicho malo que penetrara en la noche, al amparo de las sombras y aprovechando la puerta abierta de par en par?...

No lo sabía, no intentaba saberlo, incapaz de raciocinios en la semi-inconsciencia en que le había sumergido el trágico acontecimiento de la víspera, y en la ansiedad que le atenaceaba, por saber lo que decían las palabras sin voz de la muerta, guardadas allí, bajo un sobre, junto a su corazón, en un pliego arrugado.

Salió, se sentó en las raíces del ombú, tomó la carta y la estuvo contemplando largamente, estudiando con minuciosidad extrema cada uno de aquellos signos, para él misteriosos, indescifrables, incomprensibles.

El sol iba subiendo, iluminando, calentando. El casal de barcinos rabones y ayunos, daba vueltas, en silencio, olfateando, mirando al amo con miradas que parecían decir:

—¿Hoy tampoco carneamos, patrón?

Y el overo, atado a soga, extrañando que no se le largase aún, giraba alrededor de la estaca, se detenía, miraba fijamente al dueño, con las orejas inclinadas, con la cabeza baja, como presintiendo una desgracia.

En el intervalo, Torcuato leía, sí, leía; las cifras misteriosas se aclaraban, formando palabras, formando oraciones. Por intervención de una fuerza misteriosa él, que no conocía ni la O por redonda descifraba la carta de la novia muerta. Al principio dudó, creéndose presa del delirio; pero, allí estaban el rancho, el ombú, los perros a su lado, el overo en la soga, el campo, las lecheras en el bajo, las ovejas en la loma...; estaba bien despierto.

Leía. Y leía lo siguiente:

“Queridito mío: Esta que te escribo es pa desiarte salú, que la mía es güena, a Dios gracias... hasta áura que...

Aquí había algo confuso, muy confuso, un borrón, tal vez. Y seguía:

“Y yo te quiero mucho y a vos sólo y como no me dejas casar con vos yo me...”

En este sitio negreaba otro borrón; era claro: “yo me mato” y adiosito, mi queridito de mi alma y perdoname que te haga sufrir y rezá por el ánima de tu pobrecita.—Petrona.”

Eso es; así era la carta. Torcuato no sabía leer pero adivinaba. Su cariño hacía un milagro.

Ladraron los perros. El paisano levantó la cabeza. Su vecino don Jerónimo llegó hasta él.

—Buenos días, amigo.

—Buenos; bajesó.

—Supe que andaba baliao en una ala y vine pa afectarme... sirvo... en lo que mande.

—¿Sabe leer, don Jerónimo?

—Sí, sé leer.

—Tome, lea.

Y alargando la carta, agregó no sin cierta expresión de orgullo:

—¡Vea lo que me dice la chiquilina!

El vecino leyó, meneó la cabeza y dijo:

—Que le vamos a hacer, amigo, las mujeres son así.

—¿Cómo así?—replicó violentamente el mozo.

—Así, pues, sucias como un peso papel y falsas como botas de pulpería.

El rostro de Torcuato quedó, al oír estas palabras, tan blanco y tan rígido, como un campo cubierto por la escarcha. Su mano, que temblaba, se posó sobre el brazo del amigo y con una voz que vanamente intentaba aparentar serena, dijo:

—¿Usted lió?

—¡Natural!

—¿Me quiere hacer el servicio ’e lerla juerte?...

—¡Si se empeña!...

—“Queridito mío...

—¡Ansina!... ¡ansina es!...

—“Queridito mío: Esta que te escribo es pa desiarte salú, que la mía es güena, a Dios gracias, hasta áura que”...

—¡Clavao!... Lo mismo que yo lí... ¡Siga, compañero!...

—...“me tengo que matar...

—¿Nu hay un borrón ahí?

—Sí, grande.

—¡Es eso, el borrón!... ¡pobrecita!...

—...“me tengo que matar porque...

—Vea, eso es lo que más interesa, lea despacito, no se apriesure...

“...porque... sabés, mi queridito... yo tuve una desgracia con Sinforoso, el sargento, y no se quiere casar conmigo y dice que si yo me caso con vos te va contar todo, mi queridito querido”...

Torcuato pegó un brinco, asió violentamente de un brazo a su amigo y le dijo:

—¡Eso es mentira, eso no puede ser... ansina!... Güelva a leer, por favor!...

Don Jerónimo tornó a leer el párrafo, y el paisanito tornó a increparle:

—¿Pero dice bien asina?... Mire... la letra es fiera, puede que se equivoque!...

—¡No, m'hijo, es así!... ¡Pasensia!

—...Siga.

—“Como yo sé que el sargento Sinforoso es un desalmao, y yo sé que vos, mi queridito querido, sos muy bueno, te recomiendo antes de morirme, que me voy a matar, que cuidés de la criaturita que la tiene ña Pancha la del Rincón del Espinillo. Y te manda un beso tu fiel—Petrona.”

Frío, súbitamente serenado, Torcuato dijo:

—¿Concluyó?

—Sí, amigo

—Y... ¿está bien seguro del qu'ella dice eso, que yo... me haga cargo... el guacho?

—Sí, sí, lo dice.

—Güeno, amigo, gracias.

—¿No precisa nada?

—Nada.

—Adiosito entonces, y ser juerte.

—¡Vaya, amigo, vaya!... ¡Yo no he nacido a la orilla el agua donde se crían mimbres y sarandises; yo he nacido tierra adentro, en la Pampa, donde viven los ñandubaises duros y con espinas... ¡Adiós, paisano!...

Se estrecharon la mano, don Jerónimo montó y partió. El overo seguía dando vueltas alrededor de la estaca, impaciente. Los perros remolineaban gruñendo con gruñidos que querían decir: — “¿No carneamos hoy tampoco?”

Torcuato, tras un momento de meditación, se dirigió hacia el sitio en que estaba atado su caballo. Quiso desatar el maneador y no pudo; intentó arrancar la estaca y no lo consiguió: sacó el cuchillo, cortó la huasca, quedó libre el overo. Siempre seguido por los perros, llegó hasta la cocina. De un garfio colgaba un pernil de oveja, negro, seco. Lo descolgó y lo arrojó a los barcinos. Más de cinco minutos permaneció inmóvil, la vista en el suelo, el cuchillo en la mano. Luego dijo con voz alta:

—Hembra... pasto ’e bañao que no alimenta, sol de otoño que no da calor... hembra!... El guacho queda a mi cargo... ¡Güeno!

Y silbando una vidalita muy triste, se puso a afilar el cuchillo en la piedra que estaba junto al fogón. Probó después el filo en el dedo, lo encontró a gusto, y dijo simplemente:

—Güeno.

UNA COMISION EN PUERTA



—¿A usted le parece bien, señor intendente, que salgan las tiples, coristas y bailarinas con las piernas desnudas, sin unas malas medias o mallas puestas?
—¿A qué junta de damas pertenecen ustedes?
—¡A ninguna! Nosotras somos las esposas de varios fabricantes de géneros de punto, que, como sigan las cosas así, van seguramente a la ruina.

Un hijo de familia

Por Mauricio LEVEL

—Duro oficio el nuestro — dijo el señor Frutte con sonrisa de hombre desconfiado.—Al que alquila su casa, un carruaje o muebles se le tiene por negociante honrado. A mí, que alquilo mi dinero, se me llama usurero. ¿Qué diferencia hay, decidlo, entre mi dinero y el vuestro?

—Los beneficios que obtenéis, señor Frutte. ¡El sesenta por ciento!

—¡Ya salió el argumento de siempre! ¿Creéis que yo no preferiría prestar al diez?

—¿Quién os lo impide?

—Los riesgos, señor mío.

No pude menos de sonreír y exclamar:—¡Sois un zorro viejo!

—Pues, a pesar de eso, a veces... Escuchad:

El verano último fuí a Deauville, no por divertirme, pues me gusta la tranquilidad, sino profesionalmente. Es preciso echar la red donde hay pescado. Apenas instalado, me oriento, husmeo, y pronto tengo cuatro clientes eventuales: una señora muy enjoyada que jugaba al "bacarat" desenfrenadamente, un industrial que perdía grandes sumas, un viejo señor que en honor de altezas de paso, daba recepciones fastuosas, y un joven muy elegante que jugaba con la timidez nerviosa del hijo de familia a quien sus papás cierran los cordones de la bolsa. No había transcurrido ocho días, cuando la dama de las joyas me pidió cien luises. Se los doy y me los reembolsa a las cuarenta y ocho horas. Reincide; esta vez abro el ojo. Desconfío de las gentes que pagan el día prefijado y de las damas que en seguida echan mano de su collar de perlas para ofrecerlo en garantía. La dama se enfurece, me insulta; los compañeros desaprueban mi conducta; yo me mantengo firme en mi negativa ¡felizmente! ¡Las perlas de su collar resultaron falsas!

Me duraba la impresión de esta revelación, cuando vino a verme el industrial. Le escucho. No era de esos hombres que aceptan todas las condiciones con tal de salir del atranco, sino un hombre de negocios momentáneamente apurado, consciente de su fuerza económica, seguro de su solvencia y que no quiere dejarse estrangular. Lógicamente debía yo prestarle dinero sin vacilación. Ya iba a sacar los billetes, cuando de pronto me contuve y reflexioné: ¿la actitud de este hombre no será estudiada, precisamente para que me confíe?

Me niego a prestarle el dinero. ¡Bien acerté! El industrial, cuatro días después se declaraba en quiebra.

Aquella misma tarde recibía yo una invitación para cenar en el casino. Era del viejo señor amigo de reyes y altezas. Nos sentamos a la mesa cuatro personas: el anfitrión, su secretario, una princesa rusa cuyos padres, hermanos y primos habían sido asesinados por los bolcheviques, y yo. La princesa, para olvidar su tragedia familiar, bebía de lo lindo. ¡Magnífica comida! ¡Manjares a cual más fino y delicado, vinos famosos, y en la mesa, flores raras y costosas! ¡Exceso de flores! Al llegar el "foie gras", un "maître d'hôtel" se aproxima al viejo señor y le entrega una carta.

—Con permiso, — ¡Cómo no! De pronto, dando un golpe sobre la mesa, exclama: —¡Qué contrariedad! El príncipe de Egrisfauls me pide cien mil francos por cuarenta y ocho horas, y no los llevo encima. Por casualidad, vos, princesa... —No — murmura ésta un tanto confusa; — precisamente esta mañana he pagado unas cuentas. —Usted, señor Frutte, ¿quiere sacarme del apuro? Me excuso, lo lamento; todo lo que puedo hacer es prestarle cien luises para pagar la cena. Los acepta, yo, apenas termina la comida me voy dando un suspiro de satisfacción.

—Es que el truco era demasiado burdo.

—¿Truco? Los más maliciosos se engañan. Era la pura verdad. Mi compañero Pouseron, que hizo el préstamo, fué pagado en el plazo prometido. Quedaba el hijo de familia. Lo vi rondar a mi alrededor, intentar una conversación conmigo. Una tarde se decidió.

—Señor—me dijo con voz temblorosa;—ya habéis notado mi propósito. Sé quien sois y que sacáis muchas veces a los jóvenes de sus apuros. Acabo de perder tontamente al juego una suma enorme que un amigo me había confiado. No pudiendo reembolsársela, la única solución que me queda si no me prestáis ese dinero es levantarme la tapa de los sesos. ¡Prestádmelo, señor!

—¿Cuánto?—le pregunté.

—Treinta mil francos—contestó con voz apagada.

Estuve a punto de romper a reír. ¡Treinta mil francos una suma enorme? Yo creía que se trataba del triple o del cuádruple.

El joven añadió:

—Yo no tengo nada, señor. Es decir, nada en el presente: entendámonos. Mi madre tiene propiedades que no quiere vender, y menos hipotecar. Pero más tarde heredaré... y heredaré el de mi abuela; os juro que entonces os pagaré.

—Muy interesante—repuse;—pero como garantía... cero.

Se retorcía las manos; me apiadé de él, diciéndole:

—No es mi costumbre operar largos plazos; por excepción lo haré ahora, con una condición: que vuestro señor padre firme un reconocimiento de la deuda.

Una sonrisa ilumina su rostro; lánzase fuera del salón, avanza hacia un señor de edad oficial de la Legión de Honor, y le habla; el señor le escucha, y cuando vuelve la cara reconozco en él al conde Forsioli, uno de los más ricos propietarios de la Toscana. El joven se anima; el conde frunce el entrecejo; percibo vagamente el rumor de una discusión; el padre separa al hijo con un gesto; el hijo le coge por un brazo. ¡Escena lamentable! Un padre diez veces millonario que niega a su hijo, un muchacho alocado, una futesa. Repentinamente, un empujón brutal, una mirada feroz, una frase que restalla como un látigo en medio de veinte personas.

—¡Quítese de mi presencia, miserable! ¡Usted no es mi hijo!

Estupor en los oyentes: el joven se marcha avergonzado. Al pasar por delante de mí le digo:

—Tomad joven, los treinta mil francos.

Estrecha mi mano, me lleva a un salón, me firma un recibo de un poco más, por supuesto, y mi conciencia queda tranquila y feliz por haber hecho una buena acción y un buen negocio.

Pues bien, señor; yo había sido miserablemente engañado. Lo que creí una maldición, una de esas frases que un padre orgulloso lanza en un momento de cólera, era la verdad pura y sin mancha. El jovenzuelo era tan hijo del conde Forsioli como yo del emperador de la China.

El tren que pasa

Como un retrato puesto en marco de madera,
detrás de los cristales del cómodo vagón,
he visto el admirable rostro de una viajera
al detenerse el rápido convoy en la estación.

Durante los fugaces momentos de la espera,
yo he mirado aquel rostro con íntima emoción;
sus ojos sonreían de tan dulce manera
que en la sonrisa había como una invitación.

Después el tren ha vuelto a reanudar su viaje
y su silueta obscura se han hundido en el paisaje
como un reptil enorme que todo deja atrás.

Y al encontrarme solo, frente a la lejanía
manchada de humo, siento cierta melancolía
pensando en aquel rostro que ya no veré más...

Luis ARAQUISTAIN.

A S. M. Don Alfonso XIII Rey de España

Señor: desde las Indias,
que Colón descubriera
en nombre de Castilla
de Fernando e Isabel;
desde esta hermosa tierra
os llega mi homenaje,
por ser vos rey de España...
y por ser español.
Bajo la inmensa bóveda
de este cielo tan puro,
con sus gratos cambiantes,
con su regio arrebol;
bajo este firmamento,
prolongación brillante
de ese cielo de España;
bajo el bello dosel
formado por la enseña
de la patria argentina,
el blanco y el celeste,
sin pompa ni oropel.
Os deseo, señor,
que seáis para España
el rey fuerte, magnánimo,
el más noble crisol
donde se fundan todas
las grandezas pasadas
con las glorias futuras,
y que luzca ese sol
que jamás se ponía
en los vastos dominios
de la grandeza hispana...
En el brioso corcel
de estas tierras de América,
en las pampas inmensas
galopaban centauros
de una raza ya ida...
Ya no existen, señor,
los bravos descendientes
de los conquistadores...
La raza es fenecida.
Otros pueblos vinieron
y borraron las huellas
que dejaron los héroes...
Hasta el gaucho se fué.
Sólo queda de antaño
este idioma sonoro
de la adusta Castilla;
sólo queda la fe.
Ved, señor, si es preciso
retornar a otros tiempos,
conquistar nuevos lauros,
realizar otra hazaña,
renovando las glorias
de la ibérica raza
y uniendo para siempre
¡América y España!

Perfecto MÍGUEZ.

¿Qué hizo Salomé?

¿Quién era Salomé y cómo se desarrolló el sombrío drama de *Bathanoea?* El Nuevo Testamento, con su prosa arcaica y pintoresca, nos lo dice en brevísimas palabras:

"En aquel tiempo—dice San Mateo—Herodes el tetrarca oyó la fama de Jesús, y dijo a sus criados: Este es Juan el Bautista: él ha resucitado de los muertos y por eso virtudes obran en él. Herodes había prendido a Juan por causa de Herodías, mujer de Felipe, su hermano. Porque Juan le había dicho: no te es lícito tenerla. Y quería matarle, mas temía al pueblo. Celebrándose el día del nacimiento de Herodes, la hija de Herodías danzó en medio y agradó a Herodes. Y prometió él con juramento de darle todo lo que pidiese Y ella, instruída primero de su madre, dijo: Dame aquí en un plato la cabeza de Juan el Bautista. Entonces el rey mandó que se le diese."

He ahí, en una docena escasa de líneas, todo el drama de Salomé. A estas noticias añade Josefo, el historiador judío, algunas otras que nos sirven para precisar algo más quién fué la bella princesa solicitadora de cabezas santas. La decolación del Bautista se efectuó en el año 32 de la Era Cristiana, durante un banquete ofrecido por Herodes Antipas a los grandes señores de Galilea. Por aquella época, Salomé estaba casada con el tetrarca Felipe, su tío en segundo grado; lo que no le impedía exhibir sus gracias de bailarina velados los femeniles encantos por levísimas gasas, ante su otro tío y padrastro el monarca, y ante los corrompidos nobles que formaban su corte. A juzgar por el laconismo con que trata el historiador el *incidente* de la decapitación del Bautista, es más que posible que el palacio de Herodes estuviese acostumbrado a presenciar escenas tan horrendas como la que refiere concisamente el Nuevo Testamento. La vida de un hombre valía muy poco en aquellas edades, sobre todo si se trataba de la vida de un profeta y de un santo que anatematizaba los vicios de los poderosos. Añade Josefo que Salomé, luego de enviudar, se casó con Aristóbulo, rey de la Pequeña Armenia, y que tuvo tres hijos. Por último, el historiador griego Nicéforo Calixto cuenta que, durante un viaje, Salomé, ya vieja, se cayó en un río y se ahogó. Eso es cuanto se sabe de buena tinta acerca de la princesa bailarina.

Flaubert, el gran escritor francés, maravilloso reconstructor de la antigüedad, tejió hace algunos años sobre tan débil base un cuento primoroso. La sensual imaginación del autor de "Salambó", hizo revivir en párrafos sonoros y coloristas, la figura de Salomé, presentando a ésta ciegamente enamorada de la varonil hermosura del Bautista. En una noche de orgía, la hijastra de Herodes hace sacar de su prisión al Bautista, y ebria de vino y de voluptuosidad, pide un beso al santo. La impúdica princesa es rechazada con sublime indignación por el Bautista. Y entonces Salomé exige de Herodes, al agonizar de lúbrica danza, la cabeza del profeta. Llévase el sangriento despojo a la mesa del festín y Salomé pone sus labios rojos sobre los cárdenos del muerto... Oscar Wilde, el esteta inglés, apasionóse de la bíblica grandeza del asunto, y compuso un poema mucho más sensual y sombrío.

De él se ha apoderado el músico Strauss, para fabricar su celebrada ópera. Siguiendo el librero fielmente la composición de Flaubert, varía sin embargo en el final. Herodes, horrorizado del crimen que le obligó a cometer Salomé, hace matar a ésta. Con lo que si la verdad histórica queda falseada, en cambio se va el público a su casa mucho más satisfecho...

—"¡Maldita seas, hija de Babilonia!"—ha gritado el santo a la mujer lúbrica. Y el anatema se cumple un segundo antes de caer el telón.

La figura de Salomé, como la de Dalila, la de Helena y la de Cleopatra, ha tenido en todos los tiempos singular atractivo para los artistas: unos han encontrado en ella un pretexto para pintar figuras de mujer hermosa, como la "Salomé" famosa del Ticiano, otros, como Moreau, la aprovechan para trazar una deslumbrante figura de oriental bailando; el propio Beato Angelico se sintió atraído por ella y la pintó en un cuadro hermoso; el sublime Luini concibió la figura de Salomé, con su sonrisa y su mirada enigmáticas; y de todos los pintores el que mejor ha interpretado la seducción de Salomé es por voz unánime Regnault, con su tipo de mujer fea, si se quiere, pero de una lubricidad diabólica.

LA COMIDA DE CAMARADERIA DEL EJERCITO Y LA ARMADA



Siguiendo la costumbre establecida, efectuóse, en la sala del teatro Coliseo, el banquete con que, anualmente, estrechan lazos de camaradería el ejército y la armada nacionales. — La cabecera de la mesa, ocupada por el presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, a quien acompañan los ministros de Guerra y Marina general Agustín P. Justo y almirante Domecq García, respectivamente.



Una vista parcial del banquete



El derrumbamiento ocurrido en la semana anterior



Estado en que quedaron el primero y segundo piso de la casa situada en la esquina de las calles Callao y Cangallo, después del derrumbe que se produjo en la noche del martes anterior. En dicho edificio se hallaban instalados el Hotel Callao y el restaurant "El Tropezón".



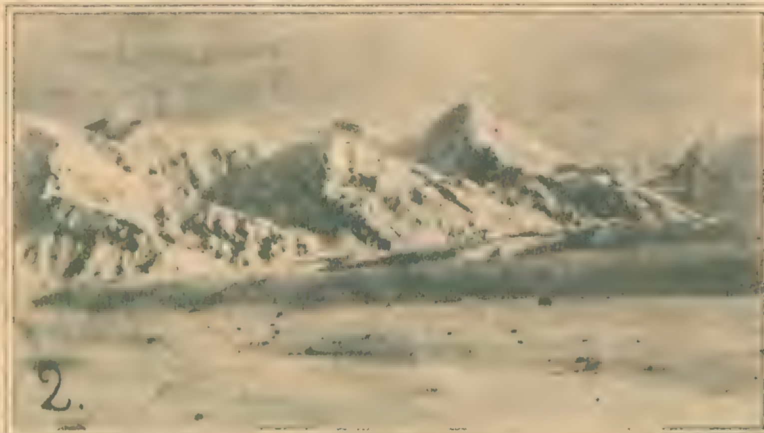
Público estacionado frente al lugar del siniestro, el que, por fortuna, no alcanzó a producir el crecido número de víctimas que podía haber determinado el accidente, dada la gran cantidad de personas que había en el interior de dichos establecimientos.



Una sección del cuerpo de bomberos, que acudió momentos después de ocurrido el derrumbe, removiendo los escombros. El hundimiento sólo produjo heridas, no graves, a siete personas.

LA CONQUISTA DEL MONTE LOGAN













1. En el camino hacia el monte Logan; último pico sin conquistar en Norte América. Un campamento solitario de la expedición del Club Alpino de Canadá, que lucha, actualmente, para abrirse camino entre la nieve y los glaciares del Monte San Elías, en el Canadá Occidental, a fin de llegar a la cima de la citada montaña situada a 19.850 pies de altura sobre el nivel del mar. — 2. Majestuoso grupo de montes en las inmediaciones del Monte Logan y por los cuales tienen que pasar los expedicionarios. — 3. Capitán A. H. Mc Carthy, del Club Alpino de Canadá, jefe de la expedición. Es banquero y estanciero en Wilmer, Columbia Británica. — 4. El último campamento en Spruce Timber, donde por abundar la leña y existir buenos amparos para los perros, haciase confortable la permanencia en el mismo. — 5. El día del lavado entre la nieve. Un improvisado tendero de ropa, da un aspecto doméstico al solitario campamento. — 6. Avanzando penosamente, entre las nieves, con trineos arrastrados por perros, en los glaciares del Logan, en dirección al monte del mismo nombre.



En el Sierras Hotel de Alta Gracia



Los doctores Ramón J. Cárcano, gobernador de Córdoba y A. Apellániz.

Señor V. C Degreef y señora y señor José Pérez Mendoza.





Doctor José G. Biocca y señora, y señor V. C. Degreef y su esposa.



Señora de Cárcano y señoritas de Calderón.



Señora de Segura, doctor H. Calderón y señor Alex Nicholson.

ECOS DE LA DEMOSTRACIÓN AL DOCTOR ANGEL L. SOJO



La cabecera de la mesa en el banquete organizado por nuestro colega "El Diario Español" en honor del director de "La Razón", doctor Angel L. Sojo, con motivo de haber sido nombrado socio de honor de la Asociación de la Prensa de Madrid. Durante el acto, que tuvo lugar en los salones del Club Español, se hizo entrega al doctor Sojo de un artístico pergamino ejecutado por el dibujante español señor Asensi.



Jimmy Maloney, peso pesado que está realizando una brillante campaña que puede llevarlo hasta colocarse frente a Jack Dempsey para disputarle el campeonato mundial.

BOX, AVIACION Y CARRERAS DE TROTE



De Pinedo, el aviador italiano, y su mecánico Campanelli, que realizan el raid Italia-Australia-Tokio, en el hidroaeroplano ''Savoya''. Partieron de Sexto Calende (Italia) y, actualmente, se encuentran en Melbourne (Australia).



La carrera del gran circuito, iniciada por la Freehold Driving Association, de Freehold (Nueva Jersey). El grabado muestra la pista en el seven-furlouz, ganada por E. Pitman, piloteando a ''Cheops''. Nótese que todos los caballos tienen las cuatro patas en el aire.

FRAY MOCHO EN EL PARAGUAY

ASUNCIÓN. — Vista obtenida durante la demostración que el cuerpo de boy scouts paraguayos tributara, recientemente, a su socio protector; el ingeniero Renaud Lage. Uno de los boy scouts leyendo un discurso en la realización del acto.

Fot. Carrón.





El nuevo rector del Colegio Nacional Pueyrredón



Dr. Eduardo Héctor Duffau, recientemente nombrado rector del Colegio Nacional Pueyrredón. La designación del doctor Duffau, que desempeñaba la subdirección del Colegio Nacional Nicolás Avellaneda, constituye un merecido ascenso, que ha sido gratamente recibido en nuestros círculos docentes.

Las denuncias contra el suministro de corriente eléctrica



El juez de instrucción doctor Enrique Escalante Echagüe, que ha iniciado una severa acción contra los abusos denunciados en el suministro de corriente eléctrica.



Doctor Severo Vera, secretario del juzgado del doctor Escalante Echagüe, que secunda a este magistrado en el procedimiento entablado.

De la colectividad italiana



Doctor Arsenio Guidi Buffarini, presidente de la Federación de Sociedades Italianas.—Caricatura del dibujante de "La Patria degli Italiani".

Motivos portuarios



Una vista del edificio del Yacht Club Argentino, en la dársena norte, tomada desde a bordo por el señor Antonio Perea, pasajero del vapor "Antonio Delfino", durante su último viaje.

ALREDEDOR DEL MUNDO



U[illegible]ro real en Wembley (Inglaterra). El rey, la reina, la princesa María; el duque y la duquesa de York; el duque de Connaught y la princesa y el príncipe Arturo de Connaught, en el palco regio del Stadium, durante las ceremonias con que se celebraron el Día del Imperio y el aniversario del natalicio de la reina Victoria.



El regreso del desterrado León Trotzky. En el momento de llegar al Gran Teatro, de Moscú, para asistir al Congreso Federal de los Soviets.



Pagando su tributo a un novelista. Rudyard Kipling y su esposa, al llegar a la iglesia de Santo Tomás, de Londres, para asistir a los servicios religiosos que precedieron a la cremación de los restos de Sir Henry Rider Haggard, el famoso autor de "She" (Ella) y otras novelas.



Plantando un sauce del Monte Vernon, en el jardín del castillo de Chavaniac (Francia), lugar del nacimiento de Lafayette, que los norteamericanos han adquirido para convertirlo en un sanatorio de niños. Fué plantado por el general Farge, representante del gobierno francés, ese retoño simbólico.—A la derecha se encuentra John Moffatt, presidente de la institución.



El alcalde de Boston adornado con un gorro de guerra. El mayor Curley, adoptado por la tribu Liux de Ogalla, recibe de manos del jefe indio Aguila Pelada, de la tribu de South Dakota, los atributos de su dignidad.



Frieda Hempel, la famosa concertista, participa en los trabajos de la Liga femenina protectora de los animales, de Nueva York, dando de beber a los caballos de un camión de carga.



El presidente de los Estados Unidos, Mr. Coolidge, pronunciando su discurso en el Memorial Day, desde el gran anfiteatro del Arlington National Cementery.



ACTUALIDAD CINEMATOGRAFICA



Miss Du Pont y House Peters, que con Hedda Hoper interpretan ''Raffles'', el ladrón aristocrático, cinta Jewel que la Universal estrenará el 22 del corriente.



Robert Agnew y Mildred June, protagonistas de ''Las cuitas de una desposada'', cinedrama que la Fox estrenará pasado mañana



Betty Compson y Winter Hall, protagonistas, con Charles Richmann, del cinedrama ''Roble Real'', que la Corporación distribuye desde el sábado último.



Leatrice Joy y Rod La Roque, en una escena de ''Corazón que triunfa'', cinedrama que la Paramount distribuye desde el sábado último.

FRAY MOCHO organiza un concurso para un tango que deberá titularse **JUGUETE DEL PLACER**, destinado a acompañar la producción extraordinaria que la Paramount Films hará estrenar el 28 de julio, basada en el cuento publicado en el número del 30 de junio de esta revista.

PREMIO:

Una medalla de oro de valor de $ 300

El tango premiado se tocará en todos los biógrafos de la capital en los cuales se pase la producción mencionada, que en total son 73, correspondiéndole al autor los derechos de estilo.

Oportunamente indicaremos la fecha en que la cinta se pasará en privado, para beneficio de los que quieran optar al concurso, debiendo los interesados presentarse en Cerrito, 665, con una tarjeta que la dirección de **FRAY MOCHO** les entregará, una vez que comprueben su condición de compositores.



Gloria Swanson y H. B. Warner, que, con Mary Thurman, interpretan la versión cinematográfica de ''Zazá'', estrenada el viernes de la anterior semana por la casa Max Glücksmann.



Una escena de la superproducción ''El halcón de los mares'', donde se ve a sus protagonistas Enid Bennet y Milton Sills, film que Max Glücksmann estrenará hoy en el Palace Theatre.



Miss Du Pont, Tom Moore y Laurette Taylor, en una escena de ''Una noche en Roma'', cinedrama que la General distribuye desde el viernes pasado.



LA MUJER EN LOS DEPORTES







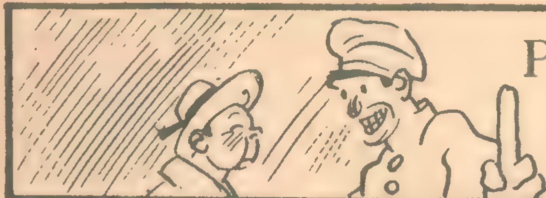






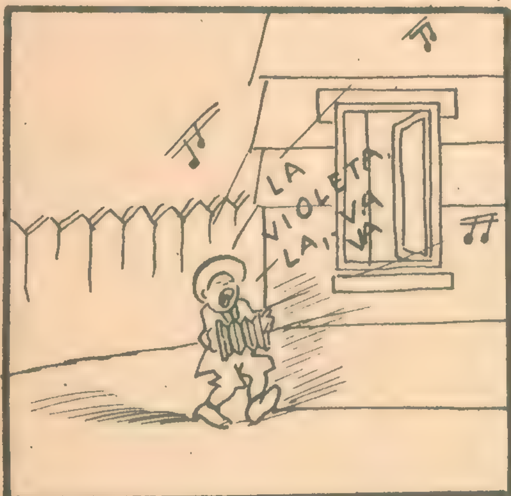
1. Miss Aileen Riggin y Miss Helen Wainright, estrellas olímpicas de natación, realizando ejercicios en la arena de Long Beach. — 2. Miss Corinne Coudon. Estrella de natación de Omaha. Cuenta sólo 14 años de edad y es campeón de las 40 yardas, en estilo libre, en 21,7,10 segundos. También ganó la carrera de 100 yardas, de espaldas. — 3. Un equipo femenino de baseball. Es el más fuerte de Oakland. Su capitana, la señorita Clarice Knight, es la que lleva la careta protectora. — 4. En las azules montañas de Virginia. Martha Rovelius, campeón olímpico de 1924, de Norte América, en la categoría de los 400 metros. La fotografía que reproducimos ha sido tomada en White Sulphur Springs, donde estudia el arte clásico de las danzas rítmicas. — 5. En la Exposición Caballar de Devon. La señora de William J. Clothier, realizando un buen salto. — 6. Estrellas inglesas del ciclismo colocándose en fila para realizar la décima carrera femenina anual, efectuada bajo los auspicios del Touring Club Ciclista.



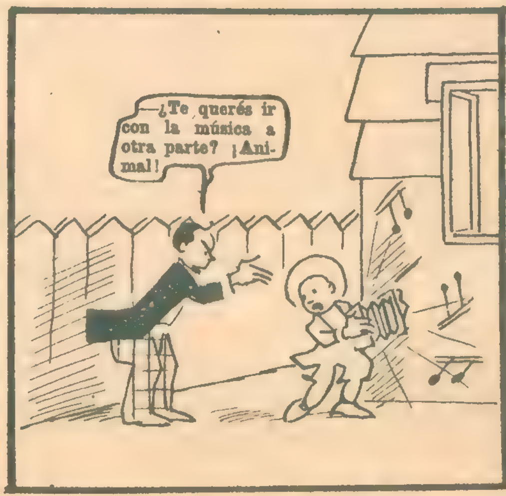


PAGINA INFANTIL

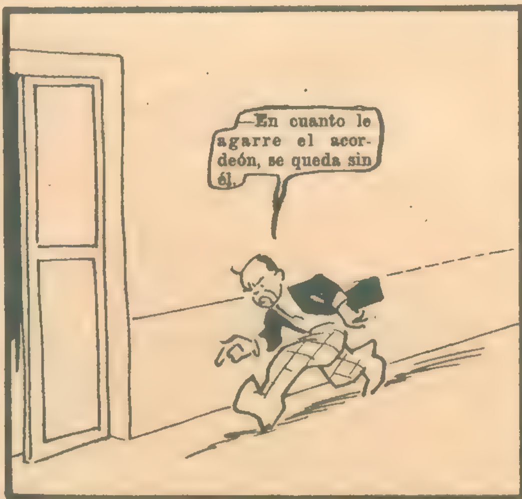
Aventuras de Pipirí, *por Blay*

























Notas mundanas



Señorita María Teresa Guastavino Pinasco.



La señorita Adelaida Angela Cámpora y el señor Francisco M. J. Baqué, después de su enlace.



LOMAS DE ZAMORA.—Enlace Córdoba-De Paoli. Los contrayentes después de la ceremonia nupcial.

BANQUETE EN HONOR DE LOS PREMIADOS EN EL CONCURSO LITERARIO MUNICIPAL



El sitio de honor ocupado por el ministro de Instrucción Pública, doctor Sagarna y por el intendente municipal señor Noel, en el banquete organizado como homenaje a los señores Roberto F. Giusti, Arturo Marasso, B. González Arrili, Enrique Méndez Calzada, Pablo Rojas Paz y Fermín Estrella Gutiérrez, premiados en el último concurso literario municipal.

Gente de teatro



Marissa Antonietti, "divette" italiana que actúa con éxito en el teatro Casino.



Bonnie Betty y Peggy Vausomes, que se han distinguido en la revista "El rapto", de E. Amadeo Artayeta, representada en el teatro de la Opera.



Christiane y Duroy, "vedettes" de los escenarios parisienses, que han debutado con éxito en el Casino.



FRAY MOCHO EN SAN LUIS.—La Escuela Lafinur



Clases de diversos oficios, creados por el Consejo de Educación. — Alumnos en el taller de tipografía.



La sección mujeres del taller de telegrafía, en una de las clases.



La sección varones del curso de telegrafía.



Alumnos del taller de alpargatería.



La clase de hojalatería.



Taller de electricistas.



En clase de zapatería.



El taller de sastrería, durante una clase.

Fots. La Vía.



MOTIVOS SANTIAGUEÑOS



La ciudad de Santiago del Estero vista a vuelo de pájaro



Puente monumental que constr[illegible] el F. C. C. N. sobre el río Dulce





Vista parcial de la nueva avenida "Doctor Rogelio Araya". Al fondo: el río Dulce.



Plaza Libertad. — La estatua del general San Martín, la fuente y el quiosco destinado a [illegible] de música



Otro aspecto de la plaza Libertad con el monumento de San Martín.

Fots. H. J. Torres y A. Bertuzzi (h.)



Del interior



TUCUMÁN. — La comisión directiva de la Sociedad Sarmiento y el poeta Juan Carlos Dávalos (×), después de un festival realizado en dicha asociación.



En el salón bajo del Casino, durante el te ofrecido por el "Lawn Tennis Club Tucumán" a sus asociados.



Vista parcial del banquete ofrecido por sus colegas en el salón de la Legislatura, al diputado provincial doctor Roque Raúl Aragón, con motivo de su enlace.



La señorita Micaela Iramain y el doctor Roque Raúl Aragón, después de la bendición de su matrimonio, recientemente efectuado en Tucumán.



BELLA VISTA (CORRIENTES). — El gobernador de la provincia, doctor Robert, los ministros de Hacienda y Gobierno, señores Resoagli y Bermúdez, respectivamente, y los señores Machado, Cielli, Bosini, Merello, Porta, Brest y Martínez, que formaron la comitiva oficial en las fiestas del centenario de Bella Vista.



El gobernador de la provincia de Corrientes, doctor José Robert, los demás miembros de la comitiva oficial y el obispo monseñor Luis Niele, durante la visita efectuada a la Biblioteca Municipal.



El primer mandatario correntino en el patio de la escuela General Ferré, con motivo de la demostración que el magisterio tributó a los meritorios educacionistas, señora Petronila M. de Acosta y señor Antonio Díaz, a quienes se entregó una medalla de oro.

Fots. V. Saccone y Elena Ingimbert



Notas gráficas de la temporada footballística



SAN LUIS. — Lunch con que se festejó la inauguración del nuevo local de la Unión Puntana de Football, que preside el doctor Di Genaro, acto al cual asistieron los representantes de todos los clubs deportivos locales de Mendoza y de San Juan.



CAPITAL FEDERAL. — Componentes del team Argentinos de Bánfield, cuya actuación frente a Argentinos Juniors, fué censurada por los recursos empleados durante el partido.



Equipo de Argentinos Juniors, que en la cancha de Colegiales sostuvo un encuentro con Argentinos de Bánfield, y en el cual no se abrió el score por ninguno de los bandos. El referee se vió obligado a descalificar a uno de los jugadores de Bánfield por su actuación en el match.



La intervención del arquero de Argentinos Juniors, detiene un tiro del bando contrario.



Parte del elemento femenino que presenció el partido.

Fots. La Vía y Giraz.





Representantes de S. Colegiales que venció a Porvenir por uno a cero goals.



Equipo de Porvenir, perdedor en el encuentro sostenido con S. Colegiales.

Inauguración de una clínica médica





Grupo de personas que concurrieron al acto inaugural de la clínica para partos y enfermedades de señoras, recientemente llevado a efecto. Dicho establecimiento médico, situado en la calle José Hernández 1955 al 71, se halla personalmente atendido por sus directores, los doctores Daniel A. Rojas y Ricardo Schwarcz.



Durante la ceremonia de la bendición de la clínica.



Frente del edificio de la citada institución médica, recientemente librada al servicio público.



HAY JOYAS GRATIS PARA USTED

si es consumidora del insuperable

POLVO GRASEOSO

LEICHNER

pues mediante la entrega, en nuestra casa, de los cupones que contienen todas las cajas de este exquisito artículo de tocador, único para suavizar y embellecer el cutis femenino, recibirá usted valiosas alhajas finas de oro y brillantes y espléndidos objetos de arte y fantasía, notables por su buen gusto.

Su distinción y su buen gusto han de exigirle que complete usted los elementos de su tocador, con estos deliciosos productos.

POLVO CIELITO MÍO
AGUA DE COLONIA ANTINEA
LOCIÓN CIELITO MÍO

Recomendables por su alta clase y original y delicado perfume.

PERFUMERÍA MENDEL

En BUENOS AIRES: calle Guardia Vieja, 4439 — En ROSARIO, SANTA FE: calle Entre Ríos, 864

NOTA. — Estos mismos regalos, los tiene establecidos, en Montevideo, el Polvo Graseoso Mendel

EL ARDID INUTIL

Por

F. AZNAR NAVARRO

—Pase, Cabañas, pase. Y cierre la puerta.

Cabañas se echó a temblar.

Era cosa descontada. Cuantas veces el señor Benito, alcalde inamovible e inconmovible, hacía pasar a su despacho a Cabañas, con la indicación de "cierre la puerta", barbaridad segura...

Cabañas, secretario del Ayuntamiento, hechura del señor Benito, como todos los concejales y todos los dependientes de la corporación, era medroso como una liebre y astuto como un zorro. Leguleyo de secano, ¿qué no inventaría él por dar apariencias legales a las mayores bellaquerías del señor Benito, que como amo y señor del pueblo se comportaba en toda ocasión? Eso sí; todo lo hacía temblando de miedo, pensando siempre en las consecuencias remotas, que le espantaban.

El secretario, los dependientes todos del concejo, los mismos ediles, tenían en su haber una serie inacabable de desafueros en que a diario incurrían, o por imposición del alcalde o por sostener el poderío del alcalde, que era tanto como mantener un estado de cosas que a todos ellos les permitía vivir, aunque la villa se arruinase.

Impunemente podían realizar todas sus tropelías. El pueblo nunca les fué a la mano. Y es que el pueblo estaba dividido en dos bandos. Formaban el más numeroso los que por conveniencia seguían al alcalde, bien avenidos con el régimen imperante en la localidad. Los otros, los menos, o por insensibles o por acobardados, callaban a todo, que al fin era el señor Benito el que disponía de la fuerza, y en todo caso hubieran llevado las de perder.

La excepción, dentro de este segundo núcleo, era Iturzaeta. Llamábasele así por sus aptitudes de consumado pendolista. Era hombre independiente, de lengua expedita y pluma suelta. La una se ejercitaba sin descanso en los mentideros de la localidad. La otra tenía su campo de acción, hasta donde el director lo permitía, en las columnas de uno de los periódicos de la capital de la provincia. Flagelador implacable del señor Benito, Iturzaeta se refocilaba con el efecto de sus correspondencias, pues si bien es verdad que no lograban sacudir la insensibilidad crónica de los desafectos al alcalde, en cambio, conseguían poner al señor Benito fuera de sí, con lo que Iturzaeta se daba por archisatisfecho, ya que lo peor que puede ocurrirle a un escritor mordaz que se ha propuesto inferir molestia a alguien es que el objeto de su sátira permanezca sin dar señales de la más pequeña mortificación.

De Iturzaeta, precisamente, y de su campaña, se disponía a hablar el señor Benito al secretario cuando le hizo pasar y le indicó que cerrara la puerta.

—¿Ha leído usted "El Regional"?

—Lo he leído, señor alcalde—contestó Cabañas medrosamente.

—Hay que acabar con eso.

—Lo veo difícil. Mientras no se acabe con Iturzaeta...

—Se acabará con Iturzaeta, si es preciso.

—¿Qué intenta el señor alcalde?

—Llame usted inmediatamente a Cabrerizo, Calzasprietas, Vaselina y Lombriz. Que se vean conmigo. Trazaremos un plan.

—Cuidado, señor alcalde, no vayamos a tener un disgusto gordo. Calzasprietas, especialmente, es de temer, si se le pone en el disparadero. Recuerde su merced aquella hazaña suya, cuando le nombramos de Consumos. Mató sin fundamento a un pobre hombre, y nos costó Dios y ayuda librarle del presidio.

—No se trata de eso. Tráigame en seguida a los cuatro.

Cabañas se puso en movimiento y no tardó en introducirlos en la alcaldía.

Bien sabe Dios que Cabrerizo, Calzasprietas, Vaselina y Lombriz eran los cuatro individuos menos recomendables de la localidad. Como quien no tiene nada que perder y está a toda hora dispuesto a ganar algo, ellos se prestarían de seguro, con su cuenta y razón, a oficiar de instrumentos ciegos del alcalde.

Sabía éste mejor que nadie que las afirmaciones de Iturzaeta no admitían réplicas. No era, por consiguiente, camino adecuado el de una polémica en las columnas de "El Regional". Sobre que Iturzaeta tenía razón, nadie en el pueblo le aventajaba en el manejo de la pluma, y con este procedimiento sólo se habría logrado asegurarle una victoria facilísima.

El señor Benito discurrió a su modo: "Puesto que Iturzaeta tiene razón y es temible pluma en mano, lo mejor que podemos hacer es desacreditarle hasta tal punto que nadie admita en lo sucesivo sus razones como buenas. Dejemos como recurso último los argumentos contundentes".

Apresuráronse los cuatro amigos, con quienes Benito se entendió, a poner en práctica el plan. Recorrieron los mentideros de la villa vomitando injurias contra Iturzaeta. "Iturzaeta es ésto, lo otro y lo de más allá. Ha cometido tales y cuáles crímenes". La baba de los cuatro reptiles no dejó de salpicar a los miembros de la familia de Iturzaeta, a partir de los antepasados más remotos.

En pocos días, Iturzaeta quedó convertido en un reverendo guiñapo. El alcalde sonreía satisfecho, triunfador. ¿Quién haría caso en adelante de lo que dijera o escribiese en su contra un hombre desacreditado de tal modo? Bendecía su gran idea y estaba dispuesto a demostrar prácticamente su gratitud a los cuatro excelentes amigos, que de manera tan eficaz le habían secundado.

Pero el señor Benito incurrió en un grave error, del que fué víctima a la postre. Y el error no fué otro que haber elegido para su defensa y para procurarse el descrédito del enemigo a los hombres más desconceptuados de la villa.

Aun los más encogidos de hombros, los más insensibles, los menos decididos a la protesta, comenzaron a discurrir: "Si el señor Benito no ha encontrado otros defensores, puede ir pensando en despedirse de la alcaldía. Aunque Iturzaeta fuese lo que dicen, ¿dejarán de existir los desafueros del alcalde? Iturzaeta tiene razón. Hay que reconocerle una valentía que contrasta con nuestra mansedumbre o nuestra indiferencia. Ha llegado la hora de poner fin a la desaforada actuación del señor Benito".

Y las pasiones se encresparon. Y la indignación fué madre del motín. Y la muchedumbre invadió un día el Ayuntamiento y arrojó a puntapiés al alcalde.

Y los cuatro amigotes de Benito, ocultos durante la revuelta, tuvieron la desfachatez de apresurarse a ofrecer sus servicios a la persona que días más tarde fué encumbrada a la Alcaldía.

En un paréntesis...

A un sabio médico y dilecto artista.

...Al fin, Doctor, al fin, en un paréntesis
de mi obscura labor, héme llegado,
no, por mi pena, como yo quería,
con el alma risueña, con los labios
encendidos de rimas que ponderen
vuestra sabiduría y con las manos
rebosantes de rosas que os repitan
como me sois, en mis afectos, caro.
Y es que hasta vos, Doctor, llego a esta hora
— preciso es que me atreva a confesarlo —
más que por el amigo, por el médico,
más que por el artista, por el sabio!

Yo anhelaba ofreceros un tributo
modesto como mío, pero franco
— como mío, también, — un homenaje
que fuese, en su elocuencia, como un lauro
donde se perpetuara el sentimiento
de noble admiración que me inspiraron
vuestra acción, vuestra vida y vuestras obras
de galeno, de artífice y de hidalgo.

Pero vino, Doctor, una hora triste
para turbar un punto mi entusiasmo;
el dolor que nos guía y nos educa
y hace este viaje de la vida largo,
quiso otra vez ensombrecer de angustia
mis mejores anhelos y he llegado
— como lo veis — al fin, a vuestra casa,
vencido de tristeza y de cansancio,
¡sólo con este niño moribundo
que he de dejar en vuestras doctas manos!

Yo sé, Doctor, de vuestra ciencia; pocos,
seguramente, como yo, lograron
penetrar el caudal de vuestras fuerzas
intelectuales y el filón preclaro
que forman vuestras experiencias clínicas
encaminadas a llevar bien alto
los timbres de ese noble ministerio
que tanto honráis y que os distingue tanto.
Por eso vengo a vos. Sólo por eso
— ¡y es egoísmo censurable! — os traigo
esta inocente criatura enferma
que es lo mejor de mi existencia, acaso.

Yo no sé los recursos que la Ciencia
registra en sus pasmosos adelantos,
ni sé si es tiempo aún para librarle
de la fatal resolución del Hado...
Pero os conozco a vos, amigo mío,
conozco que sois bueno y que sois sabio;
que, hermano del que sufre, brindáis siempre
los brazos bien abiertos al hermano...
Y porque sé que si este pobre niño
puede salvar a costa de un milagro,
capaz sois de batiros con la muerte,
decidido y sin tregua, por lograrlo,
cifro, Doctor, en vos mis esperanzas
y abandono el enfermo en vuestras manos:
¡Haced con este corazón que muere
lo que debáis hacer, pero salvadlo!...

Miguel de ARZUBIAGA.

Máximas y pensamientos

Yo he salido de la casa de los sabios dando un portazo.

Hablando, baila el hombre sobre todas las cosas.

Si eres un esclavo, no puedes ser un amigo. Si eres un tirano, no puedes tener amigos.

Hay quienes no pueden libertarse de sus propias cadenas, y, sin embargo, para sus amigos son salvadores.

Sé al menos mi amigo. Así habla el verdadero respeto, el que no se atreve a solicitar la amistad.

Lo que se hace por amor se hace siempre más allá del bien y del mal.

Hace demasiado tiempo que se escondían en la mujer un esclavo y un tirano. Por eso la mujer no es capaz aún de amistad: no conoce más que el amor.

La felicidad del hombre es: "yo quiero"; la felicidad de la mujer: "él quiere".

El verdadero hombre quiere dos cosas: el peligro y el juego. Por eso ama a la mujer, el juguete más peligroso.

FEDERICO NIETZSCHE.

UN CAPITULO SOBRE EXTRAÑOS ESTIMULANTES

Por el Dr. W. SCHWEISHEIMER

La humanidad no puede prescindir de estimulantes. El anhelo de lo raro y sublime que se documenta en nuestra evolución anímica e intelectual hace que no nos contentemos con aquellas comidas y bebidas, cuyo único mérito reside en preservarnos del hambre y de la sed. Ya en los tiempos que se pierden en las tinieblas de la prehistoria recurrían los hombres a los estimulantes, que aún hoy se usan por todos los pueblos primitivos y civilizados en una forma que naturalmente depende de las condiciones del país. Todo médico sabe que uno de sus primeros deberes es combatir el nocivo abuso de ellos; pero una tentativa de suprimir también su uso moderado terminaría con un solemne fracaso.

No en todos los países se conocen los estimulantes que las naciones europeas consumen en tan grandes cantidades, como, v. g., el alcohol, el tabaco, el café, el te, el cacao. Tampoco se ha generalizado en todo el mundo el uso de la morfina, del opio y de la cocaína. En un libro tan provechoso para el facultativo como para el profano y titulado "Fantástica, los narcóticos y estimulantes", habla el erudito toxicólogo L. Lewin de una serie de estimulantes muy raros, de los que la mayoría de los lectores apenas tendrá más que una vaga noción. Con la palabra "fantástica" designa el autor substancias que ilusionan los sentidos produciendo visiones y alucinaciones. Se comprende que de tales preparaciones se hacía un uso extenso y que se las pregonaba como remedios milagrosos para explotar así mejor la credulidad de la plebe ignorante.

Un remedio de esta clase es el peyotl (Anhalonium Lewinii). En la familia de las cácteas mejicanas, por lo demás harto inofensiva, hay una planta de fuerte toxicidad, que contiene cuatro alcaloides, entre ellos la mescalina, una substancia que origina alucinaciones. Los indígenas de ciertas provincias de Méjico suelen comer esta planta. Primero se produce una especie de éxtasis o arrobamiento, un completo olvido del medio circundante. Pronto se presentan también extrañas fantasías y alucinaciones. La percepción interna ve colores y composiciones cromáticas, figuras se mueven y agitan y cambian de aspecto con caleidoscópica rapidez. Un hombre, cuya psicosis acababa de pasar, veía pájaros verdes y rojos, albas vírgenes, ángeles, la madre de Dios, Jesucristo, muchas de estas figuras le parecían de color blanquiazul. No faltaban tampoco alucinaciones auditivas, como sonidos y acordes aislados y el canto de un grupo de personas. La concentración de las ideas no estaba dificultada.

Mucho más divulgado que comer peyotl es el consumo del cáñamo índico, vicio que generalmente se designa con el nombre de fumar hachick. Los fumadores cargan su narguile con las puntas floridas de las planta femenina no fecundada o con la resina extraída de las puntas en flor. Algunos prefieren beber el cáñamo y se preparan para ello una infusión de las hojas pulverizadas ((Bhang). El cáñamo produce un entusiasmo extático y al mismo tiempo una deleitosa embriaguez. El hachick se fuma en la costa norteña de Africa, muy particularmente entre los rifeños, pero también en otras partes de Africa y Asia. Los fumadores se sienten contentos y felices, y la percepción sensorial adquiere una enorme intensidad. Las sensaciones auditivas no guardan ya la menor relación con los sonidos que las producen.

El fumador de hachick percibe su propia voz y risa semejante al estampido del cañón o al ruido de una catarata. Se presentan asimismo malestar y hasta pavores macabros. El fumador se cree levantado violentamente en el aire; se agarra fuertemente a un árbol o espera lleno de terror el momento en que se precipitará. Algunos viciosos africanos pierden absolutamente la propia responsabilidad después de las primeras chupadas. Lewin acentúa que el hachick al igual del opio y la cocaína jamás suelta a su víctima. Los manicomios de la India y el Egipto saben cuán frecuentes son las perturbaciones mentales que ocasiona este vicio.

En el Noroeste del Asia, en Siberia, usan los samoyedos y otras tribus semisalvajes como estimulante algo increíble: el venenosísimo hongo *agaricus muscarius*. Infusiones o preparaciones adecuadas le quitan, al parecer, mucho de su influencia letal. Se hace un vasto comercio con la planta, que no crece en todos los suelos. Los koriakos pagaban el veneno en otros tiempos con rengíferos; en invierno solían dar un animal por un hongo. El tósigo les produce cierta placidez interna; en sus alucinaciones hablan con personas ausentes, cuentan de caudales que no poseen, de cosas hermosísimas que sólo sus ojos avizoran, etc. Tranquilos, pálida la tez, los ojos vidriosos, parecen los unos haber muerto para todo lo que los rodea; los otros, al contrario, ejecutan agitados movimientos. Acompañados de un tambor se entregan hasta el desfallecimiento a una danza vertiginosa y loca sucedida por un sueño profundo lleno de mágicas visiones. Los micetófagos o comehongos pierden poco a poco su actividad mental y acaban en el idiotismo.

El beleño, el estramonio y otros vegetales se usaban antes y se usan ahora todavía para producir alucinaciones sensorias. En la antigüedad servían para simular la demencia y aligerar a los vates su labor adivinatoria. El organismo no soporta por mucho tiempo estos tóxicos que atacan gravemente el corazón y hacen así materialmente imposible el enviciamiento.

Café, te, cacao y tabaco son los estimulantes más conocidos. Pero Lewin enumera muchos y variadísimos medios de igual índole, que todos en esencia actúan sobre el cerebro. El alcanfor, remedio usado en el tratamiento del corazón, lo emplean algunas personas disuelto en leche, alcohol o en forma de pastillas, como estimulante. Su efecto, con todo se basa en cierta predisposición individual. En Checoeslovaquia se han visto casos de alcanforómanos con calambres y pródromos epilépticos.



Versos de amor

EN TU SENDA

No quiero ser en tu senda
la leve sombra que pasa,
ni el guijarro del camino
que roce al pasar tu planta.

No quiero ser en tu cielo
la estrella errátil y fatua,
que te ilumine un instante
con su fantástica llama.

No quiero ser flor de un día
en los jardines de tu alma,
ni la alondra pasajera
que se pose en tus ventanas.

Quiero ser ave, armonía,
brisa, sol, clara fontana,
donde tu vida palpite
con amor, fe y esperanza.

Ser flor de luz que en tu senda
sus grandes pétalos abra;
que al fulgurar en tus ojos
mantenga viva tu lámpara!

EN TU COPA

Quiero mirarme en tus ojos,
por ti sufrir y reir;
quiero apurar en tu copa
la alegría del vivir!

Quiero que arrulle mis sueños
tu voz acariciadora;
quiero vibrar en tus manos
como una cuerda sonora.

Quiero sentirme diluida
en la esencia de tus besos;
quiero internarme en tu alma
de amor en locos excesos.

Quiero tenerte tan cerca
que esté dentro de ti mismo,
y seas para mis ansias
rocío, estrella y abismo...

Quiero, en fin, que este amor mío,
puro, grandioso, radiante,
lo absorbas todo en la copa
de tu corazón amante!

Clarisa G. de DIEGO ARBÓ



Acuarela

(Del libro "Suburbio", próximo a aparecer)

—Mamá, dice el patrón que si mañana
no pagamos la pieza, va al juzgado...
y que nos va a poner en pocas horas
los muebles en el patio...

—No hables fuerte... tu pobre papacito
ya casi ni respira..., está acabando.
—Si usted quiere le traeré esta noche
la plata que hay que dar al encargado.

. . . .

Se miraron las dos... La muchachita
cambiaba de color su rostro pálido,
la madre sin querer lo supo todo...
¡Precipitó el derrumbe el encargado!

Felipe H. FERNANDEZ.

EL DOCTOR FRANK

Por

EDUARDO OSMONT

El doctor Frank, joven y célebre cirujano, llamó a la puerta de su novia. El día había sido muy laborioso. Había practicado dos operaciones. Doce veces su bisturí había abierto otros tantos vientres, para aliviar una docena de enfermedades crueles.

Estaba cansado y se disponía a descansar mirándose en los bellos ojos de su prometida Camila.

Se entabló un diálogo amoroso. De pronto, Camila le preguntó:

—¿Qué has hecho de la sortija que te regalé?

Frank miró su mano izquierda. La sortija no estaba. Hizo memoria. No se la había dejado en casa, pues estaba seguro de habérsela visto en la calle. Era difícil que se le hubiese caído, porque le estaba muy justa...

Camila seguía preguntando:

—¿Qué has hecho de la sortija que te regalé?

Frank seguía recordando. De pronto adquirió la seguridad de que se la había dejado olvidada en alguno de los doce vientres que había abierto aquel día. Pensó confesárselo a su novia; pero no se atrevió y se contentó con responder.

—¡No sé!

—¡Pues yo—dijo Camilia levantándose airada—no seré tu mujer mientras no me traigas la sortija que te he regalado!

Y salió muy digna.

Frank entró en su casa con el alma destrozada. ¿En qué vientre de los doce estaría la sortija? Al día siguiente el joven cirujano juró no parar hasta encontrar la sortija perdida y recobrar el cariño de su amada.

Escribió en doce papeles el nombre de cada uno de los enfermos que había operado la víspera y cogió uno al azar.

Era el nombre de una viejecita. Frank decidió empezar por ella. A la pretensión de ser operada de nuevo la enferma se opuso tenazmente; pero el doctor pudo convencerla a las tres semanas de que si no volvía a operarse su vida corría grave riesgo. Krank no encontró nada.

El segundo enfermo, que también tardó bastante en decidirse, no tenía sortija alguna en el vientre.

Al tercero tampoco le encontró nada.

El cuarto se le murió entre las manos.

El quinto, el sexto y el séptimo no tenían la sortija. El octavo murió. En el vientre del noveno encontró una pluma estilográfica, un franco y un botón, objetos que envió a la comisaría, por si los reclamaba alguien.

La décima persona estaba virgen de toda sortija.

Cuando operó al undécimo, que falleció a las pocas horas, Frank lanzó un suspiro de satisfacción. Ya no le cabía la menor duda de que la sortija estaba en el vientre del duodécimo. ¡Al fin encontraría la alhaja y el amor de Camila!

Esta enferma era una joven americana muy guapa. Cuando se presentó en su casa supo que había embarcado días antes para Boston. Frank no se desanimó por esto. Hizo la maleta y se embarcó. En Boston supo que la joven había salido para Petrogrado. Tampoco allí la encontró, y la desgracia lo persiguió en todas las ciudades de Europa, Asia, Africa, América y Oceanía, por donde la joven había pasado días antes de llegar el joven doctor.

Al fin la encontró en Yokohama, cuando se embarcaba para San Francisco. No hay que decir que Frank siguió la misma ruta.

En el paquebote reanudaron su amistad. Frank concluyó por contar a Lily—así se llamaba la joven americana—el secreto de su aventura. Lily, conmovida, prometió al doctor que en cuanto desembarcaran se dejaría operar, y que haría votos porque su vientre guardase la sortija.

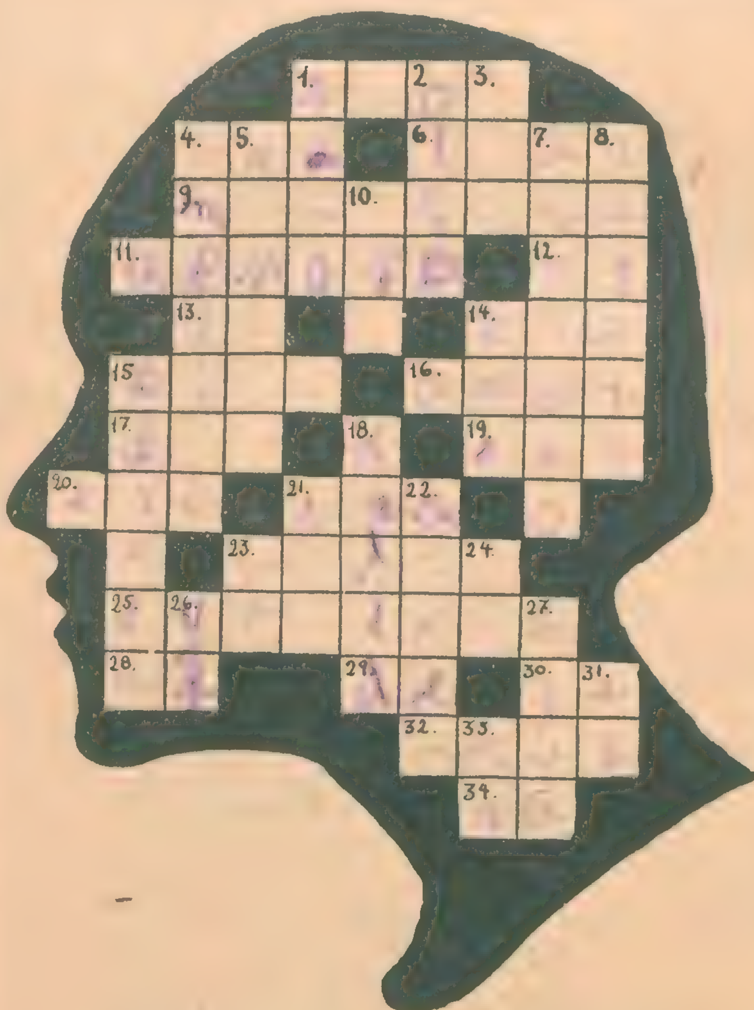
Cerca de San Francisco el vapor naufragó. Frank cayó al mar y se dispuso a luchar bravamente con las olas. Falto de fuerzas alzó los brazos para implorar la protección del cielo, y entonces vió que tenía la sortija en la mano derecha. Acostumbraba llevarla siempre en la izquierda, y este cambio involuntario explicaba su error fatal.

Entonces, pensando en tantos esfuerzos inútiles, en tantas semanas perdidas, en tanto dinero malgastado, en su vida rota, en su carrera truncada, en su porvenir comprometido para siempre, Frank, desesperado, se dejó arrastrar al fondo del mar.

En cuanto a la joven americana, apenas llegada a San Francisco se puso, por escrúpulo de conciencia, en manos de un cirujano negro, con la esperanza de que encontrase la sortija, para remitírsela a la prometida del doctor Frank.

Pero el cirujano negro no encontró nada.

PALABRAS CRUZADAS



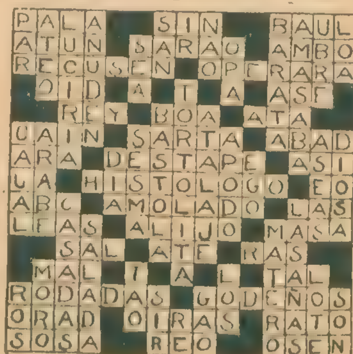
HORIZONTALES

1—Uno de los modos de jugar a la pelota.
4—Nombre de mujer.
6—Segundo califa árabe.
9—Gentileza, gracia, etc.
11—Ciudad de Italia.
12—Conjunción copulativa en francés.
13—Apellido chino tan vulgar como Pérez.
14—Letra del alfabeto.
15—Montón de cosas.
16—Pasión, afecto.
17.—Letra del alfabeto griego.
19—Pronombre demostrativo.
20—Otro pronombre demostrativo.
21—Furia o violencia.
23—Hierro carbonizado.
25—Terco, testarudo.
28—Contracción.
29—Preposición.
30—Pronombre.
32—Medida antigua en plural.
34—Pronombre.

VERTICALES

1—El que está bien de salud.
2—Nombre de mujer.
3—Animal.
4—Nombre de mujer.
5—Otro nombre de mujer.
7—Lo que tiene arena.
8—El que roba cosas de poco valor.
10—Salvaje de la Patagonia.
14—Letra del alfabeto.
15—Moneda corriente en España.
18—Nombre de mujer.
21—Desinencia del diminutivo.
22—Hay en las playas.
23—Carta de la baraja.
24—Desinencia de los sustantivos.
26—Pronombre personal.
27—En el mar.
31—Verbo.
33—Negación.

Solución del problema anterior





Sonatinas para principiantes

A Martín Míguez

I

En el festín
de la pasión
perdió Manón
un escarpín.
¡Pobre Manón
que en el festín
hizo escarpín
del corazón!

II

Tu mirada Ninón
es como un espadín
en manos de andarín
chiquillo fanfarrón
que no tiene rocín
ni tampoco razón
y busca en un trajín
inútil mi pasión...

III

Corazón—andarín,
bailarín—corazón
¡bailemos al compás de la emoción!
el jardín—de Ilusión
su portón—abrió al fin:
¡La razón ha olvidado su latín!

Mayorino FERRARÍA.



Cárceles célebres

Los horrores de la Conserjería

Cual si hubiese pesado siempre sobre la Conserjería una maldición, casi desde que se puso su primera piedra corrió abundantemente la sangre en su recinto, y a partir del reinado de San Luis, en que tomó el nombre que luego ha conservado, hablar de la Conserjería era sinónimo de lágrimas, de dolor y de muerte. Los sombríos muros han visto, en efecto, desfilar el feudalismo, con su largo cortejo de crímenes y de miserias; la Revolución y el "Terror", con sus venganzas y sus cóleras ciegas. Todos los movimientos políticos, todas las grandes convulsiones del pueblo parisién, han aportado a la Conserjería su parte más triste, señalando su paso con rojas huellas...

Las primeras páginas sangrientas que registra la historia referentes a esa prisión datan de fines del siglo XIV, época de las enconadas querellas de "Armagnacs" y "Bourguignons", durante el reinado de Carlos VI. Una noche del mes de diciembre, los "Bourguignons", también llamados "cabochiens", y en cuyas filas figuraba la hez de París, invadieron la Conserjería, donde se encontraban presos numerosos "Armagnacs", entre ellos el conde del mismo título, el condestable de Francia, el canciller de Marle, seis obispos y varios individuos del parlamento. Los insurgentes, armados de picas, hachas y espadas, fueron sacando de sus calabozos a los detenidos, y después de reunirlos en una sala inmediata al patio central, los hacían pasar uno a uno por cierta puertecilla de una vara escasa de altura. Apenas el desventurado prisionero inclinaba la cabeza para poder pasar por el estrechísimo postigo, caían sobre su cuello los aguzados filos de las hachas o de las espadas. Los cadáveres eran inmediatamente sacados a la rastra de la Conserjería y arrojados al Sena, cuyas aguas conservaron durante muchos días un color rojizo; tantas fueron las víctimas de los "cabochiens" que allí encontraron su sepultura.

En el número de los desgraciados que, criminales o inocentes, tuvieron la Conserjería por última prisión hasta mediados del siglo XVIII, citaremos a Luis de Berquin, quemado vivo durante el reinado de Francisco I por cuestiones religiosas; el conde de Montgomery, víctima del odio implacable de Catalina de Médicis; los regicidas Ravaillac y Damiens; la infortunada mariscala d'Ancre y el temible bandido Cartouche.

Los calabozos de la Conserjería, construídos al nivel del Sena, eran obscuros y malsanos; la luz del día no penetraba en ellos, ni se limpiaban jamás, razón por la cual fueron varias las epidemias que tuvo que padecer París, y que se engendraron en la referida cárcel.

Pero cuando llegó ésta a brillar con fulgor más siniestro fué durante el período revolucionario de 1793, llegando a estar allí encarceladas hasta 1.200 personas. El día 2 de septiembre de 1792, la Conserjería fué teatro de una espantosa matanza. Según documentos cuya exactitud ha sido comprobada, nada menos que 288 prisioneros cayeron bajo los golpes de los "terroristas", erigidos en ejecutores de la venganza popular, siendo curioso que, en medio de su ciego furor, los "septembristas" perdonaron la vida a todas las mujeres detenidas, la mayor parte pertenecientes a la nobleza, y en cambio ejecutaron con espantosos refinamientos de crueldad a una hija del pueblo, llamada "La Hermosa ramilletera". Esta, que había ejercido su industria durante algunos años bajo los arcos del Palais-Royal, se encontraba a la sazón presa en la Conserjería por haber mutilado, en un rapto de celos, a su amante, que era un gallardo soldado. Los revolucionarios ataron a un poste a la pobre joven, después de desnudarla completamente; claváronla luego los pies al suelo con dos enormes escarpias, y a sablazos y puñaladas la hicieron morir poco a poco.

Cuando el tristemente famoso "Tribunal Revolucionario" empezó a funcionar, la Conserjería era algo así como la antesala de la guillotina, pues la casi totalidad de los conducidos a dicha prisión no salían ya sino para subir, por "hornadas", como decían los "descamisados", a las carretas, de lúgubre recuerdo. En aquella época, y debido a que los calabozos eran muy pequeños, se amontonaba a los presos, a veces en número de 50, en espacios de veinte pies cuadrados, sin distinción de clase social, de edad o de sexo. Ferocísimos perros de presa, sueltos en los pasillos durante la noche, completaban el sistema de vigilancia: ellos eran los carceleros más seguros y los más temidos. Hubo algún prisionero que, logrando comprar a fuerza de oro a sus guardianes, vióse detenido luego en su fuga por los furiosos canes, resultando gravísimamente herido de las acometidas.

Un rasgo especial que caracterizaba a los prisioneros de la Conserjería, y que hacen notar todos los historiadores, cualesquiera que sean sus opiniones, es que, a pesar del horror de su situación, conservaban las costumbres frívolas de la sociedad epicúrea del siglo XVIII. Las últimas horas de su vida empleábanlas en juegos y entretenimientos, y hasta en intrigas amorosas; las "hornadas" de la Conserjería lo tomaban todo a risa: hasta la guillotina. Realistas y hombres de la "Montaña", aristócratas y gentes del pueblo, llevados allí por el flujo y reflujo de la Revolución, vivían unidos en común desprecio a la muerte. En medio de esta intrepidez general, los "Girondinos", cuya última cena ha perpetuado un cuadro famoso, se hicieron notar por su heroísmo.

En las carretas que salieron de la Conserjería fueron a la guillotina, entre otros personajes notables, el ilustre químico Lavoissier, Maleshorbes, Madama Roland, los generales Custine, Westermann, Camilo Desmoulins, Bailly, Danton, la reina María Antonieta, Madama Isabel, hermana de Luis XVI, y Robespierre. Conocidísimos como son los detalles de las ejecuciones de los principales personajes mencionados, sólo haremos mención de un episodio, en alto grado conmovedor, relativo a la muerte de Madama Isabel, y que no está tan vulgarizado.

La referida princesa había demostrado un valor admirable desde el momento de su detención, valor que no decayó un segundo ante el tribunal revolucionario, ni ante la misma guillotina. Por un exceso de crueldad, se dispuso que fueran ejecutadas antes que la princesa veintidós personas. Cada vez que caía la cuchilla para volver a subir tinta en sangre, un aplauso cerrado estallaba entre la multitud aglomerada en torno del patíbulo. Madama Isabel seguía impasible. Llególe al fin el turno. En un brusco movimiento hecho por el verdugo para arrojar sobre la báscula a la augusta víctima, arrancó a ésta el fichú que cubría sus hombros. La princesa se estremeció e hizo un esfuerzo instintivo para romper sus ligaduras. Reconociendo su impotencia, exclamó con la voz embargada por las lágrimas: "¡En nombre del cielo, cubrid mis hombros!..." Dos minutos después rodaba su cabeza al pie de la guillotina.

Expediciones arriesgadas

CIUDADES Y TESOROS EN EL FONDO DEL MAR

La ciencia y el interés

De diversas capitales europeas se reciben, en Londres, noticias acerca de varias expediciones que se preparan con objeto de practicar reconocimientos en diferentes partes de los mares, y extraer los tesoros que yacen sepultados en el fondo desde épocas remotas, por hundimiento de los barcos que los transportaban.

Solamente en Inglaterra se han constituído cinco sociedades con capitales de consideración para realizar esas exploraciones, en la esperanza cierta de que los resultados correspondan al esfuerzo. En Suecia también se han formado otras dos asociaciones con el mismo fin, y en Francia se organiza una costeada por un millonario americano, que además de perseguir el propósito indicado, tendrá por misión practicar reconocimientos científicos.

De Atenas comunican que de un puerto griego acaba de salir una importante flota con dirección a la bahía de Navarino, en la costa suroeste de Grecia, con el intento de extraer un tesoro que se estima en más 50 millones de dólares perdido el 20 de octubre de 1827, cuando las escuadras combinadas de Inglaterra, Francia y Rusia, al mando del almirante Codrington, destruyeron las flotas de Turquía y Egipto. Ese día fueron hundidos más de treinta buques, o quemados por los mismos turcos, para que no cayeran en poder del enemigo.

Se supone que el tesoro podrá ser extraído por medio de las poderosas grúas flotantes de que son portadores los expedicionarios. A sus órdenes llevan cuarenta buzos y otros servidores.

Aparte estos tesoros que ahora se buscan, anúncianse descubrimientos sensacionales efectuados en el fondo del mar. Uno de los más notables es el señalado hace pocos días por sir E. Denison Ross, director de la Escuela de Estudios Orientales de Londres, que ha regresado recientemente del Norte de Africa trayendo noticia del descubrimiento de una ciudad fenicia desconocida, que se halla en el fondo del mar, cerca de la isla de Lotus o Jerba, como ahora se la denomina.

Sir E. Denison manifiesta que los pescadores árabes que frecuentan aquellos parajes observaron en ciertos períodos del año que la tersura de las aguas permitía avizorar el interior del mar hasta una distancia considerable; que en el fondo se distinguían, muy perceptiblemente, unas extrañas edificaciones, que en un principio se atribuyeron a efectos de la luz solar o de la luna, o a espejismos provocados por la refracción luminosa en las nubes. Mas la frecuencia con que se producía la visión de aquella especie de ciudad les indujo a dar cuenta del hecho a varios oficiales franceses de Túnez.

Con la mayor reserva, los franceses organizaron una investigación, que dió por resultado comprobar la exactitud de las afirmaciones hechas por los pescadores árabes. En efecto: en el fondo del mar se alzan todavía algunos edificios de piedra y muchos otros en ruinas que no ha respetado el embate de las corrientes submarinas. Por entre esos edificios y esas ruinas corren calles y se acusan plazas circulares y cuadradas, aunque algo irregulares. Parece que los franceses han realizado otros descubrimientos, que sir E. Denison califica de maravillosos, con los cuales podrá reconstituirse un período geográfico e histórico que ni siquiera se sospechaba, y que no se cita ni como leyenda ni como realidad en ningún autor antiguo anterior o posterior al padre de la Historia, Herodoto de Halicarnaso.

PAPEL Y TINTA

Después del estreno. — Comentarios teatrales, por Octavio Palazzolo. — Buenos Aires.

El señor Palazzolo ha dado a la publicidad una serie de críticas acerca de los autores de nuestro teatro nacional. Aunque aquellos tratan de obras viejas, se hacen interesantes porque conservan con toda sinceridad la opinión del autor, quien señala errores como reconoce el valor de las obras y al mismo tiempo critica el concepto de las mismas.

Este libro es sincero, porque su autor no se ha limitado a aplaudir sino a manifestar claramente todo aquello que ha herido su espíritu de crítico, y esta es una valentía en estos tiempos en que prima la amistad o la recomendación. La crítica debe ser espontánea, así como dice el señor Palazzolo, ''quien se dé a la delicada tarea de juzgar la producción artística, sostengo que ha de ser un espíritu que aliente ideales, porque es lo único que atestigua una capacidad comprensiva.''

Esta obra es meditada; la observación es sana, precisa, definida; en todos los pasajes se ve la exposición del crítico, quien despojado de personalismo, baja al fondo de la obra, haciendo resaltar sus lunares y manifestando el porqué de tal o cual defecto.

El señor Palazzolo revela en este volumen tener una alma serena y comprensiva, con grandes predisposiciones para esta clase de trabajos.

Su estilo es brillante, convincente, y sus exposiciones sobrias y elegantes.

Orígenes del teatro y de la novela argentinos.—La obra de Pedro Echagüe, por Ismael Moya.

En este libro, el señor Ismael Moya ha realizado un estudio acabado y brillante de los orígenes literarios argentinos, en lo que conviene a la novela y al teatro, deteniéndose con especialidad en la obra de Pedro Echagüe, la que analiza y expone con su pluma clara y concisa la labor del poeta soldado, cuya figura enaltecida por el autor recobra relieve, haciendo al propio tiempo resaltar sus errores.

Munido de conocimientos, el señor Moya no pierde la ilación de su obra, la cual resulta interesante, por la espontaneidad de sus descripciones, por la profundidad de los temas que aborda, como así también por la fuerza de su estilo.

Para los que gustan conocer la iniciación de nuestra literatura como asimismo de nuestro teatro, encontrarán en este volumen una fuente poderosa, una gran orientación.

Se ve que el señor Moya ha puesto en este libro toda la fiebre de su corazón, todo ese entusiasmo que siente por los héroes desaparecidos, así como lo hace con la figura del poeta soldado Pablo Echagüe.

Felicitamos al señor Moya por el valor de su libro.

F. B. V.

Páginas vividas, por Andrée Moch.— Edición "La Baskonia". — Buenos Aires.

Alentada por el éxito del libro ''Bocetos de mi viaje a Norte América'', la renombrada pintora Andrée Moch, que con tanto acierto maneja los pinceles como la pluma, acaba de publicar una nueva obra, titulada ''Páginas vividas'', cuyo volumen consta de treinta ''Bocetos porteños'' y diez ''Reminiscencias''.

Entre los primeros se encuentran, pintados en rápidos y expresivos rasgos, cuadros de todos los aspectos genuinos de esta gran ciudad y escenas tomadas en las distintas clases sociales.

Las ''Reminiscencias'' de la juventud de la autora, transcurrida en París y en Gascuña, revelan las fases más típicas de la vida estudiantil y de ''atelier'', muy poco conocida en su intimidad y llena de interesantes incidencias.

El capítulo ''Del barrio latino'' es una notable síntesis de la vida de los artistas en el citado radio parisiense.

Estas ''Páginas vividas'' encierran una serie de observaciones e impresiones, escritas en el mismo estilo ágil que caracteriza a su libro anterior ''Bocetos de mi viaje a Norte América'' y hace su lectura atrayente.

Desierto de piedra, por Hugo Wast. — Edición Agencia General de Librería.— Buenos Aires.

El fecundo autor de ''Flor de durazno'', acaba de dar a publicidad, bajo el título de ''Desierto de piedra'', una nueva producción literaria. Tratándose de un novelista de los prestigios del doctor Gustavo Martínez Zuviría, no hay para qué decir que su nueva obra viene a agregar un éxito más a sus sonados triunfos en el campo de las letras.

''Es el libro que soñé escribir'', ha dicho su autor, refiriéndose a la obra que nos ocupa, y ésta manifestación, que revela las preferencias del escritor hacia la citada producción intelectual, deja entrever el interés y el valor artístico que encierran las páginas del libro, cuya anunciada aparición logró despertar general expectativa en los círculos literarios, donde ha sido favorablemente acogido.

La bien plantada de Xenius en estilos de payador, por Mayol de Senillosa.—Editorial Tor.—Buenos Aires.

Indiscutiblemente, Teresa, la Bien Plantada, que era de raza americana, debía tener su poeta americano. Xenius dió a esta mujer una tan viva y refinada sensibilidad que no era posible ella quedara reducida a los límites de ese libro que es ya clásico en España y América a la vez que símbolo de la raza catalana. Y, he aquí que ese poeta, que ese intérprete y dilecto amigo del escritor catalán, en una forma poco acostumbrada entre nosotros, da a la estampa un volumen de versos inspirados por aquella moza garrida, fina y culta, por cuyas venas corría, a decir de su creador, sangre paraguaya.

Mayol de Senillosa, escritor ya conocido de nuestro público por otros trabajos enjundiosos y de fino estilista, como decimos, esta vez, acallando su fantasía y reduciendo su inspiración — de todos conocida por lo fina, bella y abundante, — ha querido ser, modestamente, como él lo dice, un intérprete de esa obra que, no por muy divulgada y leída, es suficientemente conocida por el público. Y, así, en versos sonoros y agradables al oído, con esa sencillez que suele ser la característica de los intérpretes fieles y amorosos, nos ha ido desgranando, página tras página, el bello poema de la vida de Teresa, la Bien Plantada.

Obra bella y por muchos conceptos encomiable, es la de este poeta; obra originalísima y llena de dulce emoción para el lector, quien, a través de unos versos labrados con la exquisitez de un artífice, ha de saber desentrañar todo el profundo sentido y la inteligencia de interpretación que el autor poeta ha sabido derramar.

Novedades literarias

Una moderna edición del ''Fausto''

La conocida ópera popular que en estilos de payador cantó Estanislao del Campo, por boca del gaucho Anastasio El Pollo, será motivo en breve de una lujosa edición impresa sobre papel pluma, en formato manuable, y carátula en bicoloro con motivos camperos, publicada por la Editorial Tor. Así tendrá nuestro público selecto un nuevo motivo para apreciar debidamente los libros originales de nuestra poesía gauchesca.

Otra novela inédita de César Carrizo

Este discutido novelista argentino está terminando ''Perfume de mujer'', que a decir de los que han ojeado los originales, será no solamente un nuevo libro al alcance de todos los que desean leer sin ruborizarse, sino también una excusa para ensalzar a la mujer argentina por su belleza y sus delicados sentimientos amorosos. Será publicada a todo lujo por la Editorial Tor.

Editorial Tor

Esta conocida empresa editora ha trasladado sus oficinas a su nuevo edificio propio en la calle Río de Janeiro, en donde funcionará también su imprenta que tan rápidamente se está acreditando.

Hemos recibido:

Contra el juego, por Adolfo Dickmann.

Prevención de la delincuencia y del abandono del niño en la República Argentina. Trabajo ordenado por el ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Antonio Sagarna.—Compilación realizada por el doctor Ernesto Nelson, Buenos Aires.

Reconquista y defensa de Buenos Aires. 12 de agosto de 1806 - 5 de julio de 1807. El elemento nativo en las invasiones inglesas. El gran triunfo del pueblo argentino, por Augusto Ibarra Pedernera.

Boletín de la Mutualidad del Tranvía Anglo-Argentino.—Año IV. Número 41.—Buenos Aires.

Isidro Menéndez.—Año II. Número 7.—San Salvador.

Revista Ariel.—Año I. Números 3 y 4.—Tegucigalpa (Honduras).

Guía del lector.—Editorial Calpe. Año II. Número 14.—Buenos Aires.

Hispania.—Año I. Números 9 y 10.—Madrid.

Alas.—Año IV. Número 69.—Madrid.

Wieland y Napoleón

—La duquesa (Amalia de Saxe-Weimar) me presentó con él en debida forma—dice Wieland—y él se dirigió a mí afablemente, prodigándome algunos cumplidos; y como parecía abrigar el deseo de producir en mi ánimo una impresión favorable y duradera, desde luego adoptó la forma que mejor le convenía para lograr su objeto. Jamás vi un hombre de aspecto más sosegado, sencillo, apacible y menos arrogante. No se podía vislumbrar en él un solo vestigio de la conciencia de un gran monarca. Habló conmigo como si fuera un antiguo conocido y su igual, y lo que era algo inusitado en su costumbre, charló conmigo exclusivamente por espacio de hora y media, con gran sorpresa de todos los presentes. Por fin hacia la media noche, comencé a sentirme cansado de velar tanto, y me permití solicitar de Su Majestad permiso para retirarme.

—''Allez donc''—me dijo con tono amigable—''bon soir''. (Vaya usted; buenas noches).

Los puntos más importantes de nuestra entrevista fueron estos:

La representación anterior introdujo a César como tema de nuestra conversación y Napoleón dijo que era uno de los más grandes caracteres de la Historia; y que verdaderamente hubiera sido el mayor, sin excepción alguna, si no hubiera sido por un solo error. Estaba a punto de preguntarle a qué anécdota aludía, cuando pareció leer en mi vista la interrogación, y continuó:

—César sabía quiénes querían deshacerse de él, y debió deshacerse de ellos primero.

Si Napoleón hubiera podido leer todo lo que pasaba en mi mente, me hubiera sorprendido pensando:

—Jamás podrá imputarse a vos semejante cargo...

Prefería a Ossián sobre Homero... No obstante su aspecto de lisonjera amistad, seguido me daba la idea de que estaba vaciado en bronce.

Por fin me hizo sentirme tan a gusto y despejado, que le pregunté cómo había sido que el culto público, que él había reformado en Francia hasta cierto punto, no se había hecho más filosófico y en armonía con los tiempos.

—Mi querido Wieland, — contestó — la adoración no se hizo para los filósofos; ellos no creen en mí ni en mi sacerdocio. En cuanto a los creyentes positivos no se les puede dar ni legar suficientes maravillas. Si yo tuviera que formar una religión para filósofos, sería una que fuese todo lo contrario.

La aristocracia gitana

También entre los cíngaros existe una verdadera nobleza troncal. Ocho de estas familias aristocráticas viven aún hoy en Francia, en Inglaterra residen seis y doce tienen su domicilio en España. La Rusia zarista albergaba un buen número de familias gitanas nobles, y algunas de ellas fueron recibidas en la Corte Imperial; pero no se sabe lo que ha sido de ellas después de la revolución.

En la edad media emigraron los gitanas de India, y después de haber recorrido Persia, Arabia, el Africa del Norte invadieron estos ambulantes los países balkánicos y desde allí todo el resto de Europa. Muy pocos de los gitanos actuales pueden gloriarse de ser descendientes directos de aquellos antiguos emigrantes. Los vagabundos que aparecen ora aquí y ora allá no tienen siquiera el derecho de llamarse gitanos. Los únicos a quienes corresponde este nombre son, como dice el ''Excelsior'', sin excepción, bastante acaudalados y no trabajan sino por su gusto. Estos gitanos se envanecen mucho de su noble prosapia y algunos de ellos pueden remontar su origen hasta el primer milenio de la era cristiana. Muchos tienen joyas muy particulares, y este aderezo, el orgullo de la familia, se transmite por herencia siempre del padre al hijo.

Una cíngara anciana, que en toda su vida no había trocado su tienda de campaña por una casa fija, declaró hace poco que en toda Europa los gitanos son los únicos hombres de alcurnia verdaderamente aristocrática.

LA MUJER Y EL HOGAR

Conocimientos de economía doméstica

TUBERCULOSIS

(Continuación)

Higiene especial para las personas que viven con tuberculosos. — Tomar las siguientes precauciones: Lavarse cuidadosamente las manos varias veces al día, y especialmente antes de las comidas. Cepillarse las uñas, y si se ha tocado un objeto sospechoso, como el vaso o la escupidera del enfermo, lavarse las manos con la solución de sublimado. Los objetos de madera que hayan servido al enfermo, deben someterse a una ebullición durante cinco minutos; su ropa se lavará aparte. La desinfección total de los objetos de que haya hecho uso, debe efectuarse después de la terminación feliz, o no, de la enfermedad.

Tratamiento higiénico. — Alimentación: Alimentos sólidos. El tuberculoso debe comer para curarse; tiene necesidad de comer no sólo la ración de mantenimiento, sino la ración de curación.

Entre la batalla que se libra entre el bacilo y la célula, esta no puede vencerlo sino mediante una nutrición completa. El mejor alimento es aquel que se digiere pronto y alimenta mucho; por lo tanto debe establecerse entre ellos una clasificación.

En primer término figura la pulpa de la carne cruda, que puede tomarse en pequeñas bolitas envueltas con azúcar, caldo templado o frío y mezclado con un puré de patatas o lentejas. Para obtenerla, se pasa por la superficie de la carne un cuchillo romo; se machacan los filamentos así obtenidos en un mortero; este producto se echa en un tamis de puré, luego se aplasta con una cuchara. El resultado debe ser una pulpa sin grumos. Esta preparación se hará momentos antes de las comidas, pues la pulpa se descompone muy fácilmente.

¿Qué carne debe preferirse? La de carnero, a pesar de su precio elevado, es algunas veces preferible a la de buey, por temor a la tenia. En algunas ocasiones, la tenia no es perjudicial, pues se ha tenido la ocasión de comprobar que la tenia, por el enorme apetito que da al enfermo, es más útil que perjudicial.

Consultorio del hogar

NUESTRAS PEQUEÑAS ENFERMEDADES

Los pequeños malestares que vienen a sorprendernos de repente son a veces más insoportables que las grandes enfermedades; tan verdad es esto, que las causas pequeñas nos turban más que los grandes efectos. Nuestra psicología se resiente de lo imprevisto, el sufrimiento que siempre nos está acechando se afirma espontáneamente haciéndonos a veces perder la cabeza, mientras que con una calma relativa se podría vencer al mal fácil de alejar.

Preciso es, pues, luchar contra el terror que invade nuestro espíritu y contra la repentina enfermedad rodeándonos de medios curativos, y, sobre todo, sabiéndolos aplicar sabiamente. Las gentes nerviosas, excesivamente impresionables, se creen perdidas cuando tienen la menor cosa, su fisiología, su psicología se derrumban a la menor alarma, revolucionando a todos los que lo rodean, y de esta perturbación inútil muchas veces nace el peligro. La falta de orden, de cuidados preventivos, y el mal hace su camino, en tanto que en el primer momento se pudo evitarlo.

La señora de la casa es la que debe tener las cosas dispuestas para evitar, no sólo las enfermedades de los suyos, sino también tener a su alcance los medios de poder combatirlas eficazmente.

Sería de desear que la educación de las mujeres fuese bastante más utilitaria y tuviera las primeras e indispensables nociones de medicina. Todas, o casi todas, están llamadas a ser madres, a cuidar pequeños seres a los que ciertas enfermedades terribles afectan de repente y que algunas veces son víctimas de una incuria desesperante. Apenas si saben envolver a sus hijos, y en cuanto a saber apartar el peligro, a estar provistas de los medicamentos más simples que permitan dar al médico el tiempo de llegar, ni siquiera piensan en ello. Sin embargo hay que tener en cuenta la distancia, la ausencia, la ocupación que son causas de retraso y en esta perspectiva hay que dar los primeros cuidados y hacerlo con habilidad.

Las mujeres de los tiempos heroicos sabían componer bálsamos, curar las heridas; se les enseñaban los secretos de los simples, las virtudes mágicas de las plantas. Podrían no saber ni leer ni escribir, pues tanto desprecio se manifestaba por las ciencias entonces que parecían inútiles e indignas de su atención; la existencia la pasaban hilando o haciendo hermosas tapicerías, de las que algunos ejemplares han llegado hasta nosotros; pero, en medio de las guerras continuas, podían en cambio prestar sus auxilios incesantes, curar a los vencidos, devolverle la vida a los heridos. Eran las hermanas de la caridad a que siempre se recurría. Este papel benéfico no seduce a la mujer moderna. Es verdad que hoy el hombre no arriesga su vida por la mujer. Si recibe alguna herida no siempre es por motivos caballerescos, y la enfermera laica, aunque obligatoria, ha reemplazado a las castellanas complacientes y sabias en el arte de aliviar y de curar.

Secretos de tocador

LA TOILETTE DE LOS BRAZOS

La toilette de los brazos se hace al mismo tiempo que la de los hombros y manos. Son las mismas tonalidades y los mismos colores que deben aclarar esas partes del cuerpo.

La toilette de los brazos implica el jabonado y las lociones, absolutamente como las manos.

En lugar de emplear el jabón en panes, emplead las pastas de jabón, las cremas de almendras que se extienden mejor y que pueden distribuirse por todas partes del miembro con más igualdad.

Cuando necesitéis llevar los brazos al descubierto, debéis utilizar las mismas cremas que para los hombros y empolvaos ligeramente.

Esta pasta de almendras es muy buena:

Harina de arroz.	250	gramos
Harina de habas.	100	,,
Almendras amargas pulverizadas	400	,,
Polvos de iris de Florencia. .	80	,,
Carbonato de potasa en polvo.	18	,,
Alcoholato de clavel.	100	,,
Aceite esencial de Roda. . .	2	gotas
Aceite esencial de nerolí. . .	1	,,

Después de haber blanqueado y mondado las almendras, pisadlas en un mortero agregando algunas gotas de agua. Agregad a la pasta de almendras la harina de habas y de arroz, luego el polvo de iris. Mezclad bien. Disolved en seguida el carbonato de potasa en un poco de agua, agregadlo a la masa e incorporad poco a poco el alcoholato de clavel adicionado de los aceites esenciales de Rodas y nerolí. Pisad el todo hasta formar una pasta compacta que podéis poner en frascos tapados con pergamino.

Para obtener una pasta menos compacta; puede agregar al mismo tiempo que el corbonato de potasa, una pequeña cantidad de agua de rosas.

La pasta de almendras y miel es excelente para hacer la toilette de los brazos.

Pasta de almendras. . . .	250	gramos
Miel.	250	,,
Aceite de almendras dulces	400	,,
Aceite de tuberosa. . . .	100	,,
Yemas de huevo.	2	,,

Se hace cocer la miel en fuego suave. Preparad la pasta de almendras blanqueándolas, mondándolas y pisándolas en un mortero con un poco de agua. Mezclad la miel con la pasta, pisad incorporando el aceite de almendras dulces y el de tuberosa. Agregad finalmente las yemas de huevo, batid bien y guardad en frascos.

Es indispensable que el brazo esté bien seco antes de recibir la aplicación de la crema que utilicéis para preparar un buen arreglo.

Esta otra crema es también muy buena y de mucho resultado:

Oxido de cinc.	10	gramos
Almidón.	30	,,
Vaselina.	30	,,
Lanolina.	30	,,
Alumbre.	8	,,
Bórax.	8	,,

Después de haber extendido esta crema, empolvad ligeramente.

Cuellos y pecheras

Entre las mil fantasías que usamos las mujeres, parece que los cuellos y pecheras son los que tienen más aceptación, porque teniendo varios se renueva el traje casi a diario.



1. ¿Podemos llamar cuello a este gracioso lazo de la misma tela que el traje que acompaña, y que se anuda descuidadamente al cuello?
2. Este original adorno está hecho de un cuello y pechera de crespón romano y tul plisado.
3. Un traje de lana liso quedará adornado con un cuello de satín blanco y puntilla antigua con una cinta de terciopelo.
4. Delicado adorno hecho con muselina o crespón de China. El cuello y la pechera están adornados con un entredós de puntilla estrechita.
5. Un cuello acompañado de grandes solapas, aporta una fantasía elegante al traje más sencillo. El adorno está hecho de crespón liso o plisado.
6. Esta pechera encantadora, de crespón Georgette, adornada con botones del mismo tejido, es el único adorno de un traje oscuro.
7. Un traje de otomán enriquecido por una corbata de muselina formando el cuello, cuyos extremos llevan piel del mismo tono.
8. Una armoniosa combinación de cintas del mismo tono, claras y oscuras, desde el rojo al rosa pálido, compone el cuello y los colgantes que adornan un traje de crespón blanco.
9. Un cuello de satín plateado, cerrado por una hebilla de jade y una pechera del mismo satín forrada de negro, realzan la simplicidad de un traje de duvetina verde.
10. Un traje de líneas sobrias se adornará con una corbata larga de tul plisado, que se retiene a un costado por una cinta de terciopelo.

Consultorio femenino

Valentina C. Estación Estomba. — Las teclas del piano se blanquean con esencia de petróleo, o mejor todavía, con éter sulfúrico, porque su coloración se debe a la grasa y al polvo.

Maricucha. Santa Fe. — Los diplomas de las Academias de dibujo no sirven, sólo es válido el de las Academias de Bellas Artes y los que otorgan las incorporadas a ella. Las hojas de te son buenas, las de manzanilla aclaran mucho más.

Morocha C. H. Capital. — Si tiene el cabello ondeado y se le pone lacio cuando se lava, será lo que emplea para lavarlo lo que le produce ese fenómeno. ¿Emplea soda?

A. G. — Para combatir el mal aliento haga preparar:

Café.	60	gramos
Carbón de madera en polvo	15	,,
Quinquina.	10	,,
Azúcar vainillada	40	,,

Mezcle con un jarabe de goma espeso. Divida en cucharaditas que se ponen sobre una placa de palastro para enfriar.

Angelita P. Florida. — Lo mejor para devolver los senos a su estado normal es el agua fría. Pero si ha estado enferma y adelgazado mucho, sólo volverán a su dureza anterior cuando recupere el peso.

Rosita. Capital. — Para fortificar el cabello cada mes, en vez de lavarse con lo de costumbre, frótese el cuero cabelludo y los cabellos con dos yemas frescas batidas con quinientos gramos de agua de cal. Después de secos y cepillados, úntese con aceite de almendras dulces.

La juventud de Grecia

Grecia hizo grandes cosas porque tuvo, en la juventud, la alegría que es el ambiente de la acción, y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente. El sacerdote egipcio, con quien Solón habló en el templo de Sais, decía al legislador ateniense, compadeciendo a los griegos por su volubilidad bulliciosa: ''¡No sois sino unos niños!'' Y Michelet ha comparado la actividad del alma helena con un festivo juego a cuyo alrededor se agrupan y sonríen todas las naciones del mundo. Pero en aquel divino juego de niños sobre las playas del Archipiélago y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos estos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo.

COLABORACION ESPONTANEA

Madame Crisantemo

Muñequita primorosa de jaspeada porcelana
que entre sedas y batistas exportaran de la China,
una plácida mañana
a las playas tornasoles de mi patria. Peregrina
muñequita primorosa
de tranquilas
y nostálgicas pupilas,
la de pómulos de rosa;
la de pasos presurosos
y graciosos
contoneos. Maravillas de dechadas perfecciones;
plata fina;
plata fina, jaspe y oro; porcelana de la China;
yo adivino que sollozas, lejos, lejos de tu suelo
y que añoras bajo el arco de tus lánguidas pestañas
con la bóveda celeste de tu cielo,
con el oro derretido de tus mágicas montañas...

Sé que el alma se te agosta,
que te amustias y consumes,
añorando bajo un cielo que no es tuyo
con la costa de tu patria que detiene en su murmullo
la serena marejada de las aguas. Con la costa
prodigiosa de colores y perfumes.
Sé que extrañas
las canciones de tu tierra a los sones de flautines y de cañas.
Sé que añoras
las espléndidas auroras
y las brisas turbadoras
de la tarde, toda rosa,
que declina;
a la frágil mariposa,
y la estrella que ilumina
más serena y rutilosa
la ancha bóveda celeste del Imperio de la China...

Tú que vienes de la tierra de los regios mandarines,
de los grandes parasoles
y bruñidos palanquines...
Descendiente de una raza que se funde en los crisoles
de las místicas leyendas,
de las bárbaras legiones...
Tú que vienes de la tierra de jocundos girasoles,
de la tierra fabulosa de los gnomos siderales,
de los príncipes ceñudos, y los tétricos dragones,
de las náyades que elevan espumantes las vestales
sobre el piélago profundo o el tronar de los tifones...
Muñequita primorosa,
diminuta Lao-Tsí,
la de pómulos de rosa,
la de labios carmesí;
la que viene de la tierra del fragante duraznero,
del almendro florecido
y el verdoso naranjero;
la que sabe de los templos y pagodas,
de los bonzos taciturnos
y de todas
las fantásticas crisálidas nocturnas,
la que viste y que se enjoya con las sedas y las joyas que fabrican en Pekín,
la que peina sus cabellos a la moda de Comfón
y se sabe las dulzuras de los gongos y el vibrante batintín,
tú, salvaje flor de Hong-Kong,
que te sabes de memoria los preceptos de Confucio y que adoras el budismo
porque vienes de la tierra nostalgiosa
que se teme por los ritos de su obscuro lamaísmo.

Muñequita nacarada,
pequeñita flor de té,
que trajeran exportada
entre encajes y festones y fragancias de aloé;
yo me temo,
¡oh, madame Crisantemo!,
que te mueras de tristeza
tan lejana de tu cielo
de esplendencia y de belleza...

Florecilla de los montes,
que no besan los salvajes horizontes
de la isleña Hong-Kong. Me temo,
¡oh, madame Crisantemo!,
que afectada de una intensa dolorosa hipocondría,
amanezcas un buen día,
reposada la cabeza sobre regios almohadones,
recogidas las pestañas
y las manos extendidas; toda fría,
toda muda; toda extraña...
y flotando sobre el labio como dulces expresiones,
la esperanza insatisfecha, y la mágica alegría,
de tornar hacia la tierra de tus vagas ilusiones...
Muñequita primorosa de jaspeada porcelana
que entre sedas y batistas exportaran de la China,
una plácida mañana,
a las playas tornasoles de mi patria. Peregrina
mariposa de fantásticos ambares...
¡Dios te salve de las iras de tus dioses y tus diosas tutelares...!

José A. FERRATÉ ACOSTA.

EL POETA

¿Cómo es posible que la lectura de un libro, me decía, pueda producirnos encanto, no con formas y colores, como lo hace la Naturaleza, en sus momentos felices, que son raros, sino con los pequeños signos del lenguaje? Estos signos provocan en nuestro cerebro, imágenes divinas.

¡He aquí el milagro! Un hermoso verso es como un arco de violín que acaricia nuestros nervios y les arranca sonoridades. El poeta no nos ilusiona con sus emociones sino con las nuestras, cuya vibración provoca en nuestro cerebro.

Cuando nos habla de sus amores con una mujer, despierta deliciosamente nuestros amores pasados. Es un evocador, y al comprenderle somos poetas como él. Cada cual tiene dentro de sí un ejemplar de cada uno de los poetas que admira siempre, con todas sus variantes, cuando dejemos de sentir.

¿Suponéis que admiraríamos tanto a nuestros poetas, si nos hablaran de algo ajeno a nosotros mismos? ¡De ningún modo! Los mejores entre ellos son egoístas, y sólo piensan en su satisfacción; sólo pusieron en sus obras lo que sentían y lo que amaban y nosotros encontramos sólo en ellos nuestros sentimientos y nuestros amores. El poeta nos induce a sentir el amor; no sirve para otra cosa. De este modo, recibe grato empleo su vanidad incomparable. Ocurre con sus estrofas como con las mujeres. ¿A qué conduce alabar sus méritos? La más amada será siempre la mejor. Y en cuanto al empeño de hacer confesar a todos que nuestra elegida es la más hermosa, parece una empresa de caballero andante y no un propósito de hombre prudente.

ANATOLE FRANCE.

Crepuscular

Para "Fray Mocho".

Las rosas lozanas, fingían pudores
al beso postrero, del sol estival,
y bajo las frondas con vagos temores,
la sombra esbozaba su faz nocturnal.

Perfumes extraños, suspiros velados
tenía el ambiente de la tarde azul;
las bellas corolas de tonos variados,
insinuaban un mago, policromo tul.

Pasaste a mi lado muy suave y serena,
la mirada esquiva, sin dignarte ver,
que, desde la cima de mi negra pena
mis ojos, los tuyos, quería beber...

La brisa, discreta, cesó en sus arrullos,
como admiradora de tu plenitud,
y la tarde toda calmó sus murmullos
en mudo homenaje a tu juventud.

Y mientras la noche llegaba, silente,
con sombras propicias al vano temor,
bajo de las frondas, mi alma doliente,
apuraba el filtro de su gran dolor.

Víctor A. MENDÍA.

La dama

Cejas largas y finas
tiene la dama,
y negras como hermosas
son sus pestañas.
Sus ardientes mejillas
son tan rosadas
que los fuegos de Vesta
su rostro encarnan.
Tiene sus labios rojos
como las granas,
y perfuman su pecho
rosas de Francia.

Pero ignoran todos
que aquella dama,
se pasa varias horas
por las mañanas,
pintándose las cejas
y las pestañas,
pintándose los labios
de color grana
con la ayuda del lápiz
y las pomadas.
Y con tal disimulo
pinta su cara,
que del día a la noche
su aspecto cambia,
pues, habría que verla
por la mañana,
apenas se despierta
y está en la cama.

Víctor J. MUSCHIETTI.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	,, 5.00	Semestre	,, 6.00	Semestre	,, ,, 4.00
Año	,, 9.00	Año	,, 11.00	Año	,, ,, 8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 ,,	N.° atrasado	50 ,,		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Un proverbio italiano

Por F. de ROBERTO

I

El archipiélago de las Neverfound Islands surge en pleno Océano, en los antípodas del viejo mundo, fuera de las vías frecuentadas por los buques de alto bordo que hacen el servicio entre las dos Américas y la Australia. En las numerosas islas, fértiles, industriosas y bien pobladas que lo componen, no faltan ciertamente frecuentes y rápidos medios de comunicación, pero son contados los viajeros que por deporte se aventuran hasta allí, y sólo uno que otro entre los más infatigables "globe-trotters" visita muy de tarde en tarde "Whatever-Town", la metrópoli. Debido a esta circunstancia, cuando el joven "essayst" Frightened E. Beginning supo que Mind Teacher, el célebre poeta, el escritor universalmente admirado, su propio iniciador y maestro iba a venir a pasar una temporada en el archipiélago, sintióse presa de una fiebre de impaciente alegría.

Aunque todavía muy joven, Ned Beginning, — como familiarmente solían llamarle sus íntimos, — sostenía desde más de diez años atrás una activa correspondencia con Teacher, al que, después de todo, sólo por sus obras conocía, aquellas obras que tanto admiraba y a quien, sin esperanza de una respuesta, ni aun de la más fugaz atención, había osado escribir.

Y ahora, seis meses después de su última carta, Ned Beginning acaba de recibir con un júbilo indecible, una del maestro, anunciándole su próxima visita al archipiélago.

———

Cuando el práctico, con ayuda de su catalejo que apuntaba el horizonte, pudo señalar el "Wandering" que aparecía como una hosca humareda, el joven apoyado en el parapeto del dique, experimentó una turbación repentina. ¿No había ansiado tanto el instante de poder contemplar las facciones del que consideraba como su padre espiritual? ¿No se había sentido lleno de orgullo a la sola idea de salirle al encuentro, de servirle de guía en su propio país? Y ahora, considerando el poder de aquel genio, una especie de sujeción, casi de temor, lo aplastaba.

No sin dificultad atracó el "Wandering", tan fuerte era la marejada aun dentro del mismo puerto. La cubierta, adonde Ned subió no bien el vapor quedó en libre plática, se poblaba de viajeros fatigados de la larga travesía y ansiosos de poner los pies en más seguro elemento. ¿Quién era, entre todas aquellas personas pálidas e impacientes, el Poeta? No conociéndole, ni siendo de él conocido, el joven, después de recorrer con la vista la multitud, estaba por dirigirse a un oficial de a bordo, cuando sintió que una mano se le posaba en el hombro, al tiempo que una voz le decía:

—¿El señor Beginning? ¿Me buscáis?

¡Era él! Alto y ágil de cuerpo, con un rostro enérgico y armónico encuadrado por una barba rubiodorada, no obstante algunos hilos plateados, con unos ojos verdes y profundos como el mar de aquel mediodía de otoño, su belleza imponía por lo sólidamente varonil.

—¿Cómo me habéis reconocido, maestro?—fué la pregunta que instintivamente subió a los labios de Ned.

—Por vuestro buscar entre la multitud, mi querido discípulo—respondió Teacher sonriendo y tendiéndole ambas manos.

El ademán, las palabras, la expresión, todo en el escritor era tan afectuoso, que Ned sintió disiparse su embarazo. Tomó aquellas dos bellas manos, anchas y fuertes, que respondieron con un apretón más cordial a la presión de las suyas y pidió vivamente noticias de la travesía.

—¡Un viaje horrible, amigo mío! Ya os contaré. ¿Bajamos a tierra ahora?

Ya en el muelle, Ned dijo:

—¿Me haréis el honor de aceptar la hospitalidad en mi casa? Yo soy solo, tendréis la más amplia libertad, todos mis libros a vuestra disposición... y me haréis feliz.

—Gracias. Acepto sin ceremonias—respondió Teacher tomando asiento en el carruaje que le indicaba Ned.—¿Vivís en los barrios altos?

—Sí, maestro.

—Muy bien: el casco viejo de la ciudad está en vía de transformación, pero conserva todavía un carácter antipático. La ribera ofrece la ventaja del inmenso horizonte, pero siempre resulta algo incómoda la vecindad de la población menuda que ocupa no pequeña parte...

Mientras corría el carruaje, Ned reconocía y comprobaba, por lo que hablaba Teacher, el espíritu investigador del gran literato. Antes de emprender el viaje, éste había estudiado la topografía de Whatever-Town y había aprendido bastante más de lo que las guías indican. En eso estaba el secreto de su ciencia de observador.

Llegados finalmente a la "villa" en que el joven ocupaba un departamento, Teacher alabó el aspecto y la situación; la pieza que le señaló Ned, en la esquina del norte y del levante, con vistas a las colinas y al mar, encontróla muy de su gusto.

—Ahora, maestro, os dejo en libertad hasta las siete. A esa hora, si lo permitís, vendré por vos para comer: ¿os parece?

—¡Muy bien! Y gracias por todo.

. . . .

Lo que en el transcurso de aquella noche pasó entre Teacher y Beginning, lo ha referido este último después en algunas páginas del "Whatever Magazine" bajo el título de "Un proverbio italiano", y es posible que sean leídas con alguna curiosidad.

II

"Sentado frente al poeta, no me saciaba de contemplar su hermosa cabeza fuerte y serena, y de escuchar su voz dulce y sonora. Tenerlo conmigo, para mí solo, oír de sus propios labios la historia de su vida y las primicias de las obras que preparaba, era para mí algo con que nunca me hubiese atrevido a soñar. ¡Mind Teacher... el maestro... era él... Y le miraba con tal fijeza, con tan indiscreta curiosidad, que hasta él mismo veíase forzado a detener sus miradas en las mías; pero entonces yo tenía que cerrar un momento los párpados, porque sus miradas fascinaban. Le excitaba a hablar mientras hacía honor a la modesta pero substanciosa comida, y con la más exquisita condescendencia referíame él episodios de su vida literaria y de sus viajes; pero con mayor gusto y siempre que podía, desviaba la conversación llevándola al terreno del arte y de la filosofía, enunciando y desarrollando sus teorías éticas y estéticas y haciéndome entrever nuevos luminosos horizontes con una frase de pocas palabras, subrayada por un gesto amplio y expresivo.

Escuchábale yo con el más profundo recogimiento y, a la vez, una secreta inquietud iba naciendo en mi alma, en presencia do aquel espíritu dominador, a la idea de no sé qué influencia que él pudieso ejercer sobre mí.

¡Extraña inquietud!... ¿Qué podía yo temer?... ¡Bah! Estábamos en mi pequeña sala, ante una mesa bien servida... El maestro hablaba con toda tranquilidad... Me llenaba con frecuencia el vaso y los vapores del vino iban agigantando aquella ansiedad mía, incomprensible, contra la que el raciocinio pugnaba por reaccionar. ¿Por qué me miraba con aquellos ojos? ¿Qué misterioso poder había en ellos para que me fuera imposible soportar su relampagueo incesante?... Pero, hasta sin mirarle, "me sentía" mirado por él, y "sentía", además, que él se daba cabal cuenta del efecto producido, hasta calcular la creciente turbación de mi espíritu oprimido y subyugado. Pero ¿qué podía querer de mí? ¿Pretendía, por ventura, ensayar en mi cerebro el diabólico "Injerto de las Ideas", como su "Doctor Black"? ¿Se proponía adormecer mis sentidos para procurarme las terroríficas visiones de su "Príncipe del Pensamiento"?... En suma, ¿qué era lo que quería de mí?...

—Perfectamente, ¿y nuestro primer paseo por la ciudad?—preguntóme de pronto, levantándose de la mesa, pues la comida había terminado.

—Comenzaremos mañana mismo, si os agrada,—contesté, llevándolo a mi despacho donde había mandado disponer los licores y los cigarros.—Sin embargo, quisiera preveniros...

—¿Que Whatever-Town no tiene nada de verdaderamente notable?

—Precisamente.

—¡No importa! Es un rinconcillo del vasto mundo, y, como los demás, tiene sus caracteres propios, digno de atención y de estudio.

—Es verdad.

Arrellanándose en un sillón junto a la mesita sobre la cual la lámpara con pantalla verde proyectaba toda su luz, hízome seña de que me sentase frente a él.

—¿Mañana estaréis libre? ¿No os distraeré de vuestras ocupaciones?—añadió encendiendo un cigarro.

—¡Nada de eso! Nada es para mí tan importante como disfrutar de vuestra compañía mientras estéis entre nosotros. Y, luego, fuera de mis libros, hay pocas cosas que me interesen.

—Lo sé. Así, por ejemplo, vos no tenéis muchas relaciones ni frecuentáis gran cosa la sociedad.

—¡Ah, seguramente!—respondí, tratando al mismo tiempo de recordar en qué ocasión, durante nuestra correspondencia epistolar, había podido yo confiarle esta repugnancia mía por las distracciones mundanas.

—¿Me permitís deciros que hacéis mal?—agregó mi ilustre huésped.—Ante todo, para el que se ha consagrado al estudio del corazón humano, esa abstención trae como corolario restringir el campo de observación; eso sin contar que la cosa os ha perjudicado un poco vuestro ingenio, no cabe dudarlo, pero os juzgan algo misántropo, fantasista y... ¿cómo lo diré?... hasta un poco... extravagante...

Esto no se lo había contado yo, de seguro. ¿Cómo, por quién lo había sa

bido? Quizás por algún compañero de viaje, a bordo del "Wandering".

—Es cierto,—contesté—pero...

—¿Váis a decirme que semejante juicio no os ofende por venir de personas a quienes no estimáis?...

—...Sí, habéis adivinado.

—Mi joven amigo, tomad este consejo de uno que os quiere: no os aisléis, mirad con frecuencia a vuestro alrededor, mezclaos con vuestros semejantes, habladles, oidles.

—Gracias, maestro. Pero os ruego no creáis que soy lo que se dice un oso, y si queréis frecuentar algunos de nuestros círculos sociales, nuestro mundo literario o político, no me faltará modo de serviros de introductor.

—Decidme, — agregó él entonces cambiando de tono y después de una pausa, durante la cual había bajado la pantalla de su lado envolviéndose en la penumbra y arrojándome en pleno rostro todos los rayos de la lámpara eléctrica. — Decidme: ¿cómo se llama este vuestro grande hombre que subió no ha mucho al poder anunciando tantas reformas y tantas mejoras, pero que no parece propiamente destinado a pasar a la historia como un restaurador de la edad de oro?

—¡El honorable Fairbairs? ¿Su fama ha llegado hasta vos?

—He oído hablar. Pero, ¿cómo es posible que tanta gente le crea todavía?

Teacer tenía en verdad razón para asombrarse y mi mortificación como ciudadano no era pequeña.

—Os diré...—comencé yo, pero mi interlocutor, envuelto en la nube de humo que sus miradas taladraban como un faro la niebla, como un relámpago las nubes, me interrumpió:

—Me diréis que la ingenuidad del pueblo es muy grande, pero el pueblo está manejado por la camarilla que rodea a Fairbairs, por ciertos lugartenientes suyos.

—Ya, ¿Swindler?

—Swindler, precisamente, y toda una patulea de entrometidos que venden luciérnagas por faroles. Hay que reconocer, en medio de todo, que, poco más o menos, otro tanto han hecho los predecesores de Fairbairs. Por fortuna, la gente que trabaja, la que hace valer las riquezas naturales del archipiélago, asegura a éste la prosperidad a despecho de todos los politicastros.

—Sí, por fortuna.

—Tenéis una floreciente institución de crédito, algunas casas bancarias de primer orden, por más que...

Y calló, mirándome.

—¿Qué queréis decir?—le pregunté.

—Nada... Temía, involuntariamente, mortificaros; pero se me figura que no sois hombre que tengáis mucho que ver con la alta banca.

—Ni con la alta ni con la baja—respondí esbozando una sonrisa.

—Pues bien, quería decir que alguno de estos banqueros tiene un pasado no muy limpio...

—¿Os referís a Kuawish Brothers and Co.?

—Justamente, y también a alguno más.

—¿A Highwaymans?

—Y a algún otro todavía...

—¡Pero, entonces, estáis mejor informado que yo!—exclamé.—Aquí terminan todas mis noticias tocantes a nuestra gente de negocios.

En efecto, yo ignoraba que otros bancos de los nuestros tuviesen "averías"; pero, por asociación de ideas, recordé algunos fuertes negociantes de quienes se susurraba que habían estado mezclados, en otras épocas, en grandes negocios de contrabando. Mi asombro no reconocía límites, y... pude por menos que preguntarle.

—Pero ¿cómo sabéis?...

Sacándose el cigarro de la boca, el maestro disipó con la mano la nubecilla de humo.

—¿Qué puede importaros eso?—replicó con una sonrisa sutilmente irónica.—Ya véis que, aunque llegado del otro hemisferio, conozco algo las cosas que os conciernen. Es una advertencia, para el caso de que os pasara por las mientes la idea de mezclarme en ellas.

Calló él, y yo me eché al coleto una copa de "whisky" para ver de reponerme. "No me cabe duda", dije entre mí, "que antes de emprender el viaje, ha leído nuestros diarios, y que a bordo ha hablado con el capitán, que, naturalmente, debe conocer nuestra plaza".

—Así que—prosiguió él llevándose de nuevo el cigarro a la boca y volviendo a medio dibujarse entre el humo,—vos me haréis conocer cuanto haya de más original, los tipos más característicos de vuestro país. Y tomad nota que cuento entre los primeros...

—¿A quién?

—A ese benemérito profesor, de quien sus propios alumnos descubren los errores y la utilidad y cuyas lecciones consisten principalmente en un elogio de sí mismo y de sus obras y en una interminable enumeración de

MOTIVOS DE INVIERNO



—¿Y por qué no se va a casa con este tiempo que hace?
—Es que se me ha caído la llave en la nieve.
—¿Y qué?
—Estoy esperando el deshielo.

las grandes amistades con que cuenta entre los sabios de todo el mundo.

—¡Ah, ah! ¡El profesor Mawkish! ¿No es, entonces, ya que le conocéis vos, un jactancioso tan exagerado?

—¿Y ese otro pobre diablo que cuenta a todo el que quiere, y hasta al que no quiere oírle, sus actos de valor cívico y guerrero, pero que en toda su vida no ha matado un conejo ni salvado la vida a un gorrión?

Apenas había yo pronunciado la primera sílaba del nombre de Tom Boaster, él repitió:

—Boaster, el mismo.

—¿Con qué también habéis oído hablar del popular conserje del "Peace and war Museum"?

—Y más aún de cierto reverendo pastor que, a despecho del hábito talar, lleva una vida que es causa de legítimo escándalo. Sé también que las autoridades eclesiásticas han prometido desde hace tiempo tomar cartas en el asunto; pero sin resolverse a nada en definitiva debido a una mal entendida prudencia. ¿No sería hora ya de hacerlo?

Yo no contesté. Era imposible que el capitán del "Wandering" conociese a todas esas personas y todas esas cosas. Seguramente me había dicho una pequeña mentira al afirmar que no había hablado con nadie durante el viaje; tan sólo algún whateverense que regresaba a la patria podía haberle dado tantas noticias. Tentado me sentía de decirle que si esperaba aturdirme con su intuición, ya había yo descubierto la picardía; pero tan subyugado me sentía, y mi turbación de horas antes renacía con tal intensidad bajo el influjo de aquellas miradas sarcásticas, que no pude hablar.

—Pero no vayáis a creer—siguió diciendo con fría sonrisa—que quiera yo inmiscuirme en los asuntos de la curia... Volviendo a los profesores, os diré que necesito consultar a un doctor...

—¿Estáis enfermo?—exclamé interrumpiéndole con voz turbada, satisfecho en el fondo de ver que la conversación tomaba otro rumbo.

—Enfermo en el estricto significado de la palabra, no; siento, sin embargo, cierto malestar de cuya naturaleza no he llegado todavía a formarme un concepto. Vosotros tenéis dos médicos muy reputados, cuyos nombres no recuerdo ahora; uno, investigador de mucha doctrina, gran microscopista, pero más práctico en el laboratorio que en la cabecera del enfermo...

—El doctor Hair Quarter.

—El otro, de escasos estudios, pero con mucha experiencia clínica.

—El doctor Knoch Down.

—Que tiene una clientela no menos numerosa que el otro. ¿Cuál de los dos me recomendáis?

—Verdaderamente, yo no sabría...

—Para no equivocarme, consultaré a los dos. ¡Pero nada de caras tristes! Tranquilizaos respecto a la naturaleza de mi malestar, sabiendo que tengo la intención de frecuentar los salones de las damas caritativas. ¿Podréis presentarme vos mismo?

—A algunas, maestro, no a todas...

—¡Naturalmente! Mi nombre, sin inmodestia, no resultará acaso desconocido a esas señoras y mi calidad de escritor podrá servirme de pasaporte. Si fuese periodista, todas las puertas estarían abiertas para mí, aunque valiera poco, como lo están para el bueno de...

—Scraw...

—El bueno de Scraw, a quien todos prodigan sonrisas e invitaciones, con la esperanza de ser citadas y bombeadas en una crónica. La buena fortuna de éste con las damas me recuerda la de un colega suyo con los hombres: ese periodista que ha cambiado de credo más veces que de camisa, pero a quien políticos, literatos, profesores, banqueros, todos los peces gordos, en suma, acarician, temiendo sus invectivas o en espera de sus elogios.

Yo no pronuncié el nombre de Dull Renown-Seller. No podía despegar los labios; estaba mudo, inmóvil, oyendo, viendo hasta dónde llegarían las noticias de Teacher.

—Por lo demás—continuaba éste,—en vuestra ciudad hay muchas otras cosas. Hay una señora, cuyo nombre conocéis, que se las da de austera y que cierra las puertas de su casa a aquellas sobre quienes pesa la sombra de una sospecha, cuando vos mismo y todos aquí saben perfectamente la historia de su juventud. Y ya que tocamos el capítulo de la galantería, permitidme deciros que en este país, no obstante las apariencias de un gran rigorismo, el sentido moral opone un freno bien débil a las demasías de los apetitos. ¿Quién habría dicho que un hombre, que goza entre sus conciudadanos de la más alta estimación, espléndidamente dotado por la fortuna, iba a rebajarse hasta el fango para unirse con la última de las criaturas? ¿Y con qué sello marcaremos a ese marido que sumió en la miseria a su esposa, joven, bella y que le adoraba?... Ya sabéis a quién me refiero... ¿Y aquella gran señora que pisoteó todas las leyes de la honestidad y del pudor por un don Juan de desecho, que acabó por abandonarla?... Cosas de novela, ¿es verdad?

Yo no intentaba siquiera decir una palabra; bebía copa tras copa de licor para darme ánimos, para sostener la mirada diabólica de Teacher; pero a cada instante veíamos obligado a evitarla, confuso, aturdido. Todo cuanto él decía respondía exactamente a la verdad, y el hecho de oír a un extranjero, recién y por primera vez llovido de la otra parte del mundo, de allende el Océano,—el hecho de oírle discurrir con tal precisión sobre los casos y las cosas de una ciudad que nunca había visto, donde todavía no conocía a nadie y en que yo mismo había presumido deberle servir de guía e informador,—este hecho era tan extraordinario, tan inverosímil, que me sentía presa de una pesadilla. ¡Cuántas veces en mis fantasías de escritor no había yo pensado en describir aquellos tipos que Teacher iba pasando en revista, y en reunirlos en un libro al cual había también encontrado el título: "Galería de figuras de cera"! Hasta había pensado hablar al maestro del libro y de su contenido, pidiendo su juicio y su consejo: ¡y he aquí que él se me adelantaba de un modo tan increíble!

—Pero quizás — seguía — os sonreiréis pensando que estos casos no son los más extraños y que tenéis en reserva alguna historia todavía más estupenda. Siento tener que desengañaros. Si aludís a esa familia cuya felicidad presente se debe,—y aquí bajó la voz, como si alguien pudiera oírle,—se debe a un crimen que quedó entre las sombras e impune, sabed que he oído hablar algo de eso... Acaso suponéis que me resultará nuevo aquel drama que tuvo terrible desenlace, tiempo atrás, en un duelo mortal. También lo conozco. Como asimismo me es conocida la ceguera de un marido, joven, culto y de mucho viso, el cual no sólo ignora la indigna traición de que es víctima, sino que educa amorosamente la prole no suya... Como conozco al incestuoso que tomó por esposa a la hija de su amante... Y, para seguir otro orden de hechos, menos horribles pero graves y merecedores de severos castigos, estoy al tanto de la irreparable mancha que ha impedido hasta ahora a una preciosa niña de vuestra mejor sociedad, encontrar un partido decoroso; de la degradación de cierto joven elegante que juega los



dineros de una querida ya madura, cosa que no le impide ser respetado y temido, porque posee en gran dosis esa especie de valor que consiste en atropellar a la gente y menear los puños...

Ahora ya no trataba yo de evitar la mirada de Teacher; él "me ordenaba" mirarlo, y en la subyugadora expresión de sus ojos fulgurantes, yo descubría finalmente el secreto de aquellos conocimientos infalibles. A solas conmigo, en la habitación silenciosa, comprendiendo por mi actitud y mis palabras el sentimiento de sumisión que su gloriosa grandeza me infundía, dándose cuenta de que me había fascinado y sintiendo que mi espíritu estaba en su poder, él se divertía en magnetizarme—porque un hombre como Teacher debía ser práctico en tales monstruosas operaciones. El principio de embriaguez que me habían procurado el vino y los licores le allanó el camino y, anulada así mi voluntad, Teacher me obligaba a comunicarle, por medio del flúido magnético, todo cuanto quería conocer.

Pero una idea repentina vino a sumir en mayor confusión mi turbado espíritu: ¿cómo era que yo tenía conciencia de lo que pasaba? ¿El que duerme con el sueño innatural, se da acaso cuenta de la violencia que se le hace? ¿No sucede, en vez, lo contrario y, cuando se despierta, se encuentra en ayunas de cuanto ha ocurrido?

—Ya veis, pues,—continuaba él entre tanto,—que estoy tan enterado como vos y que erraríais el golpe si, obedeciendo a las sugestiones de la fantasía, se os ocurriera asombrarme con revelaciones imaginarias. Os tomaré gozoso como guía, pero me diréis siempre la verdad, sin componer novelas. Las novelas las publicaréis cuando las tengáis escritas, y yo os prometo que leeré con atención e interés la en que reproduzcáis los tipos más curiosos de vuestro país, y cuyos borradores están en este armario...

Con el brazo extendido, Teacher señaló el mueble adosado a la pared, entre las bibliotecas y detrás del escritorio. La mano blanca, fuera de la manga negra, en la penumbra, tenía una apariencia espectral. El semblante mismo aparecía transformado y no se asemejaba ya al que yo creía conocer por haberle visto antes durante muchas horas, o se le parecía "como una esmeralda se parece a un brillante"; verdoso bajo los rayos filtrados a través de la pantalla, contraído por una sonrisa de escarnio y animado por una mirada diabólica.

Después de permanecer unos instantes con la mano extendida hacia el armario, volvió a levantarla más lentamente señalando los retratos de mujeres colgados de las paredes.

—¡Amigas!... ¡Amantes!...—dijo la voz, distinta ahora también, apagada y como debilitada por la distancia. Y como yo debí expresar de alguna manera, involuntariamente, la nueva angustia que me invadía a la idea de ver escudriñada mi vida íntima por aquel ojo al que nada escapaba, él movió una vez más la mano, dirigióla hacia mí y con un gesto de promesa añadió:

—¡No temáis! No os preguntaré los secretos de vuestro corazón... ¿Queréis sólo que os diga yo mismo cuál es, entre estas mujeres, la que más sitio ocupa dentro de vos?

¿Qué responder? ¿Cómo hablar? Si me hubiese sido posible articular algunas palabras, le habría rogado, le habría conjurado para que callase, poniendo fin a aquella prueba que estaba ya por resultar inhumana.

—La mujer que lleváis más dentro del corazón no está en ninguno de estos retratos. Otros guardáis en otra parte, encondiéndolos a las miradas indiscretas. Uno es el de la mujer a quien en este momento pedís la felicidad; felicidad no pura, no ingenua, porque la envenenaron la experiencia y la muerte de las ilusiones... La otra mujer, cuya imagen está, si no propiamente en vuestro corazón, seguramente en vuestra memoria, es la que las desvaneció precisamente, la que...

—¡Callad!—quise gritar; pero la palabra no pudo salir de mi garganta.

Teacher se puso en pie, lentamente, apoyándose con las manos en los brazos del sillón, dió algunos pasos, breves, sin rumor, aproximóse al armario y se volvió hacia mí. Sus movimientos habían sido los de una sombra: toda su persona encerrada dentro de los vestidos invisibles que sólo dejaban descubiertas las manos y el rostro en la obscuridad, tenía toda la apariencia de un fantasma.

—El retrato de la mujer que amáis —prosiguió, tendiendo la mano al cajón más alto del mueble,—está aquí... El de la otra,—continuó, después de una pausa, sin apartar de mí sus ojos e inclinándose para señalar el cajón inferior,—está aquí abajo...

Un vértigo se apoderó de mí y vi que todo en mi derredor vacilaba; parecióme que una mano vigorosa me exprimía el cerebro intentando arrancármelo. Llamé todas mis fuerzas, me puse en pie de un salto y, horrorizado, grité:

—¿Sois, entonces, el demonio, para leer en el pensamiento con...?

III

Me respondió una carcajada que me pareció un sarcasmo; pero, acercándose, Teacher tocóme con la diestra en el hombro, exclamando con la más franca alegría:

—¿A lo que parece, mi inocente experimento ha salido bien?

Yo respondí, restregándome los ojos.

—¿Me habéis dormido?

—¡Ni pensarlo, mi joven amigo! ¿Os asombra mi adivinación? ¡Pues el secreto no puede ser más sencillo! Ningún soltero, viejo como yo o joven como vos, tiene expuesto a la curiosidad del primero que entra en nuestra casa el retrato de la mujer que adora. En cuanto al de la que nos engañó—porque cada hombre ha sido o se ha creído engañado una vez por lo menos—nosotros mismos experimentamos poco placer en tenerlo ante los ojos. Vuestra mesa de trabajo es grande y cómoda, pero sin cajones; las bibliotecas tampoco los tienen; he pensado, pues, razonablemente, que vuestros papeles deben estar guardados en el armario. El retrato de la actual querida, el que la pasión viva os empuja a mirar más a menudo, debe encontrarse en el cajón que más fácilmente se abre, que está más al alcance de la mano; el otro, el que guardáis para mirarlo tan sólo en alguna hora de "spleen", cuando gusta exhumar los esqueletos en el cementerio de la memoria, debe estar relegado en el último. Que os lo guardasteis, que no lo destruisteis ni lo devolvisteis, como os lo aconsejaba la tentación—¿adivino también ahora?—me lo dijo la curiosidad con que seguíais mis gestos para ver si había adivinado hasta el fin... Aquí, en este mismo armario deben encontrarse, pensé, los apuntes que un observador joven como vos ha de haber tomado sobre los tipos más interesantes que le rodean...

Sólo ahora empezaba yo a comprender.

—¿Me preguntaréis cómo los he conocido yo mismo?... ¡No los he conocido! Lo que hay es que, en mis viajes, haciendo, como tengo por costumbre, toda clase de preguntas sobre la vida en cada país, las he visto contestadas casi siempre de la misma manera. Cuando he encontrado alguno a quien, como a vos, he pedido me enseñara el país, mi amable guía ha comenzado advirtiéndome, igual que lo ibais vos a hacer si yo no os lo hubiese prevenido, que su país no tenía nada de verdaderamente notable. Cada uno de nosotros se figura que las cosas grandes y bellas están en otra parte, lejos: lo que tenemos siempre ante los ojos no vale nada, ni sabe a nada. Pero, viceversa, a poco que otro nos secunde, que es lo que yo he hecho con vos, el amor del patrio terruño nos hace considerar como singularísimas y llenas de interés las mismas cosas a que antes no dábamos importancia alguna. ¡Ilusiones psíquicas comunes a todos!... Del carácter exterior de vuestra ciudad yo os dije esta mañana lo mismo que puede decirse de casi todas las de este planeta: el centro está demasiado lleno de todo y se procura transformarlo; todos los barrios próximos al puerto tienen una parte elegante y otra infecta... Y en cuanto a las cosas públicas, en todos los puntos donde me he detenido me han dicho que los encargados de gobernar, después de subir al poder con un programa nutrido de admirables promesas, apenas si han cumplido unas pocas, o ninguna; por todas partes he oído lamentar el olvido de las buenas tradiciones, la corrupción de las costumbres políticas. Entre los que manejan el dinero, doquiera he oído maldecir la plaga de los explotadores sin dignidad ni conciencia. Y por lo que hace a las costumbres de los ciudadanos privados, oid, mi joven amigo, otro secreto aún más simple de mi cada vez menos misteriosa intuición. Vos sabéis que entre el mucho papel que en treinta años de trabajo he emborronado, he escrito algunas novelas; pues bien: cada vez que una de ellas veía la luz pública, no dejaban de aparecer constantemente algunos críticos a quienes se les antojaba que mis personajes y mis fábulas no tenían el mérito de la novedad. Yo también, lo mismo que vos, acariciaba la ambiciosa idea de escribir algo que no se pareciera en nada a cuanto antes se había escrito, de encontrar nuevas formas del carácter, nuevas variedades del sentimiento, otras asociaciones de hechos y más curiosos aspectos de la vida. ¿Y sabéis lo que me ocurrió? Me ocurrió que, después de haber tomado un tipo en Quebec, los amigos de Nueva Orleans me escribían preguntándome: "Pero, ¿cómo te las has arreglado para conocer tan bien a F., uno de nuestros personajes más curiosos?"... que, después de haber referido una historia oída en Nueva York, los periódicos de San Francisco ponían en los cuernos de la luna mi meticuloso respeto a la realidad, recordando un caso semejante referido en una de sus crónicas: que, después de haber hablado de hechos y de gentes sin citar lugar ninguno, en diez, en doce ciudades de América y de Europa, oía que me decían: "Son cosas y personas que todos nosotros hemos tenido ocasión de ver". Entonces fué cuando comprendí yo bien el significado del viejo aforismo, según el cual nada hay nuevo bajo el sol. Sabed en consecuencia—¡pero vos ya lo reconocéis! —que los dramas y las comedias que creéis particulares a vuestro país, se repiten todos los días en todas partes apenas con alguna variente, determinada por el clima más cálido o más frío, más húmedo o más seco. En todas partes hallaréis vendedores de humo, mercaderes sin conciencia, pusilánimes jactanciosos, doctores ignorantes y sacerdotes perversos. Por doquiera hay hombres y mujeres que se degradan por mujeres o por hombres indignos, esposas culpables, maridos ciegos y muchachas perdidas. Yo habría podido continuar asombrándoos con mi adivinación, diciéndoos, por ejemplo, que hay aquí más de una familia cuyo vicio ridículo es la vanidad aristocrática; un crítico, muy difícil de contentar con las obras de otros, y que, cuando ha querido él poner manos a una obra, no ha producido más que un desdichado esperpento; muchas víctimas de la prepotencia y pocos buenos casi desconocidos; innumerables hipócritas que alardean de honrados y algún que otro espíritu generoso escarnecido con el nombre de soñador. En todas partes, querido amigo, el que, como vos y como yo, vive de sus propios pensamientos, es tenido por misántropo y por extravagante. En todos los rincones del mundo el género humano es siempre igual a sí mismo. Viajando por Italia oí repetir un proverbio que expresa a maravilla esta gran verdad. El proverbio italiano dice: "Tutto il mondo è paese". Vos sois joven: tenedlo presente, que os servirá de mucho."

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

DISCÉPOLO ESTRENA UNA INTERESANTE PIEZA

Armando Discépolo es un popular autor que registra muchos triunfos en la escena nacional. Sería largo enumerarlos. El último está aún en la memoria de todos. Nos referimos a ''Mateo'', estrenado hace dos años en el Nacional y que es, a nuestro juicio, de los mejores sainetes criollos.

En el mismo escenario, Discépolo termina de hacer conocer, interpretada por el conjunto que dirige Carcavallo, la pieza ''Babilonia'', recibida con grande entusiasmo y, por cierto, justificado. Resulta extraño, sin duda, a nuestro público, el último trabajo del coautor de ''El movimiento continuo''. Rompe, en cierto modo, con lo que habíamos visto en el género. Es novedoso para el público, desde el lugar donde se desarrollan los hechos, hasta el ambiente. Es un subsuelo de casa rica, poblado de gentes de la servidumbre. Allí los sirvientes, lejos de los patrones, muestran la hilacha.

Y es harto interesante ver cómo detrás del delantal del cocinero, detrás del gesto servil del mucamo y del afectado gesto de cualquiera de esos lacayos, hay un sujeto cargado de vanidad humana, un ambicioso de algo que posiblemente no alcanzará nunca, pero que lo pretende. Discépolo ha querido demostrar que patrones y mucamos, amos y señores, están hechos de la misma pasta. Tiene, pues, la pieza, su trascendencia bien lograda, después de haber sido bien concebida.

Amarga en el fondo, ''Babilonia'' prueba cómo hay dónde espigar fuera del conventillo para realizar una obra muy teatral como lo es ésta y muy llena de valores humanos.

La interpretación fué discretísima. El público se dió cuenta del mérito del trabajo y aplaudió como pocas veces, reclamando la presencia del autor.

LLEGÓ LA DAMA

Pocas señoras teatrales tienen los prestigios de ''La dama de las camelias'', de Dumas (hijo). Por eso, descontábamos el éxito de la Quiroga, al poner en escena la versión hecha por don Joaquín de Vedia, especialmente para su compañía. Vestida lujosamente, la inmortal obra atrajo centenares de espectadores, sobre todo mujeres, que compartieron los dolores de la famosa dama.

La Quiroga hizo una concienzuda interpretación y fué largamente aplaudida. Igual, sus compañeros de escena.

CONCHA OLONA

La interesante actriz española que realiza una jira por el interior, es posible que sienta sus reales en el escenario del Mayo, desocupado por la compañía Ligero.

Las negociaciones están bien encaminadas y no sería difícil, salvo contingencias inesperadas, que en la semana en curso debutara la compañía de la citada actriz en el pequeño teatro de la Avenida de Mayo.

VITTONE Y COMPAÑIA

Una acogida cordial dispensó el público al popular actor la noche de su presentación en el Avenida. Vittone tuvo el buen acierto de ofrecer la reprise de ''Los disfrazados'', el mejor sainete del inolvidado Carlos M. Pacheco, y la sala revivió ante el pintoresco Pelagatti, tantas voces aplaudido, las horas ya lejanas en que los carteles del género chico criollo eran cubiertos por las piezas de los primeros propulsores del teatro autóctono.

Vittone no ha envejecido para la escena y la prueba está en que compuso el personaje con la misma frescura y espontaneidad de la noche del estreno. El público lo comprendió y saludó con sostenido aplauso la reaparición del viejo cómico, que fué poco menos que su ídolo en el sainete.

Los elementos que acompañan a Vittone son conocidos y estimados por el público. Pura Blaya, la Notar, el actor Daglio y Bilbao, son los más destacados.

GÓMEZ EN EL MARCONI

El tesonero actor José Gómez, dedicado preferentemente al repertorio dramático extranjero, continúa actuando en el Marconi con el beneplácito del público. Son conocidas las aptitudes de este comediante para interpretar personajes de famosas obras, como ''La muerte civil'' y ''Los espectros'', en las cuales Gómez pone al servicio de sus interpretaciones todo su temperamento y su entusiasmo. Así lo reconoce el público, que lo aplaude y presta su cooperación para la realización de esta temporada, que sólo será de 80 funciones.

FUÉ APLAUDIDO ''LOS VISIONARIOS''

En momentos de cerrar esta edición, se ha estrenado en el Apolo la nueva obra de Oscar R. Beltrán, ''Los visionarios'', hecho en flúidos versos, algunos de los cuales hemos dado en estas páginas.

Sin poder referirnos, por la causa apuntada, ''in extenso'', prometemos hacerlo en el próximo número, no sin adelantar que gustó mucho la pieza.

DE ROSAS HIZO MUTIS

El inteligente actor Enrique De Rosas puso término prematuramente a su temporada del Argentino, iniciada bajo los mejores auspicios y que parecía promisora de larga y próspera vida. Luchó De Rosas, como luchan todos los actores bien inspirados, con la indiferencia del público, dado por desgracia a admirar más las pantorrillas de las ''vedettes'' y de las coristas, que a oír lo que se dice en el teatro de pretensiones artísticas.

Es la suya una derrota llena de méritos. De Rosas, si quisiera conquistar mucho dinero, no tendría más que seguir las huellas de la mayoría de las compañías. Pero el empeñoso y honesto comediante, lleno de ilusiones de verdadero artista, prefiere seguir cultivando el buen teatro, seguro de que los tiempos cambiarán y que al gusto de la época sustituirá en las gentes, por cansancio, por ese cansancio inevitable de todas las cosas sensuales, el advenimiento de la inquietud artística. Para entonces, De Rosas, será el preferido del público.

En tanto, levantando su carpa, el prestigioso comediante inicia una jira artística por provincias.

EN EL SARMIENTO

Sigue el éxito de Martínez Payva con ''A la rastra'', de ambiente campero, en el que como dijimos se presenta un conflicto interesante y de relativa novedad.

Se reprisó ''Corrida de... toreros'', sainete de R. M. Cabrera y Pecci, que en su estreno tuvo un gran éxito, repetido ahora nuevamente.

LA MANIA

''Palabras cruzadas'', la revista del Buenos Aires, estrenada últimamente, obtiene cada día más éxito. La manía de actualidad que consiste en descifrar, casi siempre a medias, un problemita de palabras cruzadas con o sin premio, ha tenido su reflejo en esta revista, que el público ha acogido con verdadero entusiasmo. ''Palabras cruzadas'' perdurará largamente en el cartel, aunque claro que no tanto como la manía que la originó, porque esta es mucho más económica.

EL CARTEL DE LA COMEDIA

Ha sido reforzado el cartel de la Comedia con el estreno de la pieza en tres actos de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández, titulada ''Los campanilleros''. Como en casi todas las piezas de los conocidos autores españoles, se desarrolla en ella un asunto sentimental, que en ésta es interesante y emotivo, y a través de él se ofrece amplia oportunidad para que el chisporroteante ingenio de los autores se desborde en chistes y ocurrencias felices que mantienen al público casi en permanente hilaridad. La obra tiene ilustraciones musicales que contribuyen al éxito. Pero es lástima que la necesidad de reducir a una sección el espectáculo, nos prive de algunas partes de la obra, haciendo que ésta a ratos aparezca algo trunca. Los elementos que acaudilla Quintanilla actúan con todo acierto, consiguiendo fácilmente el aplauso del público.

CHICAS CENTENARIAS

''Las alegres chicas del Maipo'' llegan estos días a las cien representaciones consecutivas. Alcanzar en esta temporada ese número de exhibiciones es tan difícil como no resfriarse. Con ello queda dicho que el éxito de las chicas es definitivo. Mucha gente va a visitarlas y aplaudirlas, p[illegible] simpáticas y graciosas y porque realmente saben entretener. Después de las cien, seguirá el corso, por algún tiempo, quién sabe hasta cuándo. Se ve que la fortuna acompaña siempre a los chicos y a los alegres... Pero no hagamos filosofía.

SIEMPRE CON LAS PIERNAS AL AIRE

En el Ideal están siempre con ''Piernas al aire'', a pesar del frío reinante. También se trabaja allí ''Con todas las de la ley''. Estas dos revistas atraen público, y unido esto a las funciones dominicales en las que se rifan juguetes entre los niños, se completa un programa de labor bastante competente como para ir tirando con holgura hasta que se estrene la quinta novedad de la temporada que se encuentra ya en lenta, pero segura preparación. La nueva revista carece aún de título, y según se dice por ahí, el bautizo de las obras cuesta un triunfo. Se hacen pálpitos, se combinan cábalas, se consulta hasta a las más modestas figuras del coro, se realizan concursos internos y después de mucha meditar y darle vueltas al asunto, se vuelve generalmente al punto de partida, porque el título no es en definitiva sino una parte minúscula del éxito.

UN ESTRENO EN EL SMART

En el próximo número nos ocuparemos del estreno de ''La fiesta del odio'', de Jorge Dowton, que ha debido de estrenar recientemente la compañía de Blanca Podestá. Nos proponíamos hacerlo en este número, pero la postergación del estreno nos ha dejado con las ganas. Creemos que no volverán a faltarnos a la cita.

SIGUE BIEN LA MELATO

La temporada que realiza en el Politeama la Melato sigue en pleno éxito. Los dos últimos estrenos han sido dos acontecimientos. ''L'ospite desiderato'', de San Secondo, proporciona a la eminente actriz la oportunidad de lucirse en un papel de vampiresa en el que desarrolla sus extraordinarias cualidades. También en ''Lorenzino'' de Giovacchino Forzano, tiene un brillante papel que aprovecha con todo éxito. El cartel seguirá sucesivamente ofreciendo otras novedades del teatro italiano contemporáneo.

EL ESTRENO DEL LICEO

Hemos de ocuparnos en el próximo número del estreno de ''La rebelde'', drama en cuatro actos de Pierre Frondaie. Se trata de una pieza espectaculosa cuya acción se va desarrollando sucesivamente en París, en Fez y en Biarritz, de modo que aparte del interés de la intriga y de las bellezas del diálogo, que no deben de ser poca cosa, se cuenta con el aparato escénico, elemento que es sin duda interesante para el público, que es siempre un poco infantil. Vaya por ahora este anticipo y ya hablaremos con más detenimiento. La traducción de esta pieza es de Manuel Belnicoff.

CASAUX

Después del éxito de la reposición de ''El movimiento continuo'', Casaux ha pensado que de vez en cuando conviene echar una ojeada al pasado y resucitar algunas de las piezas en las que obtuvo gran éxito y que se recuerdan siempre con agrado. Entre ellas figura muy destacadamente ''Koolosal mujer'', de Ricardo Hicken, en la que tanto él como la Pierina Dealessi consiguieron hacer reír a todo Buenos Aires durante muchos días.

Nos parece muy bien esta reversión a lo antiguo, de vez en cuando, porque no siempre lo nuevo es lo mejor. Por de pronto ya sabemos que en ''Koolosal mujer'' se pasa un buen rato.

Para después se anuncia en este mismo teatro el estreno de ''Me gustan todas'', tres actos de Julio F. Escobar.

DEFUNCIÓN DE TEMPORADA

Ha terminado su actuación en el Mayo, la compañía de zarzuela española que encabezaban los esposos Blanca Pozas y Miguel Ligero y que luchó denodadamente por mantenerse, procurando reverdecer los laureles del viejo sainete español. El esfuerzo fué, por desgracia, poco apreciado por el público, hoy más afecto al espectáculo visual que al auditivo.

CASINO

Interesante resulta el programa diario de este teatro. El circo de Pepino, los Stils Girls, Delfy, los Rodríguez, M. Antonietti y los Valty en la revista que dura diez minutos, atraen público y son aplaudidos.

Se anuncia novedades para fecha próxima.

GRAND SPLENDID

''Zazá'', la adaptación cinematográfica de la comedia de Berton y Simón, interpretada por Gloria Swanson, y ''Envueltos en las nieblas'', por Doroty Dalton, han sido las dos últimas novedades estrenadas en esta bella sala, a la que se dan cita las familias de nuestra aristocracia.

La función del 9 de julio ofreció un aspecto magnífico, por la concurrencia que asistió a la velada de gala.

Para dentro de poco, nuevas y hermosas películas serán dadas a conocer.

CAPITOL

''El cardenal Richelieu'', adaptación de la novela del mismo título, ha sido estrenada el domingo en este bonito cine, ante una numerosa concurrencia de familias de nuestra buena sociedad.

Durante esta semana, el cartel brindará a los ''habitués'' notables cintas de las mejores marcas.

El Canal de Panamá

Se ha celebrado el décimo aniversario de la apertura del Canal de Panamá, y con ese motivo ha publicado la prensa muchos datos referentes a esa magna obra de ingeniería.

Veinticinco mil vapores han atravesado el Canal en los diez años. El tráfico ha aumentado rápidamente: en 1915 se colectaron por derechos a las naves 4.367.550.19 dólares, y en el año próximo pasado 24.290.963.54 dólares.

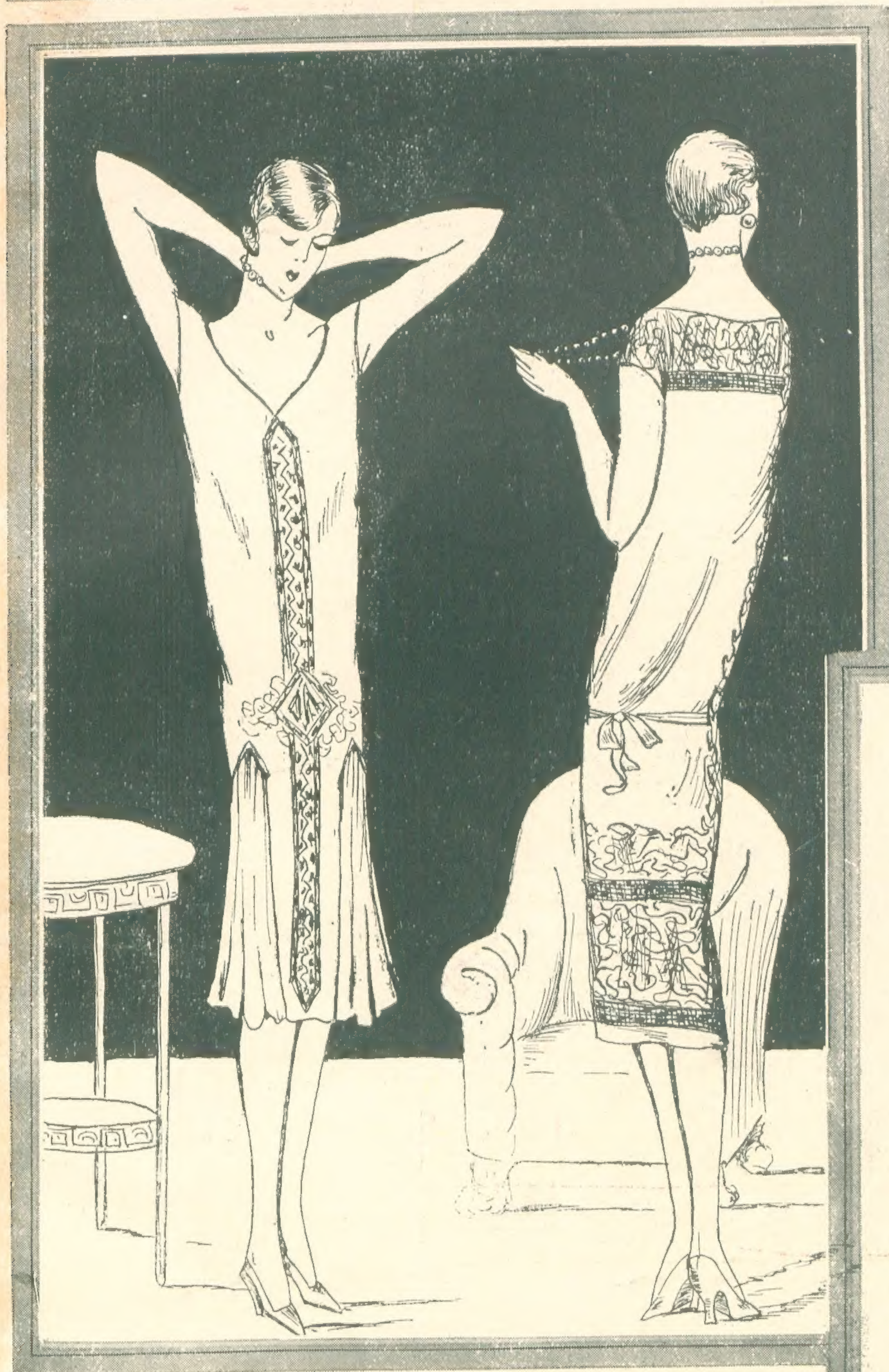
Las naves que han utilizado el Canal han economizado 196.825.000 de millas, por no tener que dar la vuelta a Sur América.

El volumen del tráfico del Canal puede juzgarse por las siguientes cifras que señalan, en números redondos, los totales de la carga que ha pasado por esa vía durante los últimos diez años.

1915.	5.000.000	toneladas
1916.	8.000.000	,,
1917.	7.000.000	,,
1918.	8.000.000	,,
1919.	7.000.000	,,
1920.	9.000.000	,,
1921.	12.000.000	,,
1922.	11.000.000	,,
1923.	20.000.000	,,
1924.	27.000.000	,,

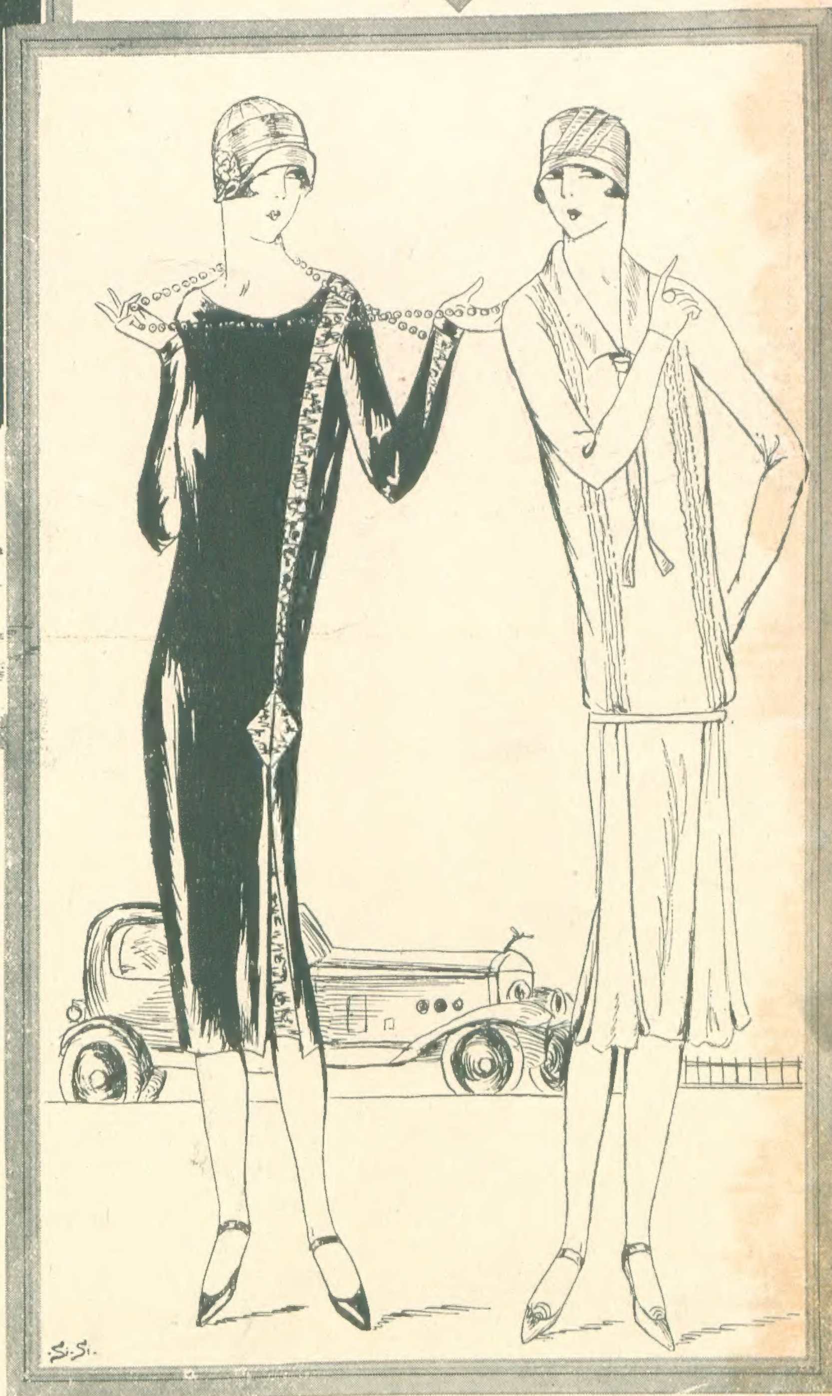
El Canal produjo una utilidad de dólares 10.000.000 durante el último año. Pero, no estará por demás anotar que si el Canal tuviera que pagar 4 por ciento de interés sobre el valor de su costo, esta utilidad se convertiría, más o menos, en 7.000.000 de dólares de déficit, y si tuviera que pagar impuestos, como los que pagan los ferrocarriles en Estados Unidos, el déficit subiría a 15.000.000

LA MODA ACTUAL



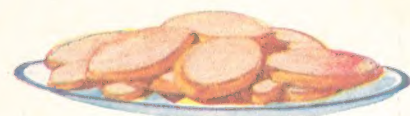






MODELOS DE "LA GIRALDA"
539 - CARLOS PELLEGRINI - 539





Galletitas
MAITRE D'HOTEL

Lo más exquisito que puede pedirse en vainillas finas. Esmeradamente elaboradas con harina flor, manteca pura, huevos frescos y azúcar refinada. Es algo muy delicioso, sano y nutritivo. Especial para el te con leche y chocolate.



Galletitas
PETIT BEURRE

De rico sabor semidulce. Muy adecuadas para el desayuno y te de la tarde. Indicadas también para acompañar una copita de Hesperidina. Son muy livianas, digestivas y alimenticias.

De las exquisitas cáscaras de las naranjas en sazón, especialmente seleccionadas obtiene la HESPERIDINA su rico sabor inconfundible y sus notables propiedades estimulantes.

HESPERIDINA es el famoso Aperitivo y Digestivo preferido de los hogares desde hace más de 60 años.

HESPERIDINA

BÁGLEY



Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires.
Industria Argentina.